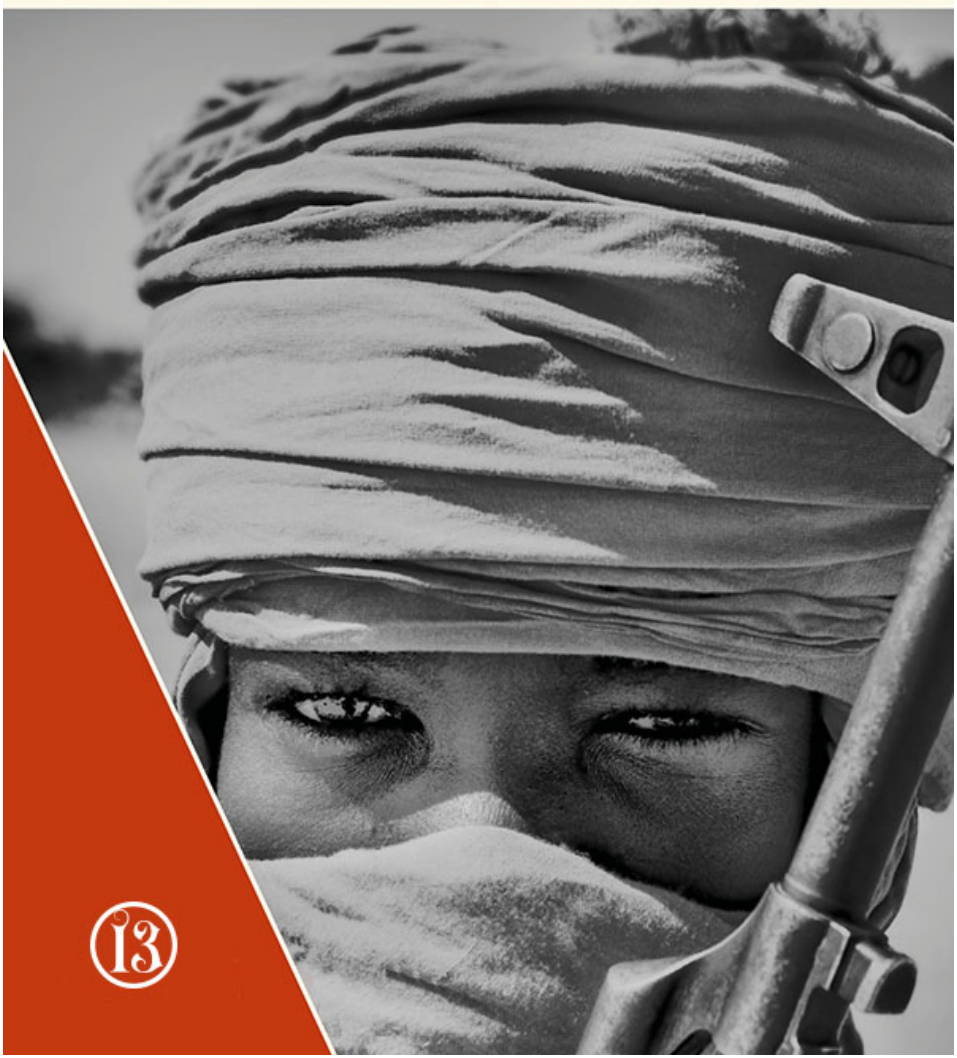
El Mesías de Darfur

Abdelaziz Báraka Sakin

Traducción de Salvador Peña Martín



Es la única mujer en Nyala, probablemente incluso en todo Sudán, que se llama Abderrahmán. Cargando con un nombre de hombre y una cicatriz en la mejilla, una marca de terrible belleza, Abderrahmán es adoptada por tía Kharifiyya, una mujer sin hijos y con un gran corazón, que la acogió en su casa bajo la condición de que nunca hablara de la guerra. Sin embargo, Abderrahmán sabe todo sobre la guerra, quizás demasiado. Un día, Abderrahmán conoce a Shikiri, un joven idealista reclutado a la fuerza por el ejército mientras visitaba la ciudad de permiso. Abderrahmán lo convierte en su esposo y le pide que la ayude a vengarse de las temidas milicias yanyauid, matando al menos a diez de ellos. El mesías de Darfur es la conmovedora historia de una reina guerrera por accidente en un mundo de caos, una historia de guerra y aventura, amor y venganza, una novela rebosante de humor y magia en sus páginas.

Abdelaziz Báraka Sakin

El Mesías de Darfur

Título original: مسيح دارفور
Abdelaziz Báraka Sakin, 2012
Traducción: Salvador Peña Martín, 2020
Imagen de cubierta: Niño soldado perteneciente al SLA, milicia de Darfur que se opone a las fuerzas gubernamentales de Jartum. Álvaro Ybarra Zavala, 2005

-

Revisión: 1.0
25/11/2021

«Más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un yanyauid entrar en el reino de Dios».

El Mesías de Darfur

¡Vuela!

El destacamento que recibió la orden de zanjar el asunto estaba integrado por sesenta y seis efectivos sin contar el nutrido grupo de carpinteros, entre y ayudantes, a quienes habían reclutado a la fuerza en Nyala, Kas y Zalinguéi. Era bastante para acabar con un falso profeta (así lo habían descrito las autoridades locales y algunos políticos, muy finos en materia de denominaciones) que solo contaba con quince varones y una mujer, todos ellos desarmados. Ese «falso profeta» acababa de resucitar, el viernes anterior, a cuarenta personas y había formado a partir de una sola pluma un hermoso cuervo de carne y hueso. Le dijo: «¡Vuela!» y el cuervo echó a volar.

Quien planeó el modo de acabar con él poseía una imaginación fértil y envidiable, nervios de acero y una asombrosa perseverancia a la hora de matar. Tenía que ponerle a aquello tan pronto como pudiese, sobre todo porque ya lo estaban explotando los contrarios al gobierno de la nación, siempre al acecho en Facebook, Twitter y sitios electrónicos tan poco imparciales como *Alrakoba, Sudan For All* y demás. Por si no era suficiente, las Naciones Unidas, que tienen costumbre de meter las narices en todo, les incumba o no, estaban tratando con algunos Estados la posibilidad de poner en el terreno a un enviado especial que observara de cerca cuanto tuviese que ver con «el extraño profeta de Darfur», según la expresión de la prensa internacional, y elevase un informe. Únase a ello la muchedumbre que había declarado su fe incontrovertible en él, antes incluso de conocer en detalle lo que predicaba, y que, desde

todos los rincones del mundo, marchaba ahora en una gigantesca caravana hacia Darfur. Quien estaba al mando del destacamento tenía, pues, que poner a todo aquello y librarse del individuo dándole muerte. No quería, sin embargo, matarlo de cualquier manera, sino de acuerdo con los gustos del propio interesado y en consonancia con sus pretensiones. El sujeto decía ser nada menos que el Mesías, el Mesías sin más. No un imitador ni un devoto ni uno de sus discípulos o prosélitos; tampoco era el Anticristo ni el esperado Mahdi ni el celebrado Barambayil. Nada de eso: afirmaba ser el mismísimo «Señor Mesías»[1]. Así que no merecía otra cosa que la cruz, una penosa y miserable cruz, para que todos los supuestos profetas, y bien que proliferaban aquellos días, se lo pensaran dos veces antes de lanzar proclamas de este jaez.

Los de carpintería y sus ayudantes se afanaban por montar quince cruces con los travesaños de acacia, recién cortados, duros y cubiertos aún de espinas. Eran cruces recias y en extremo pesadas, pues habían escogido a conciencia los pies de árbol más húmedos, bien irrigados por corrientes que remotas en lo más hondo de la tierra. Las sujetaban con estacas de madera aún más pesada, atravesadas por clavos de hierro, largos, gruesos y afilados. De vez en cuando los militares les recordaban que los crucificarían a ellos sobre esas mismas cruces si resultaban no estar bien armadas. Trabajaban sin descanso, día y noche, pues solo disponían de treinta horas. La actitud de los soldados, por el contrario, no era la de quien está alerta. ¿Y por qué iban a estarlo?, ¿qué daño iba a hacer un individuo desarmado que había prometido bendecir a sus verdugos? Así que no paraban de jugar a las cartas y de discutir sobre quiénes fabricaban el fusil Kalásnikov.

Los sesenta y seis soldados eran feroces guerreros, probados por todos los rincones de Sudán. Se habían batido por el sur, por el este, por el oeste y puede que acabaran combatiendo en otros puntos del amado suelo patrio. Su peligro estribaba en que, como se habían especializado en sofocar las revueltas de sus conciudadanos, se parecían a los gatos, que pueden devorar a sus propias crías, pero huyen despavoridos cuando oyen ladrar al perro de los vecinos. Los

sesenta y seis guerreros disponían de armamento pesado y ligero, dos carros de combate, dos transportes de soldados y dos vehículos Land Cruiser provistos de sendas ametralladoras DShK, y traían las cabezas y los rostros envueltos en pañuelos de colores, cual si emularan a jinetes tuaregs. Sería un error considerarlos una misma persona, ya que diferían mucho unos de otros por sus lugares de origen, sus primeros años, su uso de las armas; por su grado de apego a la existencia, su modo de entender la guerra, su fe en las causas por las que luchaban, sus familias, sus amadas y seres queridos (los había con hijos, solteros y solos en el mundo); por su varia disposición a entregar la sangre y el aliento. Los sesenta y seis soldados eran en realidad sesenta y seis individuos, algo que podía comprobar quien se les acercara, quien oyera el latir de sus corazones, quien percibiese el de la sangre por sus venas, quien metiese las manos en sus bolsillos y palpara lo viscoso de su pobreza, de sus privaciones. Pero los sesenta y seis estaban prestos a cumplir las órdenes de inmediato.

Ibrahím Jidr Ibrahím no era el al mando ni, por tanto, quien podía decidir la suerte de aquel individuo; tampoco era su misión convencerlo ni devolverlo a la corriente común. Lo que le habían encargado era hacerse una idea de las opiniones del sujeto y elevar un informe donde las expusiera con arreglo a unas directrices previas, ni más ni menos. «Hasta ahí llega tu cometido». Entre las cuestiones que le sugerían no había ninguna del estilo de si se trataba, en efecto, de un profeta o no. Le habría gustado que se plantease esa pregunta, pero por desgracia todos sabían a ciencia cierta, y gracias a la fe, que aquel no podía ser un profeta, pues el último profeta según el credo islámico fue el profeta Muhámmad (a quien Dios bendiga y dé la paz), y, según los cristianos, el Señor Jesús, el Mesías. Los budistas, los sufíes y otros se atienen al principio según el cual toda razón humana es profética y con ello abren de par en par la puerta a cualquiera sin excepción. A quienes enviaron a Ibrahím Jidr Ibrahím con aquel cometido ni por asomo se les ocurrió que aquel individuo fuese un profeta verdadero, o, como él decía de sí mismo: Aisa, el Hijo del Hombre[2].

Los soldados jugaban a las cartas mientras bebían una deliciosa *merisa* que fabricaban valiéndose de los restos del pan de la comida y de los abrasadores rayos del sol. Eran sesenta y seis efectivos, integrados en un regimiento que había venido a Darfur desde el este de Sudán, de ahí que lo llamasen «el Oriental». Tenían por emblema un puñal, y al verlo sentías que se te metía en el cuerpo, que te atravesaba la piel para darle a tu asustado corazón un último beso del que no cabía rescate. No todos eran de la etnia *beya*, o, mejor dicho, entre ellos no había *beyas* en el estricto sentido de la denominación. Los cinco *beyas* que venían en aquel limitado destacamento no tenían el pelo espeso ni lucían en la cara los tatuajes propios de sus ancestros desde antes del reino de Kush, a saber, las tres rayas horizontales en alusión al Señor, que en aquellos tiempos era el elefante, por ser la criatura de mayor tamaño tanto en la tierra como en el cielo. En el Oriental formaban soldados procedentes de todo Sudán, antiguo y moderno, con un rasgo común: eran valientes y no desobedecían las órdenes, aunque en ese preciso instante estuvieran jugando a las cartas.

En cuanto a los carpinteros, abrumados por la carga de trabajo que soportaban, estaban muy lejos de sentirse a gusto; la interminable y tediosa jornada de trabajo no se la estaban aliviando los cien operarios que les habían traído como ayudantes. Cortaban los árboles y amontonaban los tablones, alineaban y clavaban los atroces y afilados clavos de hierro donde correspondía, se ocupaban de la comida y la bebida, aunque se negaban en redondo a preparar nada prohibido, como la *merisa*, en cuya fermentación carecían de experiencia. Ignoraban por qué se obcecaba el oficial al mando en que hicieran aquellas cruces. ¿No sería más sencillo, no les ahorraría tiempo a todos ejecutar a aquel infiel y a sus adeptos disparándoles? Es cierto que las balas son desagradables, ruidosas, que asustan, pero los eximirían de montar esas difíciles cruces, odiosas y pesadas. Eran casi analfabetos y nunca habían oído hablar de Yúsuf el Carpintero[3]. En el sermón del viernes, en la mezquita, les habían dicho que en la cruz que llevaban los cristianos al cuello no habían colgado más que a uno que se parecía mucho al Señor Mesías, pero

de ningún modo a este, a Aisa, hijo de Máriam, ya que Dios lo había elevado al cielo y puesto en su lugar a aquel desgraciado a quien los judíos crucificaron, convencidos de que era Aisa en persona. ¿Por qué, pues, se empeñaba aquel militar en crucificarlos, si al Señor Mesías, a Aisa, hijo de Máriam, nunca lo crucificaron? Y nosotros, los carpinteros, ¿qué culpa tenemos?

Los sesenta y seis soldados no deseaban la guerra. No era una de sus aficiones. Pertenecían a familias honorables que respetaban la vida y apreciaban al vecino y al amigo; hacían sus oraciones, ya fuese en la mezquita, en la iglesia o en cualquier otro de los muchos espacios de culto. Sabían muy bien que Dios no quiere que se sacrifiquen vidas humanas y lo tiene prohibido. Pero el que daba las órdenes era quien había de soportar la carga de los pecados y culpas que se cometían en la presente guerra. Aunque ellos disparaban si se lo mandaban, el verdadero criminal era el jefe de operaciones, el único que podía dar órdenes. Estaban muy bien enterados de esto, que era lo más importante, pues sus conciencias acabarían siendo blanco de la muerte, esa droga fría como barro mezclado con aguas pútridas. Cuando volvieran a sus casas, después de alguna campaña o escaramuza, no acarrearían el peso de las víctimas inocentes que hubiesen aniquilado hacía unas horas. Por su parte, también los que dirigían las operaciones trasladaban la responsabilidad de sus actos a oficiales de alto rango que se movían plácidamente por el centro Jartum, disfrutando del perfumado café servido en la terraza del Ozone o de una cerveza Bavaria en la ribera del amado Nilo. Y estos opinaban que el verdadero asesino era quien había prendido la mecha de la guerra, o sea, el político de amable trato que dormía en su casa rodeado de sus hijos, a los que arrullaba con nanas, y que contentaba a su malhumorada esposa con unas cuantas onzas de oro puro. Y dicho político, sensato por demás, sabía plantarse tras los micrófonos y asegurar que los Estados Unidos e Israel —a los que había venido a unirse desde hacía poco el gobierno de Sudán del Sur— estaban detrás de estas guerras. Así era como se saciaba de sangre el espíritu de algún bondadoso monstruo.

Los carpinteros, tanto los oficiales como sus ayudantes, hacían

todas las cruces de un mismo y único tamaño que había de servir para todos, hombres y mujeres, y trabajaban por conjeturas, sin tener nada claro el procedimiento, pues ni siquiera habían visto imágenes de personas crucificadas. Les habían proporcionado las longitudes y el grosor de la madera e indicaciones sobre su aguante, así como sobre el número y tipo de clavos. Pero, por encima de todo, les habían encomendado la tarea de clavar ellos mismos a los crucificados sobre sus maderos. Nadie hay mejor que un carpintero para clavar clavos, ¿no es cierto? Y más valía ser tú el que los clavara antes que ver cómo te clavaban a ti los medianos en la frente y las palmas, y el más largo y grueso en medio del pecho.

El Hombre, sus devotos y seguidores se hallaban en un lugar desconocido por todos, incluidos los soldados que vinieron a darles muerte, los carpinteros, que seguían preparando sus cruces, y el propio Ibrahím Jidr Ibrahím. Y, para arrojar algo de luz sobre tal incertidumbre, echémosle un vistazo al lugar, que fue el emplazamiento de una antigua aldea, quemada y arrasada hacía dos años, sita en un profundo y fértil valle y circundada, al sur y al oeste, por una serie de montes. A las faldas del más occidental había un pequeño nacimiento de agua, uno de los motivos que habían llevado a los *yanyauids* hasta dicha aldea, que diezmaron. Luego trajeron unos centenares de camellos para que pastaran por allí junto con algunas familias. Ahora, sin embargo, no se veía por el paraje ni a los *yanyauids* ni a los suyos. Al Hombre le habían bastado unas breves palabras para acabar con ellos. «Idos a vuestro país», les dijo, y ellos se fueron a Níger con sus bestias, sus hijos y sus mujeres, dejando tras de sí, acá y allá, boñigas de camellos y algunos mechones de pelo de estos. El olor de los orines de los cuadrúpedos permaneció suspendido en el aire unos pocos días, pero acabó desvaneciéndose, si es que no acabó yéndose tras ellos. Eso era todo. A unos metros del manantial había cuevas de diversos tamaños, restos de asentamientos del pueblo dayu durante la Antigüedad, antes del nacimiento del Mesías, y en las que habían dibujado detalles de su vida diaria. En su interior pasaban el Hombre y sus discípulos largos espacios de tiempo durante los que no se sabía qué

hacían. Salían, eso sí, los viernes por la mañana y permanecían a la sombra de una gran *rakoba*[4], plantada entre los árboles que rodeaban el manantial. Y ahí mismo, el viernes siguiente, se encontrarían con nuestros militares, que estarían esperándolos, y con las toscas cruces, tan ansiosas de aquellos cuerpos famélicos e infieles que abrazarían ya para siempre.

Cuando los carpinteros y sus ayudantes se cansaban de desbastar los leños duros y rojizos, se ayudaban de las canciones que guardaban en su memoria, llena de aserrín, de silbido de sierras y de quejidos de árboles. Para muchos de ellos aquel penoso encargo podía ser la ocasión de ganarse un dinero para cubrir necesidades domésticas que venían arrastrando desde hacía días o incluso meses, y que para otros muchos eran asuntos de poca monta: calzado para los niños o un vestido nuevo para una esposa que solo contaba con sus sueños; quién sabe, incluso una pequeña vivienda u obras de mejora en la antigua, o bien unos pantalones nuevos para el hijo que había dado el estirón… «¡A lo mejor nos dan una buena paga!». Algunos, sin embargo, temían las peores consecuencias de andar haciendo cruces; el dinero que les darían por ello tenía que ser pecaminoso, ¿no? Establecían de manera inconsciente una analogía con la prohibición islámica de las bebidas alcohólicas: si estaba prohibido beber licores, fabricarlos también tenía que ser *haram*. Pues bien, si uno no podía ponerse una cruz al cuello, ¿cómo iba a estar permitido fabricarlas? Pero ahí estaban ellos, haciendo lo que el Señor nos tiene prohibido. «¡Quiera Dios que no acabemos en el infierno el Día del Juicio por culpa de estas cruces!». Y rumiando expectativas y presagios seguían trabajando con celo.

Ni a los sesenta y seis soldados ni a los carpinteros, fuesen oficiales o ayudantes, les importaba lo más mínimo lo que el Hombre afirmara ser: profeta, divinidad o vaya usted a saber qué, ni tampoco lo que el gobierno le tuviese reservado. «Él no nos hace daño alguno, como tampoco nos afectan las intenciones del gobierno». Bueno, en realidad no es que se planteasen semejantes cuestiones, que ni se les ocurrían. Digámoslo de otro modo, jamás habían llegado a concretarlas simplemente porque no tenían los

conocimientos precisos para formularlas; las preocupaciones del día a día impedían que se les vinieran a las mientes asuntos de mayor belleza y calado. Así era, la resolución de los problemas prácticos actuaba como una barrera entre ellos y las cuestiones que les afectaban como seres humanos, las relativas a sus decisiones, las preguntas que podían hacer de ellos individuos libres.

Más tarde le oyeron decir al Hombre:

—El carcelero es preso por elección propia, y la cruz es para nosotros y para quien la ha hecho.

Y también:

—No llega a ser libre quien no plantea preguntas claras.

Se refería a las preguntas que podían darles la libertad de las cigüeñas negras, y no hablaba nunca de las respuestas porque estas, como bien sabían, van cambiando.

El viernes anterior, el Hombre y sus seguidores salieron de sus cobijos y caminaron un corto trecho hacia lo que fue el centro de la aldea. El Hombre se detuvo junto a un montón de tierra sobre el que había algunas piedras y les dijo en una antigua habla de Darfur, que conocían tanto los árabes como los darfuríes:

—¿Quién de entre vosotros ve lo que hay en el interior de este montón de tierra?

Máriam, la hermosa mujer que acabaría siendo conocida como la Bienamada María (y a quien Sharún, el jefe rebelde, había llamado Máriam de Magdala[5] antes de que ella lo abandonase para unirse a los discípulos del Hombre), dijo:

—Yo no veo nada.

Y, como los demás la secundaron, el Hombre les dijo que podrían ver si querían ver. La cosa es que ellos sí querían, pero no veían nada. Les siguió hablando tal como lo hacía a menudo sobre la muerte, sobre la vida, sobre el ser humano y sus ilimitadas capacidades. En ese instante, sopló una suave ráfaga de viento y trajo una pluma de ave que fue a posarse sobre el hombro de uno de los discípulos, que estaba de pie junto al Hombre, entre este y Máriam la Bienamada. Él tomó la pluma, que era de un gris muy oscuro, casi negro; podía ser de un cuervo o de una pequeña cigüeña

negra. El Hombre les dijo:

—La pluma es el ave.

Y ante las miradas atónitas de todos trazó un cuervo en el suelo y colocó con precisión la pluma en el lugar adecuado del dibujo, y alrededor y a partir de ella fueron surgiendo las demás plumas. Luego hizo que aparecieran el pico, las extremidades, las garras; así, hasta que se completó la figura del cuervo. Sin dejar de sonreír les preguntó:

—¿Puede alguno de vosotros conseguir que vuele este cuervo?

A lo que repuso uno de los beduinos, llamado Hámid:

—Me parece que nadie puede.

El Hombre entonces le dijo al cuervo:

—¡Vuela!

Y el cuervo echó a volar. Surcó el aire hasta muy lejos, mostrando sus alas cubiertas de plumas negras. Cruzó el cielo límpido entre graznidos en dirección este, hacia donde no podía saberse, y acabó por desaparecer de la vista de todos. El Hombre les dijo:

—Si le hubierais hablado a ese cuervo tal como yo he hecho, también habría echado a volar. Lo único que hacía falta era la Palabra: «¡Vuela!». Si la pluma hubiera sabido pronunciarla, se habría bastado para juntar los miembros del cuerpo al que pertenece; habría convocado a la sangre, al graznido, al espíritu, y el cuervo habría emprendido el vuelo sin esperarnos un solo instante.

Muchos pensaron que con estas palabras quería decir que la Palabra es la misma para los seres vivos y para las cosas. Y aún añadió:

—Preparaos para el Cortejo.

Y, aunque no sabían qué era el Cortejo, comenzaron a prepararse.

Les dijo:

—El Cortejo es el Cortejo.

Los carpinteros y sus ayudantes seguían ocupados en construir las cruces; los sesenta y seis soldados jugaban a las cartas, y el Hombre les enseñaba la Palabra por igual a fieles y a infieles

preparándolos para el Cortejo.

No recordaban con precisión cuándo les dijo:

—El descreimiento, amados míos, es un grado en extremo complejo de la fe.

Tratantes de esclavos

Se diría que el destino de cada uno de ellos estaba firmemente ligado al del otro y no por mera coincidencia, aunque a menudo se esforzaran por creerlo así. Su primer encuentro no pudo más que producirse y ocurrió por obra de numerosas manos impuras (más tarde ambos las llamarían diabólicas), empeñadas en que aquel encuentro fuese posible, doloroso y definitivo.

El 23 de noviembre de 2002, a eso de las cuatro de la tarde, ante el punto de control de Suba, en las inmediaciones de Jartum, se detuvo el autobús tras una larga fila de otros tantos, que habían llegado antes al lugar. El conductor y su ayudante bajaron y desaparecieron por un tiempo. Al volver, venían acompañados de un hombre que traía en una mano la lista con los nombres de los pasajeros y en la otra un bolígrafo azul Bic. Vestía una sahariana de color gris y tenía los ojos pequeños y estrechos, tan penetrantes como los de un águila a punto de cobrarse una presa. Con una mirada, que apenas duró unos segundos, examinó a todos los pasajeros; examinó la lista de nombres, trazó unas líneas con su bolígrafo e indicó a algunos de ellos que bajaran del autobús y lo siguiesen, todo ello sin pronunciar una sola palabra. Cinco jóvenes de edades parejas bajaron en silencio y echaron a andar, desconfiados, tras el hombre de la sahariana gris, que entró en una tienda oscura de lienzo, plantada al este de la carretera. Detrás de la tienda estaba parado un camión sobre el que habían montado una suerte de jaula de hierro con orificios de ventilación protegidos con sólidos barrotes. El camión, la verdad, tenía muy mala pinta, daba

grima verlo, pues no presagiaba nada bueno. Mientras subían sintieron que entraban en una tumba metálica estacionada en el asfalto.

No es fácil detallar las primeras adversidades en que se vieron ambos envueltos, pues se sucedieron con gran rapidez, casi como un torbellino, cuando no con increíble ferocidad. Los fueron conduciendo de una oficina gubernamental a otra, todas con las paredes amarillentas e impregnadas de una mezcla de olor a cigarrillos Biringi y a sudor rancio de calcetines. Se entrevistaron con militares y civiles, todos con similares rasgos y catadura, que les dirigieron una y otra vez las mismas preguntas, les soltaron idénticas peroratas y los advirtieron de las consecuencias que podían acarrearles determinados actos. Tal fue el proceder de cuantos soldados les salieron al paso, así como de sus superiores, los «militares-civiles». Ibrahím Jidr Ibrahím, que era un poco más joven y corpulento y hablaba a tirones, rasgo que había heredado de su padre y este del suyo, les pidió que le permitiesen seguir acompañando a su hermana, quien se disponía a cursar el primer año de su carrera universitaria y no había estado nunca en Jartum. Lo único que quería —les explicó— era llevarla al Ministerio del Interior para cumplimentar las formalidades del caso, hecho lo cual volvería a presentarse ante ellos. Se rieron ante tal ingenuidad y le dijeron que se encontraría con ella antes de lo que pensaba. Uno de los «militares-civiles», un hombre flaco y de labios húmedos, que le temblaban sin que pudiera evitarlo, le aseguró que el gobierno encargaría a alguien que le facilitase a su hermana cuanto esta pudiese precisar. A él lo único que debía importarle ahora era comenzar a cumplir con su patriótico servicio de armas obligatorio e incorporarse al cuartel libre de toda inquietud.

La otra persona, de cuyas peripecias también daremos cuenta en la presente relación de hechos, era Shikiri Toto Kuwa. Permaneció en silencio mientras lo interrogaban y le tomaban la filiación, y no derramó ni una lágrima cuando despegó el vetusto avión militar, un Iliushin ruso, que había de llevarlos, después de cuarenta días de adiestramiento en el uso de armas ligeras, a no sabían dónde con

precisión, pero con certeza a una zona del frente en la que se estarían librando encarnizados combates, bien en el sur bien en el oeste. Estaban convencidos de que nunca volverían a ver Jartum, a no ser que hubiese en el infierno una ciudad con ese nombre.

En opinión de Ibrahím Jidr Ibrahím, no tenía nada de extraño, sino que era propio de «personas naturales», el tenerle afecto, incluso cariño, a la ciudad de Nyala y asimismo admirar sin ambages al profesor Mahmud Muhámmad Taha[6], con quien solo lo unían los lazos que establecen entre sí las personas naturales. Shikiri Toto Kuwa, por su parte, no había oído hablar en su vida de Mahmud Muhámmad Taha antes de conocer a Ibrahím Jidr Ibrahím, quien se alineaba con «el Profesor» y las ideas que este representaba; lo cual, por cierto, no creemos que le restase a Shikiri Toto Kuwa ni un ápice de su condición de persona natural. Con todo, su padre, Toto, le había hablado mucho de la ciudad de Nyala y lo había puesto al corriente de la existencia de una medio hermana suya, del padre, con quien Shikiri no había tenido trato porque las relaciones se interrumpieron antes de que él naciera, antes incluso de que el padre se casara con Kayila, que era la madre de nuestro personaje y vivía en Hayy al-Wadi. Shikiri Toto Kuwa seguía acordándose del nombre de aquella tía suya, que era ciertamente extraño y siempre le permitió imaginar cómo sería aun sin haberla conocido. Tal como el nombre sugería, le parecía verla en medio de un prado de espesa hierba por el que pastaban vacas y ovejas bajo una lluvia incesante. Se llamaba nada menos que Jarifía Tor Yamús[7], y tenía previsto buscarla en cuanto se asentara en la ciudad, una vez los licenciasen del ejército. La así llamada tenía que ser ya una anciana, tal como lo era su propio padre.

La crónica de su relación de camaradería la iniciaban ambos, o sea, Ibrahím y Shikiri, el día en que algún responsable indefinido decidió que habían de formar parte de la unidad especial de información con que contaba el regimiento al que los habían incorporado. Cuando se vieron el uno al otro, recordaron con precisión el día en que los atraparon a ambos en las inmediaciones de Jartum. Puede que llegaran a cruzarse alguna vez durante su

instrucción en el campamento, que se encontraba en un desolado yermo al norte de al-Yili; pero se hallaban entre 2.322 reclutas que solo pensaban en huir. El hecho es que la única vía de salvación era escapar del campamento, a pesar de lo bien vigilado que estaba, pues el que no conseguía huir sabía que iba camino de la muerte en un enfrentamiento con sudaneses rebeldes en alguna selva o desierto, lo mismo daba. La otra posible ocupación de los reclutas era tratar de ponerse en contacto con algún conocido bien relacionado que pudiese intervenir en el instante preciso para liberarlos. En el campamento, el tiempo corría veloz hacia el día en que entrarían en combate. Nadie se fiaba de nadie, pues cundía el rumor de que entre los reclutas había infiltrados que trabajaban para los mandos y solo se los identificaba cuando partían todos hacia el frente, pues dichos infiltrados se quedaban atrás y, si llegaban a participar en algún combate, era con la intención de depurar a algún miembro de lo que denominaban quinta columna. Lo más inquietante era que cualquier recluta estaba expuesto a que lo considerasen miembro integrante de esta por las razones más nimias, por el modo de vestir, por una sola palabra pronunciada con descuido o por el color de la piel. A eso se debía el que no se hubiesen entablado relaciones, ni buenas ni fluidas, entre Shikiri Toto Kuwa e Ibrahím Jidr Ibrahím, como tampoco entre ninguno de ellos y cualquier otro. Puede afirmarse que durante sus primeros días en el servicio de información dudaron el uno del otro, que incluso mantuvieron tensos enfrentamientos y si no llegaron a las manos fue gracias a los nervios templados de Ibrahím y a la sensatez de Shikiri. Pero acabaron entablando una relación humana de gran profundidad y así permanecieron por siempre.

La noche en el desierto, lejos de casa, no supone más que la nada absoluta, y el desierto no representa para el soldado otra cosa que la muerte. El soldado al que me refiero no es el revolucionario que combate por una causa patriótica contra un enemigo extranjero invasor, causa que ha hecho suya porque cree en ella. De quien hablamos aquí es del recluta al que mandan a la fuerza a la guerra, para que ponga su sangre al servicio de los políticos y de los intereses

que solo a estos conciernen, incluso aunque sean contrarios a la tribu, a la familia, a la patria chica del soldado. Hubo uno que luchó en el frente treinta años sin llegar a saber nada de aquellos a quienes mataba o acabarían matándolo a él. De esos tristes soldados hablamos. Ibrahím Jidr Ibrahím se burlaba siempre de aquellos «héroes», de aquellos «caídos», que recibían semejantes títulos de gloria por combatir a sus hermanos de piel y paisanos suyos.

La noche en el desierto es otro desierto que repta por el alma como una serpiente legendaria. Ambos avanzaban reptando por las frías arenas, cerca del campamento de rebeldes que recibía el nombre clave de T50. Les habían encargado vigilar la ruta desértica de aprovisionamiento que discurre a casi quinientos kilómetros al norte de la ciudad de al-Fásher con la intención de determinar el tiempo que requeriría bloquearla. Era una acción rutinaria, que solían llevar a cabo los soldados, y en buena medida sencilla y de escaso riesgo gracias a los nuevos instrumentos chinos de observación, que no exigían acercarse demasiado al punto del que se tratase; bastaba con escoger el ángulo y el momento adecuados y permanecer echado, a una distancia razonable, para conseguir los resultados idóneos. El problema estribaba en que su superior le había ordenado a Shikiri Toto Kuwa que estuviese muy atento a Ibrahím Jidr Ibrahím y elaborara un informe sobre este. Es más, el oficial le había dicho con toda franqueza que dudaban de la lealtad de Ibrahím.

Shikiri Toto Kuwa no sabía si el mando hablaba en serio, si no se estaría equivocando al seguir aquella orden que le dieron con tan tajante y sintético calificativo: «¡Vigila a ese *esclavo*!». A Shikiri Toto Kuwa se le ocurrió si aquello de «esclavo» no iba referido en realidad a él mismo, pues a quien desde luego no le cuadraba lo más mínimo era a Ibrahím Jidr Ibrahím. Nadie, en efecto, podría haber identificado a este como tal según los usos y costumbres tradicionales, ya que tenía la piel pálida, bien clara, y los cabellos lisos. De manera que, con arreglo a su apariencia física, Ibrahím pertenecía a cualquiera de los grupos humanos que pueden llamar esclavos a los demás y no al revés. Por ese motivo creyó Shikiri que

el teniente se refería a él, a Shikiri, y se dispuso a sufrir alguna agresión. Pero el oficial se lo explicó todo, asegurándole que tenían a su disposición los detalles concernientes a todos ellos, los reclutas, y nada se les escapaba, ni siquiera lo que había más allá de los rasgos físicos. Le contó, así, que la familia de Ibrahím Jidr Ibrahím había tenido amos hasta hacía poco. Especificó más: descendía de una mujer que había tenido amos, y, de no ser por los ingleses, aún estarían todos a buen recaudo. El abuelo de Ibrahím fue hijo del amo, lo cual no significaba que fuese ilegítimo, ya que su madre, la del abuelo, era propiedad de su señor de acuerdo con la *sharía*, algo sobre lo que no diferían ni dos maestros de la Ley. Por otra parte, Ibrahím —le aseguró el oficial— se había hecho misántropo, un ser antisocial, partidario de ideologías destructivas, empezando por el comunismo y acabando con el ideario del Partido Republicano de Mahmud Muhámmad Taha.

Las ideas le bullían en la mente a Shikiri mientras se arrastraba por la arena fría junto a Ibrahím, dejándose llevar un poco al imaginarse la relación de la antepasada de este con el amo. ¿Tuvo la mujer otro esposo? Para empezar, ¿le estaba permitido? Y si era que sí, ¿cómo sería la relación del esposo con el amo? ¿Cómo atraparían los tratantes de esclavos a los ancestros de Ibrahím? ¿Por qué no huyeron? ¿Se resistieron mucho? Y, a todo esto, ¿quiénes eran los tratantes?, ¿sudaneses también? Imaginó que él mismo fuese propiedad de un amo que mantuviera relaciones sexuales con su madre. Ibrahím, mientras tanto, estaba leyendo las instrucciones del aparato. Consideraba que aquella misión no era más que una pérdida de tiempo, ya que no serviría para proporcionarles a los mandos ninguna información valiosa acerca de los Tora Bora, como solían llamarlos[8], y desde lo más profundo de su ser deseaba que estos se hicieran con los suministros necesarios para vencer al ejército del que formaba él parte y barriesen a todos sus integrantes, incluido él mismo. Lo cierto es que no se fiaba de Shikiri Toto Kuwa ni lo más mínimo. Para empezar, Shikiri apenas hablaba y, en consecuencia, no manifestaba sus ideas ni sentimientos, que apenas conocía nadie. Él sí que le había hablado de su familia, de sus

amigos, de sus inquietudes cotidianas, hasta de su novia. Y, más aún, le había contado cómo había llegado a simpatizar con el Partido Republicano del modo más inesperado, cuando fue a reírse de sus militantes y a alegrarse de la desgracia que los asolaba en la prisión de Kúbar el día en que ejecutaron al Profesor, a Mahmud Muhámmad Taha, el 18 de enero de 1985 a las diez de la mañana. Ibrahím estaba rodeado de un nutrido grupo de desocupados y de partidarios del Frente Islámico Nacional, y, según le confesó a su compañero Shikiri con sinceridad absoluta, cuando el Profesor subió al cadalso, a él le bastó una sola mirada (mientras que los demás procuraban que sus ojos no se encontrasen con los del ajusticiado) para «comprender que el Profesor, que Mahmud Muhámmad Taha, tenía toda la razón y que todos nosotros éramos unos asesinos. No eran solamente los jueces y el presidente Numeiri quienes lo estaban ejecutando, sino que también nosotros, al no mover un dedo por detenerlos, éramos responsables de su muerte y aún más que ellos. Era un hombre bien parecido y valiente, un profeta, un santo, un ser humano incomparable que supo mantener la cabeza alta frente al poder absoluto. En ese instante tuve la impresión de que el Profesor podía perfectamente haber transformado la horca en un trono grandioso y coronarse como el mítico y definitivo soberano de este mundo, si así lo hubiese querido. Pero deseaba quedarse donde estaba cuanto fuera preciso para que sus verdugos pudieran cumplir con su deber histórico, del mismo modo que el Señor Mesías le brindó aquella preciosa oportunidad a la turba sedienta de la sangre más pura». Ibrahím hacía partícipe a Shikiri de todo lo que se le pasaba por la cabeza, en tanto que este sonreía y hacía algún breve comentario, pero sin confiarle nunca nada personal.

Ese día, sin embargo, Shikiri tenía muchas ganas de hablar, quería decirle algo importante a Ibrahím, le contaría lo relativo al superior de ambos, el teniente. Sí, lo pondría al corriente del informe que tenía que escribir y de la opinión que los mandos tenían de él, de Ibrahím. Ni siquiera le pensaba ocultar la historia de que, según le habían dicho, este era esclavo de unos amos a los que pertenecería mientras siguiera vivo en virtud de un derecho que se

heredaba de padres a hijos. También le diría que, según le había contado el teniente, él, Ibrahím, era fruto de una relación íntima entre el amo y una de las que «posee vuestra diestra», tal como reza el Corán. Pero cuando tomó la palabra fue solo para informarlo de su deseo de desertar lo antes posible. Esto sorprendió mucho a Ibrahím, que no había podido prever una declaración semejante por parte de Shikiri, de quien sospechaba que se había enrolado en el ejército desde las filas del poder. Muy lejos de ello, Shikiri le confió que, desde que lo habían atrapado, no había pensado más que en vengarse o en escapar.

Tal como habría hecho cualquier persona inteligente en su lugar, Ibrahím creyó percibir que sus sospechas previas se confirmaban, que Shikiri estaba tratando de sondearlo, de llegarle hasta el fondo del alma, así que sonrió tal como sonreía Shikiri cuando él le contaba sus penas y alegrías. Esto, a su vez, llevó a Shikiri a dudar de las verdaderas intenciones de Ibrahím. Intuyó que su propia posición no era del todo segura y decidió en consecuencia no revelarle lo que sabía. Sin embargo, aún se comprometió más al afirmar: «Más valdría unirse a los rebeldes».

Se arrastraban sobre la arena, ya de retirada, pues tenían que dar paso al siguiente turno de guardia. La frialdad era el único rasgo de la arena. Sus cuerpos magullados habían perdido el calor, y hasta los malos presentimientos se habían enfriado. A pesar de todo, en el interior de ambos iba creciendo una lengua común. Pero les costaba mucho expresarse y cada vez que trataban de dar con ella perdían las vías de acceso. Aunque por fin consiguieron acercarse el uno al otro cuando Shikiri le contó a Ibrahím que el oficial le había pedido que lo vigilara y elevase un informe detallado. La consecuencia de ello bien podría ser que a la postre Ibrahím se hiciese acreedor al doble título que tanto detestaba y ridiculizaba: «el héroe caído».

El frenesí del cuerpo

La tía Jarifía, mujer entrada en carnes, vivía en una casa desprovista de árboles. La vivienda se componía de dos estancias construidas en adobe rojo, rodeadas de un espacioso porche, y de una bonita choza independiente en la parte sur de la propiedad, que sirvió en el pasado para los huéspedes, pero donde ahora dormía la hija de Jarifía. La propiedad, en torno a la cual crecían mangos gigantescos, se hallaba cerca del cauce del *wadi* Birli. A pesar de que este era el único espacio adecuado para la pasión amorosa en toda Nyala, la tía Jarifía no había tenido hijo alguno fruto de relación sentimental o arrebato. La ocupante de la choza era, en realidad, una desterrada a quien Jarifía había acogido; luego se acostumbró a ella y acabó adoptándola y tratándola como a una hija. Y era la única joven en Nyala, y acaso en todo Sudán, que llevaba el nombre masculino de Abderrahmán. Este al menos había sido el nombre que se atribuyó cuando la rescataron de una matanza. Los servicios de socorro la encontraron viva debajo de dos cadáveres descompuestos y, cuando uno de los funcionarios le preguntó cómo se llamaba, ella repuso que Abderrahmán. Y fue la joven Abderrahmán quien primero recibió a Shikiri a la llegada de este. Lo llevó a la *rakoba*, a la sombra de la cual le pidió que esperase hasta que la tía Jarifía volviera del mercado del viernes. Le dio de beber, le sirvió un desayuno y le ofreció unas chanclas para que pudiese liberar sus pies de las botas. Se puso luego a hablarle de la tía Jarifía y le expresó con franqueza su ardiente deseo de llegar a ser soldado ella misma. Debía de tener unos veinte años, sería pues unos diecisiete más joven que él. Era

esbelta y grácil, y su feminidad, que saltaba a la vista, se imponía por sí sola a pesar de los recuerdos de úlceras que le cubrían los muslos, descubiertos bajo su corto vestido, y de la profunda cicatriz de su mejilla izquierda, imperfección que se había tornado irresistible marca de belleza. Al ver que el recién llegado se fijaba en la cicatriz, Abderrahmán le explicó que se había caído de un caballo y añadió que su familia tuvo, en la aldea de Jórbati, una buena cuadra; los caballos, que ella montaba desde su más tierna edad, eran su animal preferido. Le habló asimismo de los de su vecino, el dueño de los mangos «de ahí al lado, de la plantación que linda con la casa». El hombre vivía solo, pues habían matado a sus hijos en la guerra, y muy a menudo le permitía a Abderrahmán que los montara y se divirtiera por el valle. Le prometió llevarlo a la cuadra del vecino si se quedaba en la casa por un tiempo. «¿Oyes los relinchos?».

Con suma facilidad adivinó a qué tribu pertenecía la joven y, lo que importaba más, pues le ocurría por primera vez en la vida de aquel modo, Shikiri se sintió conmovido por un frenético deseo de practicar sexo con la joven en aquel preciso instante, antes de que volviera la tía Jarifía. Ello podía deberse a la privación que había sufrido, lejos de las mujeres durante aquel largo año que había pasado en los campos de la muerte y la guerra, o al deseo desbocado que le había provocado la feminidad de la joven, o bien a algún otro irreductible motivo que se le escapaba. Fuera como fuese, los roedores de su deseo sexual estaban en movimiento, ya sentía cómo el semen se le agolpaba en la cabeza del miembro generando un ardor placentero, sí, pero también imperioso y vergonzante. Ella se deshizo en excusas al reconocer que no había en la casa ninguna túnica masculina que pudiera ofrecerle. En la casa no vivía ningún hombre. El último marido de la tía Jarifía la había repudiado hacía veinte años y no había vuelto a visitarla después. Jarifía no le abría la puerta de la casa a ningún varón porque creía que, a su edad, ningún hombre se le acercaría más que con dos objetivos: para seducir a su hija o para quedarse con sus propiedades, las de la tía, que no andaba falta de medios, pues, a decir de la propia Abderrahmán, «tenía más dinero que granos de arena hay en la tierra».

Shikiri agarró sus botas y las dejó fuera; sabía que el hedor, al que había acabado por acostumbrarse, era insoportable. La joven lo dejaba solo de vez en cuando, iba a hacer lo que tuviese que hacer y volvía para hablarle de la tía Jarifía. Todo lo que hacía era motivo de asombro, desde sus relaciones con la gente hasta su manera de tomar café. La joven le sugirió que se echara un rato a descansar; a los militares tenía que agotarlos el servicio, ¿verdad? La verdad es que Shikiri estaba exhausto, pero el deseo sexual era más poderoso que la modorra. Tras otra de sus ausencias, Abderrahmán le dijo que el baño estaba listo, podía lavarse si le apetecía. El baño era una choza de cañas y paja provista de lo que en un uso figurado del lenguaje podía denominarse puerta, y estaba en la esquina sur de la vivienda, a la sombra de un mango descomunal. Shikiri pensó que a la tía Jarifía y a su hija no debían de gustarles los mangos o que los habrían aborrecido, pues las ramas que cubrían el baño estaban cargadas de apetitosos frutos maduros. Más tarde se enteró de que solo probaban los mangos, que no eran suyos, si se lo permitía el dueño de la plantación. Se sentó en un taburete metálico cubierto de una trama de plástico, que servía para bañarse. En un caldero había una gran cantidad de agua, tan limpia que podía ver, en el fondo gastado del recipiente, una representación del león rojo del rey Tánbal Bey. Se quitó la ropa a toda prisa y, en lugar de echarse agua por encima de la cabeza, mojó y frotó la pastilla de jabón y se cubrió de espuma el miembro erecto. Lo frotó suavemente y lo recorrió, arriba y abajo, con la palma de la mano, mientras pensaba en la profunda cicatriz que le surcaba el rostro a Abderrahmán. Oyó entonces que esta le pedía que parara, que lo único que tenía que hacer era lavarse rápido y nada más. Estaba de pie, tras la puerta entornada de la choza, con la mitad de la cara asomando al baño y los ojos clavados en el miembro de él, extasiada con los relinchos que llegaban desde detrás del cubículo, la música de que disfrutaba la joven cuando se bañaba.

La tía Jarifía trabajaba en el zoco de las mujeres vendiendo especias y ocra cerca de la carnicería y volvía con la llamada a la oración del viernes, momento en que cerraban el mercado a la

fuerza, pues no quería que le diesen cuarenta azotes, aunque tampoco tenía costumbre de cumplir con la oración ni el viernes al mediodía ni en ningún otro momento. Recogía la mercancía que no había vendido y, después de comprar lo necesario para el almuerzo y la cena, además de dulces y chicle para Abderrahmán, volvía a casa. La costumbre de comprarle chucherías a esta comenzó hacía cinco años, cuando la joven contaba dieciséis. Fue entonces cuando la tía Jarifía la recogió en su casa. Allí había llegado Abderrahmán huyendo del campo de refugiados de Kalma, ya que era preferible vagar por el mercado de Nyala. Trabajaba como recadera de las vendedoras de té, les lavaba los vasos, les hacía breves mandados, les llevaba el té a los clientes. Jarifía la atrajo para que la ayudase con la fuente de ocra y a pelar cacahuetes y más tarde para que le hiciera compañía en casa. Abderrahmán le debía a Jarifía todo lo bueno que había conocido en la vida.

Cuando Shikiri oyó la llamada a la oración, dio un respingo, pero ella lo retuvo a su lado con dulzura. La joven estaba medio traspuesta, con el cuerpo desnudo pegado al de Shikiri, quien le recordó que, por lo que ella misma le había dicho, la tía estaría ya saliendo del mercado e iba a sorprenderlos en una situación embarazosa. De ningún modo quería que su tía lo encontrara, la primera vez que lo veía, manteniendo una relación ilícita con quien ella consideraba su hija. Era profanar la casa. Pero ella, como si no lo hubiese oído, lo retuvo a su lado, lo estrechó contra sí y comenzó a jugar con lo que Shikiri tenía entre los muslos. Y por tercera vez se deslizaron hacia una intimidad ardiente y frenética. Él había añorado tanto a las mujeres que ahora lo empujaba hacia ella un deseo fresco, un ansia sin límites. La joven no había practicado el sexo por su propia voluntad hasta ese día. Cuando oyeron la puerta de la calle, Shikiri volvió a sacudirse. Abderrahmán le pidió con un movimiento de las manos que se quedase como y donde estaba; se vistió sin prisas, se arregló los cabellos, se enjugó la cara con una prenda de ropa y salió al encuentro de la tía Jarifía, quien, sin atender a nada más, le preguntó dónde estaba Shikiri Toto Kuwa, el hijo de su hermano, y por qué no lo veía. Abderrahmán repuso que

había llegado desfallecido y se había echado en el dormitorio de ella. Shikiri oyó todo esto sin poder imaginarse que la tía Jarifía irrumpiría en la choza donde seguía él, en ropa interior. Lo abrazó riendo y llorando al mismo tiempo. Había visto por última vez al padre del recién llegado hacía más de cuarenta años, y en el hijo reconocía la imagen de su hermano y percibía su mismo olor, si bien mezclado con el del sudor, que conocía bien, así como el aroma de determinado fluido, que nunca se le había ocultado. Asombrada y con los ojos fijos en el sujetador de Abderrahmán, que seguía encima de la cama, le dijo:

—¿Será posible que te hayas acostado con Abderrahmán, mamarracho?

Shikiri contestó sin vacilar y tratando de taparse las partes descubiertas de su cuerpo:

—Sí, nos hemos acostado, «madre».

Abderrahmán estaba de pie detrás de la tía, mirando y escuchando, con una sonrisa de tranquilidad en la boca, dando señales evidentes de extrema felicidad. La cicatriz de su mejilla izquierda era aún más hermosa y radiante. Jarifía se dirigió a ella:

—¿Por qué no me has esperado? ¿Por qué no me has dicho que te acostarías con él cuando has venido al mercado a avisarme de que el hijo de mi hermano Toto acababa de llegar?

La joven sonrió avergonzada. Con gran emoción la abrazó la tía Jarifía, la besó en la cara y se echó a llorar. Shikiri, mientras tanto, se vistió a toda prisa y fue al baño, dejando a las dos mujeres abrazadas.

La caza del yinn

Abderrahmán lo había olvidado todo, hasta los dos cadáveres que tenía encima cuando la encontraron. Había olvidado la guerra y el estruendo de los aviones, había olvidado la matanza en la que habían sucumbido su madre, su padre y sus tres hermanos, Harún, Ishaq y Musa. También la separación de su hermana Máriam, de quien decían que vivía en algún campo de refugiados en Chad; si, a lo que parecía, no cayó con los demás, fue porque salió a coger leña con otras muchachas. No estaba, pues, segura de cuál sería su paradero, solo contaba con conjeturas y expectativas; pero, si seguía con vida, Máriam era el único familiar que le quedaba. Había olvidado la experiencia de la primera violación, durante la batalla, y olvidó la segunda y la tercera y la cuarta, en el campo de refugiados de Kalma; o acaso consiguió olvidarlo todo en un acto de su voluntad. Lo importante era que Abderrahmán quería pasar esa página de su vida, y nadie sabía por qué no había olvidado también su nombre, lo que podía haber hecho en cualquier momento de su vida. La tía Jarifía la había prevenido de las consecuencias que podía acarrear remover el pasado, hablar de la guerra y todo lo demás; ambas estaban más que hartas de todos aquellos horrores y de las noticias que la guerra generaba. Lo que querían era comenzar de nuevo.

Ibrahím Jidr Ibrahím no solo no se opuso a que su amigo Shikiri se casara con Abderrahmán, sino que los apoyó con entusiasmo, y tampoco consideró extraño el proceder de la tía Jarifía aquel viernes, cuando llevó a Abderrahmán y a Shikiri a la mezquita, con lo que ella misma se vio obligada a cumplir con la oración ritual en la parte

destinada a las mujeres. En cuanto acabó la celebración, el *madhún* levantó acta de matrimonio, a pesar de que ni a él mismo ni a ninguno de los fieles presentes les parecía adecuado que la novia fuera inscrita bajo el nombre de Abderrahmán. Esto podía dar lugar al equívoco de que cualquiera, al leer el papel oficial, creyese que se trataba de un matrimonio entre homosexuales del mismo sexo, lo cual está prohibido tanto en la ley civil como en la religiosa. Pero Abderrahmán se mostró inflexible: se casaría con ese nombre aun a riesgo de que el matrimonio fuera nulo y no quiso saber nada del nombre que el *madhún* le propuso que adoptara, Máriam. Hasta que uno de los presentes, que estaban empeñados en que contrajesen matrimonio de una vez aquella joven desplazada y el soldado forastero (dos anomalías sociales al fin y al cabo, de las que nada bueno podía esperarse), tuvo la feliz idea de que el nombre figurase en el acta precedido del tratamiento femenino «doña» y terminado en a; la contrayente sería, pues, «doña Abderrahmana», nombre este que, con la marca de femenino, sí que era común en muchas poblaciones de Darfur. Al *madhún* le pareció aceptable y Abderrahmán no puso inconveniente. Más tarde, nada más volver a casa, Shikiri se dio cuenta de que su esposa Abderrahmán difería de las mujeres al uso y no solo porque era mucho más directa, franca y sensual de lo que habría podido esperar, sino porque cuando apenas llevaban una hora de casados lo puso sin ambages en la siguiente disyuntiva: o la vengaba él mismo o la ayudaba a vengarse. No había otra posibilidad.

Le explicó que había estado esperando a tener un hombre a su lado, militar y valiente, que se vengara por ella, que matara por lo menos a diez *yanyauids*, que ella ya se encargaría de comerse los hígados de todos ellos, crudos. A Shikiri lo dominó el espanto y apenas pudo reprimir un resoplido. Aunque había entrado muchas veces en combate contra los Tora Bora, no había matado ni a una gallina en toda su vida; solía vaciar el cargador contra objetivos ficticios y siempre se batía en retirada a la primera señal. ¿Acaso no sabía su esposa Abderrahmán que combatía en el mismo bando que los *yanyauids*? Ella lo informó de que estaba al corriente de la guerra,

hasta en sus pormenores, y le precisó que quienes habían matado a su madre y a su padre y violado a sus hermanas hasta la muerte no eran soldados regulares del régimen, sino *yanyauids*. Sabía distinguir entre unos y otros. Era verdad que el ejército podía haberla protegido, pero nadie hizo nada. Conocía a miembros de su propia tribu en el ejército y sabía que vieron con terrible dolor cómo los *yanyauids* mataban a sus parientes y familiares más próximos. Los aniquilaron delante de ellos, ¿para qué querían mayor tormento, peor padecimiento, más muerte? Sabía que se contaban por decenas los que se unieron a los Tora Bora después de aquello. Todo el mundo en Darfur conocía historias como la de los aviadores que se negaron a arrojar bombas sobre sus «hermanos de piel». Pues eso, que ella quería *yanyauids*, nada más que *yanyauids*. Shikiri le contestó que no sabía cómo matar a un ser humano, fuese de los *yanyauids* o de los Tora Bora, ni siquiera sabía qué hacer para ayudarla. No la animaba, pues, a seguir por ese camino; él no era un soldado de carrera, sino un don nadie al que habían forzado a cumplir el servicio militar y llevado luego al frente como a una oveja al matadero. Ella repuso que al menos podía adiestrarla en el tiro y darle el dinero que costaba un fusil G3, pero en ningún caso debía contarle nada a la tía Jarifía, a quien había prometido no abrir otra vez «la taquilla de la guerra». No le pedía más.

La opinión de Ibrahím Jidr Ibrahím era que Shikiri debía alejarse de Jarifía y su hija si quería evitar serios aprietos, pero al parecer Shikiri estaba de verdad enamorado de la joven y le era imposible alejarse de ella. La joven lo sabía y no se mostraba dispuesta a retroceder ni un ápice, y eso que hasta el momento Abderrahmán no lo presionaba de ningún modo. Al contrario, cada vez se mostraba más tierna, hermosa y sensual.

Shikiri comenzó, pues, a enseñarle el manejo de un arma, a desmontarla, montarla y disparar, cada viernes, cuando se ausentaba de la guarnición, de donde salía la noche del jueves para regresar el sábado de madrugada. Abderrahmán lo aprendía todo a la primera sin ningún esfuerzo y al cuarto viernes lo sorprendió diciéndole que se había hecho con un G3. Shikiri casi se desmaya del susto. La

joven le contó que se lo había robado a un *yanyauid* borracho al que había encontrado dormido cerca del aeropuerto mientras paseaba por el bosquecillo que hay al oeste del campamento de Kalma buscando leña con que calentarse. Shikiri sabía que le estaba mintiendo. Era imposible que saliese de noche por leña o que le arrebatara el fusil a un *yanyauid* de día. Además, Abderrahmán no iba nunca a recoger leña porque no hacía falta en la vivienda desde que la tía Jarifía trajo una estufa de gas nueva. Shikiri sabía también de sobra que las mujeres no se arriesgaban a meterse en aquel bosquecillo por miedo a que las violase alguno de los muchos *yanyauids* que había por allí. Estaba, por último, bien enterado de que en aquellos días nadie iba a buscar leña más que en grupos y bajo la protección de las fuerzas de la Unión Africana. Le dijo todo esto a su mujer, deteniéndose en detalles irritantes, y ella le contestó inflexible:

—Se lo he robado a un *yanyauid* borracho. Eres libre de creértelo o no.

Shikiri creyó percibir la cercanía del desastre. Abderrahmán le parecía temeraria y misteriosa al mismo tiempo, una bestia sedienta de sangre, una rebelde desquiciada que no veía más que enemigos y celadas, que trabajaba con un solo objetivo, pero sin experiencia ni plan. Notaba que a la joven se le iba nublando la razón a cada instante, como si estuviera empeñada en perder los cabales a la máxima velocidad. Pero aún no lo crispaba. Seguía siendo cariñosa con él y cuidaba mucho su propio aspecto; se perfumaba con el aroma que a él le gustaba y se le entregaba en la cama con aquel atractivo inigualable. Shikiri tenía una necesidad imperiosa de tales cuidados corporales, pero también quería seguir vivo. Nada más ver el fusil supo que era propiedad del ejército sudanés, aunque quien fuese le había dedicado atención especial. Saltaba a la vista por el grabado que adornaba la cantonera, hecho con algún instrumento punzante, y porque alguien, tal vez una mujer, había decorado la correa con abalorios de colores. Carecía de número de registro militar, pero el olfato detectaba de qué grupo era su dueño, y es que los *yanyauids* desprenden un olor característico, mezcla de pelo de

animal (sea caballo o camello) y sudor humano. Era un arma china, de fabricación reciente, pero quien fuese la había usado mucho, pues la boca de fuego, que brillaba por dentro y estaba cubierta por un trapo untado de aceite de castor, desprendía un intenso olor a pólvora. Abderrahmán no tenía un plan concreto para usar el fusil.

Nyala era (y sigue siendo) una ciudad grande y hermosa. Los europeos que trabajaban para los servicios humanitarios la llamaban Las Vegas de Darfur. Nadie podía precisar el número de sus habitantes, que subía y bajaba dependiendo de cómo fuese la guerra de Darfur. En Nyala convivían las víctimas desplazadas de las aldeas y los asesinos que habían forzado los desplazamientos. Pero también otros ciudadanos para quienes la guerra no significaba nada especial y grandes mercaderes, que eran los únicos en sacar provecho de la situación bélica, pues se habían enriquecido gracias al acaparamiento, la especulación y la escasez natural o artificial de mercancía. También estaban los *yanyauids*, que vivían en las afueras, en enormes campamentos. Se paseaban por la ciudad en sus Land Cruiser descubiertos, provistos de ametralladoras DShK y, colgando de los flancos, los odiosos lanzacohetes antitanques RPG. Iban en sus transportes con la ropa sucia, comida de sudor y de polvo, rodeados de amuletos y cascos; sus cabellos revueltos desprendían olor a desierto y exilio. Colgado del hombro de cada uno, un fusil G3 de fabricación china que disparaban por el motivo más trivial. Nada sabían de la inviolabilidad de la vida humana; no distinguían entre seres humanos y otras criaturas, perros callejeros, por ejemplo. Se los reconocía también por el habla que utilizaban, el dáyar, que es el árabe de Níger o de la parte occidental del Sáhara. No tenían mujeres ni hijas, entre ellos no vivían civiles ni personas religiosas o instruidas; no había maestros ni estudiantes entre los *yanyauids*, ni directivos o artesanos. No sabían lo que era una aldea o una ciudad o un Estado; no tenían casas a las que desearan volver al final de la jornada. Todos sus esfuerzos tendían a un único objetivo: esa criatura de patas largas y lomo fuerte y abombado, dotada de un vientre capaz de almacenar un barril de agua. Lo representaban como emblema en sus enseñas, se comían su carne y su grasa, se

bebían su leche, vivían en tiendas confeccionadas con su piel y cabalgaban a sus lomos. Ese ser que podía llevarlos a zonas alejadas, donde matar y morir para brindarle nuevos pastos. Ese animal que era su amo y su señor, su esclavo y su propiedad al mismo tiempo, y recibe el nombre de camello.

Nadie sabía quién le inspiró al gobierno la idea de elegir a este pueblo en concreto, de entre todos los del África, para llevar adelante la guerra en Darfur. El designio de Abderrahmán habría sido más fácil si su oponente no fuese un grupo tan particular, pero ni a ella misma se le ocultaba lo desmesurado del desafío. En Nyala había una enorme guarnición del gobierno, no menos de diez mil efectivos, que tenían a su disposición centenares de piezas de artillería pesada y un importante número de aviones de guerra chinos, capaces de dar respuesta rápida y contundente. Y esas fuerzas nada desdeñables combatían al lado de los *yanyauids*. A Abderrahmán poco le importaba. Su objetivo, en lugar de desproporcionado, le resultaba real, legítimo y accesible: diez *yanyauids*, ni uno más, de un total de dieciséis mil. Poca cosa en proporción, incluso si se pensaba en el número de *yanyauids* que caían en cada batalla, varios cientos, a los que la joven solo pretendía añadir una decena más.

La tía Jarifía, gracias a su instinto femenino, a la mucha experiencia acumulada y a su conocimiento del ser humano, notó que algo ocurría en su casa entre su hija Abderrahmán y su sobrino Shikiri, y acaso también con Ibrahím Jidr Ibrahím, el amigo de este que lo acompañaba de vez en cuando. Era evidente que Abderrahmán no era la misma; se ausentaba a menudo y se encerraba en su cuarto largas horas. Tampoco le había pasado desapercibido que la joven llevaba un estricto programa de ejercicios, como de militares, y por supuesto que se dio cuenta de que la relación de Abderrahmán con su marido se había enturbiado, tanto que, aguzando el oído en cierta ocasión, los oyó mantener una fuerte discusión, si bien no pasó de las palabras. Pero ni se le había ocurrido que todo ello podía tener que ver con la guerra, ese espanto que había decidido silenciar en su conciencia para siempre jamás.

Hasta que una mañana se levantó y comprobó que Abderrahmán no estaba en su dormitorio. Pensó que la joven habría salido a dar una urgente caminata matutina, un hábito reciente. La esperó hasta que llegó la hora en que ella misma había de salir hacia el mercado, y la joven no había vuelto. Su cuarto estaba en perfecto orden, nada faltaba de su sitio, pero, tras percibir cierto movimiento por encima de ella, vio que del centro pendía un gran aro de amuletos, de los que usaban los *yanyauids*, con sangre coagulada. Con toda la calma sacó cuanto juzgó importante, lo guardó en otro lugar y le prendió fuego a la choza.

Todo el mundo (excepción hecha del tío Yumua Sakin, claro) comenzó a especular sobre el vínculo que podía haber entre el incendio de la choza y la ausencia de Abderrahmán, o por mejor decir, su desaparición. La gente vio una relación de causa y efecto entre la inquietud de la tía Jarifía, su escasa conversación y frecuentes soliloquios, el que se quedara más tiempo en el mercado y hubiese dejado de tomar café, y la marcha de su querida hija y amiga Abderrahmán. La gente pensó que la desaparición explicaba el que Jarifía se quejara continuamente de la espalda, el que ya no fuera a celebraciones y festejos, su buena disposición hacia los desvaríos de Shalil el Loco, el que buscara incluso su compañía, cuando Shalil se lo había pensado siempre mil veces antes de transitar por donde trabajaba la tía Jarifía. Esta sentía un miedo cerril hacia los desequilibrados, que eran muchos, de toda condición y edad, resultado usual y conocido de todas las guerras. Lo que, por el contrario, no se le había ocurrido a nadie era ligar la desaparición de Abderrahmán con la de los dos *yanyauids*, pues no había huella, indicio, hilo o tufo que sugiriese cuál había sido el destino de estos, a pesar del dispositivo de seguridad que puso en marcha el gobierno para dar con ellos.

Desplegaron por Nyala a todos los efectivos de la ciudad, que quedó desprovista de la vigilancia habitual, y a ellos se unieron un millar de miembros de los servicios de información militar y de la seguridad general, junto con centenares de civiles que actuaban como chivatos ocasionales, infiltrados entre la población para

informar de todo el mundo sin excepción, fuesen amigos, vecinos o parientes. Emplearon a geománticos y otros adivinos, incluidos los brujos de la tribu de los dayu que se refugiaban en una de las cuevas del monte Abu Kardús, al oeste de Nyala. Todos trabajaban con diligencia incansable para dar con los desaparecidos. El jefe de los *yanyauids* juró por la cabeza de su padre y luego por el mismo Dios que, si el gobierno no le entregaba a los responsables, mataría indiscriminadamente a un mínimo de doscientas personas en el mercado de Nyala, a plena luz del día y sin establecer diferencias entre niños, hombres o mujeres, entre árabes o negros o quien se le pusiera por delante. Por fin, al cumplirse el séptimo día, y cuando el jefe hubo perdido las esperanzas en la acción del gobierno, que calificó de lenta y cómplice, movilizó a sus milicias iracundas. Rodearon el mercado de Nyala, bloquearon todos sus accesos, impidieron que nadie saliera, aunque permitían la entrada, y al mediodía el gobierno pudo atrapar a los asesinos de los *yanyauids*, que habían sido —afirmaron— dos hombres de la tribu de los masalit. «Los hemos detenido cuando trataban de huir del mercado de la ciudad e iban de camino al campamento de Kalma, donde esos asesinos infieles podrían haberse ocultado para siempre».

Ambos estaban tan extenuados por los golpes recibidos que, cuando el jefe de los *yanyauids*, Abba Yirbiga Yulbag, pasó por encima de ellos con su flamante Land Cruiser 6x6 de cinco toneladas, sin contar el peso de la DShK y los cuatro guardianes iracundos, no sufrieron demasiado y murieron tranquilos.

Los caminos del peligro

El informe que elaboró Shikiri sobre Ibrahím Jidr Ibrahím aceleró la incorporación de ambos a la unidad que suministraría combustible al destacamento situado en las inmediaciones de Zalinguéi. El mejor modo de llegar hasta allí era vía Nyala, a pesar de que la distancia entre Zalinguéi y Nyala es de más de treinta kilómetros, y entre Zalinguéi y Kas, de unos quince. Por miedo a la intervención de espías y traidores, los efectivos de la unidad tenían que moverse de uno en uno y reunirse en un punto a doce kilómetros al sur de Nyala. A ellos se unirían a continuación los cinco Land Cruiser provistos de DShK, seguidos del camión cisterna y los dos blindados ligeros que se empleaban para golpes de mano y para traslados. En general, nadie esperaba que convoyes de este tipo llegaran a su meta con facilidad, sin escaramuzas o incluso sin alguna breve batalla, pero la cobertura de los helicópteros durante las ocho horas que duraría el recorrido sería de gran ayuda, pues podían dar la alarma y peinar la zona. Lamentablemente, la refriega comenzó enseguida en el preciso lugar donde se estaba reuniendo la tropa, antes incluso de que se formasen las filas por completo. Para cuando llegó el camión cisterna, los Tora Bora se habían hecho con el control. Se apoderaron de los vehículos provistos de ametralladoras DShK, inutilizaron los blindados, apresaron a casi todos los efectivos que seguían en buen estado y se retiraron. Al poco fue como si se los hubiera tragado la tierra. Tras de sí dejaron a cinco heridos, un buen número de bajas, dos blindados inservibles y un camión cisterna detenido donde estaba, pues el conductor, que había escapado por

los pelos, se las había arreglado para que nadie pudiera ponerlo en marcha, y por algún motivo los Tora Bora decidieron dejarlo como estaba, sin prenderle fuego.

Los prisioneros iban amontonados unos sobre otros como borregos en los volquetes de los camiones, que parecían competir con el viento de tanto como corrían. Iban dando tumbos sobre los baches y los badenes sin atender a la seguridad de quienes transportaban, como si fuesen fardos de paja, mientras atravesaban un bosque de polvo tal que no había modo de ver nada, ni delante ni detrás, salvo aquellas nubes de arena. Al cabo de cuatro horas de marcha, a la espera de una muerte inmediata, los camiones llegaron al quebrado terreno de las montañas donde estaban nuestros campamentos, a los que nunca se acercaban los aviones chinos, salvo contadas expediciones letales, pues los precisos antiaéreos americanos podían derribarlos enseguida.

Dispusieron a los prisioneros en una sola fila, tumbados en el suelo; eran veinte. Tomaron nota de los principales datos de cada uno y recogieron los documentos que tenían en su poder. Todo, entre puntapiés, insultos y escupitajos. Al final los dividieron en tres grupos: dos eran reclutas que estaban cumpliendo el servicio militar obligatorio, diez eran soldados profesionales, y los ocho restantes, muyahidines y «guardas de fronteras», que era el nombre que se daba oficialmente a los *yanyauids*. Ejecutaron sin piedad a estos y a los muyahidines; los degollaron al tiempo que les pedían entre risas que saludaran a las huríes del paraíso. Era una burla fuera de lugar en buena parte, ya que a los *yanyauids* les son ajenos el paraíso y el infierno. Combaten por un motivo indeterminado que ni sabrían expresar, pues los políticos que los empujan a la muerte no suelen comunicárselo, ya porque están convencidos de que los *yanyauids* no lo entenderían, ya por miedo a lo que podrían hacer si lo entendiesen. Otra motivación, más concreta, era el botín, concepto que abarca cualquier cosa que pueda transportarse, incluidas las mujeres y las niñas, en cuyas entrañas descargaban con violencia sus bestias seminales. Acaso los de mayor edad pensaban en pastos seguros y permanentes para sus camellos, los de sus nietos y

tataranietos hasta el fin del mundo.

Encadenaron a los militares y los recluyeron en una sala grande de piedra junto con otros como ellos que ya estaban presos. A los dos reclutas, que eran Ibrahím Jidr Ibrahím y Shikiri Toto Kuwa, les dieron a elegir entre permanecer en prisión con los soldados del régimen o unirse a las filas de los Tora Bora. Como ambos creían, estuviesen o no en lo cierto, que tras ambas opciones se escondía una sola posibilidad, la muerte, decidieron pasarse a los Tora Bora. Ibrahím estaba agotado, enfermo en realidad; la fiebre le subió de manera alarmante. Trajeron a un médico preso, que trabajaba para los Tora Bora, para que lo reconociera. Era un hombre inteligente y festivo, que le administró algunos fármacos y mantuvo con él una charla jocosa. Ibrahím casi deliraba, pero su palabrería medio ausente le granjeó la simpatía de los Tora Bora; enseguida se fiaron de él sin asomo de duda porque en su estado semiinconsciente soltó que odiaba a los chinos, causantes de la destrucción de Darfur, y apoyaba a los Tora Bora.

Al principio Ibrahím y Shikiri prestaban servicio guisando las lentejas y preparando el rancho de los presos del régimen, a los que se mantenía con vida como escudos humanos y bazas para futuras negociaciones. Pero también por consideraciones humanitarias. Uno de los combatientes había recordado la Convención de Ginebra y el Derecho internacional humanitario. Ibrahím les había dejado claro a los mandos que él no pensaba llevar un arma, un principio por el que estaba dispuesto a morir, y, si bien respetaron su decisión, se sirvieron de él para acarrearlas, las armas con sus municiones, o sea, como si fuese un burro. Shikiri, como siempre, se mostraba taciturno, escuchaba con atención y hacía lo que tenía en mente; no solo acudía muy resuelto a las batallas y participaba en las emboscadas, sino que acabó convirtiéndose en un experto en la materia. Un día le dijo a Ibrahím que no le daban miedo los caminos de la muerte; desde que perdió a Abderrahmán nada le importaba. Se acordaba de ella con gran inquietud, no sabía cuál sería su paradero ni cómo acabaría su arriesgada empresa de matar a *yanyauids*. Por lo que él sabía, había acabado ya con dos, el dueño

del fusil, el borracho según ella, y el de los amuletos. Nadie sabía cómo se las había arreglado para darles muerte ella sola, aunque la pregunta más decisiva era si se había comido de verdad sus hígados. ¿Dónde estaría ahora? ¿Qué sería de ella si la atrapaban? Sin duda le darían muerte por el procedimiento que llamaban el baile de los Tora Bora: le meterían una granada sin la anilla dentro del vestido después de atarle los pies y saldrían todos corriendo; ella ejecutaría la macabra danza unos segundos antes de saltar por los aires hecha pedazos. Shikiri casi veía la escena desarrollarse ante sus ojos. Aún la quería, pero había decidido que, en el caso de que volvieran a encontrarse, de ningún modo restablecería la relación si se enteraba de que se había comido los hígados de los *yanyauids*, ni crudos ni asados. No quería tener por esposa a una caníbal; la sola idea lo aterrorizaba.

La tropa de los Tora Bora la integraban numerosas tribus que tenían en común el ser objetivos declarados del gobierno central; los llamaban los *zurga*, los «azules», que era un modo remilgado de decir «negros». Al frente estaba un combatiente feroz, miembro de una tribu del oeste de Darfur al que apodaban Sharún. Era un hombre aún joven, de cuerpo rocoso y atlético, con bigote y facciones afiladas, que tenía por mayores aficiones reírse a toda voz e idear argucias militares. Evitaba a toda costa entrar en combate cuando sus enemigos estaban preparados; los sorprendía en cuanto al momento y al lugar. Sostenía que en eso consiste el genio militar y que el Enviado Muhámmad, a quien Dios bendiga y dé la paz, dijo: «La guerra es argucia». También contaba Sharún que había aprendido a vencer estudiando las derrotas del califa Abdállah al-Taaishi, quien sostenía que la guerra era hombría y valor. ¡Qué disparate! Para vencer, tienes que temer la fuerza de tu enemigo, por debilitado, perplejo y equivocado que esté, y por fuerte, organizado y cargado de razón que puedas sentirte. Era persona instruida; se había graduado en Economía por la Universidad egipcia de al-Mansura a comienzos de los ochenta del pasado siglo. Se había casado con muchas mujeres y concebido a un número aún mayor de hijos; nunca dejaba de animar a los varones de Darfur a que tomasen

a cuantas esposas los aceptasen por maridos con el fin de compensar las bajas bélicas. Era amable y feroz al mismo tiempo y no les concedía ni un minuto a los *yanyauids*, quienes habían quemado su aldea, la de Sharún, y matado a su padre. Ahora vivían allí, sirviéndose de los aldeanos originarios, a quienes forzaban a trabajar en las mismas granjas y huertos que les habían pertenecido, mientras los *yanyauids* se entretenían violando a sus mujeres.

Después de un breve y desigual enfrentamiento entre los habitantes de Dulaya, de un lado y, del otro, los *yanyauids* y el ejército gubernamental con el apoyo de la agresiva aviación china, los supervivientes de la aldea se habían rendido a condición de que el gobierno los dejara vivos, y lo primero que hicieron los vencedores fue despojarlos de sus armas, incluidas las blancas. «A nosotros nos ordenaron que nos integráramos en las guardias nocturnas, armados de palos y látigos, en tanto que los *yanyauids* portaban armas de fuego». A cada diez darfuríes (a quienes en público y a la cara llamaban *ambaya*, lo que, en árabe de Níger significa «esclavo») los rodeaban cincuenta *yanyauids* para que no pudieran huir o resistirse. Los darfuríes o *ambayas* que habían quedado en la aldea no pasaban de setenta, pero cada vez eran menos. Habían llegado a ser ciento cincuenta varones, la mayor parte de los cuales cayeron resistiéndose en vano, en infructuosos intentos de huida o en luchas uno contra uno, a resultas de las cuales hallaban la muerte después de haber estrangulado a uno de sus captores. Los darfuríes pasaban toda la noche en guardia acompañados de *yanyauids*, mientras los componentes de la siguiente cuadrilla de ellos que los sustituirían estaban en las casas de los aldeanos violando a sus mujeres y a sus hijas. «Eso ocurría todas las noches y, si alguno de nosotros protestaba, lo mataban». Pronto hubo en la aldea una generación completa de hijos de padres *yanyauids* y madres darfuríes. Lo gracioso fue que un alto funcionario del gobierno guio a una delegación de la ONU en una visita a la aldea. Esta era —les explicó — un modelo de convivencia voluntaria y pacífica entre *yanyauids* y darfuríes, así como un sólido argumento contra los rumores y calumnias occidentales, todo eso del genocidio y la limpieza étnica,

los crímenes de guerra y la imposibilidad de que ambos pueblos convivieran.

Tal era el relato que Sharún le hacía a quien tuviese sentado junto a él, para luego anunciar que el primer objetivo de su revolución era liberar a sus conciudadanos de Dulaya. Aunque enseguida añadía con desánimo que eso no ocurriría hasta la liberación total de Darfur, pues Dulaya estaba rodeada por los tres mayores campamentos de *yanyauids* y muyahidines del mundo.

Sharún mantenía buenas relaciones con todos sus soldados, pero también con los prisioneros. Siempre de buen humor, sus risotadas se oían por todo el campamento. Pero al menor intento de fuga, se frustrase o no, el hombre se convertía en una fiera implacable. Por eso lo apodaban Sharún[9], en recuerdo del barquero que guiaba a las almas hasta la Isla de los Muertos, ya que el jefe Sharún había transportado al otro mundo, en su particular bote, a tantos y tantos.

Diciembre llegaba a su fin. Los matorrales mantenían la humedad, y los árboles, acacias seyales, azofaifos y algún que otro grandioso datilero del desierto, permanecían verdes y lozanos. Los prismáticos de la guardia captaron una figura humana a lomos de un caballo que se movía por la arboleda al sur del gran valle. El instrumento precisaba la distancia a que se hallaba, menos de tres kilómetros. Cualquiera habría llegado a la misma conclusión: tenía que tratarse de un explorador, de un soldado de información que venía a la vanguardia de alguna unidad militar y esta surgiría tarde o temprano en algún punto próximo. Aunque, dado lo cerca que estaba, también cabía pensar que fuera un mentecato capaz de montar por las inmediaciones de un campamento cuya ubicación conocía todo el mundo. Ante la extrañeza de todos, «el objetivo» siguió acercándose a las defensas avanzadas del campamento, al campo de minas personales, que logró atravesar después de haber pasado como un fantasma por encima de las minas antitanque. Los combatientes se dieron cuenta entonces de que el objetivo no era tal, pues sacaba un trozo de tela blanca. Le indicaron por dónde podía entrar. Era una joven enflaquecida, pero no demacrada. Todo lo contrario: mostraba una gran entereza y hablaba con convicción. Se

presentó a sí misma, solicitó entrevistarse con Harún, que era el verdadero nombre de Sharún, y se comió una buena ración de gachas de zahína con ocra. Sharún la reconoció enseguida, a pesar del tiempo transcurrido desde que ella trabajaba para las vendedoras de té en la parada de buses a Gueneina en Nyala. La recién llegada conocía a una de las esposas de Sharún y a los hijos de este, que vivieron en el barrio de al-Yir antes de marcharse de la ciudad. La joven lo informó de que había venido en busca de su esposo, Shikiri Toto Kuwa, a quien tenían allí prisionero. Esto les produjo un asombro casi mortal a los presentes, y a Sharún le brindó una excelente oportunidad para soltar una resonante carcajada. Shikiri, mientras tanto, estaba cavando, con unos cuantos combatientes, un gran foso detrás de la montaña para un fin que Sharún aún no había declarado. Cuando uno vino a llamarlo, se agitó tanto que le palpitó el corazón, y sin más preguntó al emisario si era su esposa Abderrahmán o su tía Jarifía quien lo esperaba.

Shikiri pensó que Abderrahmán era mucho más hermosa de lo que debía ser una mujer en un lugar como aquel. A ella le pareció que él presentaba un aspecto lamentable, estaba mucho más delgado, famélico en realidad, tal como conviene a un hombre en aquella situación. Se abrazaron fuerte y las combatientes se alegraron al entender que la recién llegada había venido para quedarse y pelear junto a todas ellas. Había otras noventa mujeres, todas casadas con soldados, salvo Máriam, a quien Sharún llamaba Máriam de Magdala, quien había pospuesto su matrimonio hasta que no tuviese lugar uno de dos hechos, o la liberación de Darfur o el advenimiento del Mesías. Sobre ella corrían rumores entre los combatientes.

Lo que llamaban «la ciudad», de la que tanto habían oído hablar Shikiri y su amigo Ibrahím en el campamento, no era más que un limitado número de viviendas de piedra con tejado de barro y ramas, rodeadas por elevaciones rocosas y dispuestas en torno a un nacimiento de aguas termales. Desde arriba parecía un anillo de piedras y vegetación silvestre. El manantial era la única fuente de agua, aunque para beberla tenían que tratarla, y solo podían

aprovecharla al cincuenta por ciento. Había un aprisco para las ovejas, las vacas y los camellos (la mayor parte de los cuales había sido requisada a los *yanyauids*). Los alimentaban en otoño y verano de las matas de los bordes del riachuelo que surgía del manantial y discurría por un estrecho desfiladero cual culebra de agua entre los promontorios. También crecían tamarindos y gigantescos baobabs, que lo cubrían todo con su sombra. El gobierno no había conseguido el control de aquel pequeño, pintoresco y estratégico lugar gracias a las defensas antimisiles y antiaéreas, a los campos de minas y al estandarte inexpugnable, es decir, las rocas que rodeaban el enclave como si fuese un mítico castillo. La «ciudad» la utilizaban para dar acomodo solo a las familias, aunque allí no había niños en edad escolar, pues los enviaban a poblaciones mayores. Lo que había eran hermosas mujeres, combatientes y esposas al mismo tiempo, que cumplían con su deber matrimonial con gusto y peleaban con honor y bravura. Ellas eran siempre quienes permanecían en la aldea cuando los hombres salían a tenderles emboscadas a los *yanyauids*. Allí les prepararon una habitación a Abderrahmán y a su esposo, Shikiri Toto Kuwa. Como a estos no les apetecía hacer nada, conversaron un rato y luego se abrazaron y durmieron.

Shikiri soñó, mientras la respiración de Abderrahmán subía y bajaba con calma junto a su cara, que su esposa degollaba a un *yanyauid* gordo y corpulento, le sacaba el hígado y se lo daba a comer a un animal pequeño con boca de humano, aunque el tronco y las extremidades parecían de gato. El animal se comía el hígado con voracidad, pero no se saciaba, de modo que Abderrahmán degollaba a otro, y así hasta haber acabado con una larga hilera de *yanyauids*. El animal señaló entonces con la lengua a Shikiri, enseñó los dientes y orinó; se diría que esperaba la recompensa que indicó con la lengua y no otra. Unos combatientes trajeron a Shikiri, le pusieron un puñal en el cuello y lo invitaron a pronunciar sus últimas palabras. En ese instante despertó aterrorizado y se levantó de la cama apartándose de Abderrahmán, que también despertó. Shikiri le preguntó si se había comido los hígados de los *yanyauids*. Abderrahmán bostezó, se pasó la palma de la mano por el rostro y

contestó que lamentaba no haberlo hecho. Cuando fue a probar, notó que el hígado del *yanyauid* exhalaba un hedor como de excrementos humanos y le repugnó. Añadió que no había por qué, bastaba con matarlos.

El día en que ocurrió, Abderrahmán se levantó temprano, como solía, aunque algo más tarde que la tía Jarifía y mucho después que su esposo, Shikiri, que había salido a las cinco y media de la madrugada para reintegrarse a la disciplina militar del campamento. Lo primero que hacía Abderrahmán era ir al retrete a evacuar. Luego llenaba un caldero de agua y entraba en el baño, donde se lavaba mientras cantaba con su hermosa voz; le gustaban las canciones de Ómar Ihsás. Solía pasar en el baño una media hora, pues era meticulosa con su aseo corporal diario. Comenzaba por frotarse la planta de los pies, más tarde se depilaba las axilas y terminaba cortándose las uñas. Para ella un buen baño era la clave de un día que valiera la pena, de modo que, si algo se lo impedía, pasaba tensa y dispersa el resto de la jornada. Pero lo más importante de lavarse en aquel lugar eran los relinchos de los caballos que le venían del huerto cercano y le recordaban los lejanos días de Jórbati, despertándole una agradable melancolía. Estaba frotándose la espalda con la fibra de palma y la guita cuando oyó un ruido en las ramas del parapeto del baño que daba a la plantación de mangos. Al principio pensó que sería un varano, un reptil de buen tamaño que abunda en el *wadi* Birli en general, y sobre todo en las proximidades de albercas como la del huerto cercano. Luego, cuando se le ocurrió que podía ser una serpiente, se asustó un poco, se encogió sobre sí misma y fijó los ojos con mayor atención en la parte de donde procedía el ruido, dispuesta a huir en cuanto fuese necesario. Los caballos no hacían más que relinchar, tan espantados como si hubiesen visto a un *yinn* diabólico; también podía oír al tío Yibril tratando de calmarlos y preguntándose en voz alta por el motivo que los había llevado a soliviantarse. De repente, se abrió un gran hueco en el muro vegetal del baño y desde fuera asomó la cara de un hombre, pálido y con una melena revuelta, el corto mentón sin rasurar y unos enormes bigotes. El mismo Satanás parecía. A

primera vista comprendió que se trataba de un *yanyauid*, que a la velocidad del rayo traspasó por completo el parapeto y quedó ante ella, cara a cara. Su pavor fue tal que no pudo actuar con rapidez, lo único que consiguió hacer fue encogerse para que, al plegarse sobre sus muslos, quedaran ocultos sus senos y su pubis. El hombre apestaba a sudor, a sobaquina, pero más parecía el hedor de la carroña que el de un ser humano; traía puestos unos pantalones militares y por encima una túnica corta, civil, llena de lamparones, y al hombro un fusil G3. Trató de dirigirle a Abderrahmán palabras amables, pero como ella ni lo escuchaba ni lo miraba, el hombre la amenazó de muerte, sacó el puñal que llevaba sujeto al brazo y se lo pasó por delante de la cara, vuelta hacia abajo, tan cerca que su hoja le rozó la nariz a la joven, dejándole percibir el olor a sangre. Solo entonces pudo pensar con claridad y adoptar otra actitud. Le sugirió al hombre que fuesen juntos a su dormitorio y le aseguró que en la casa no había nadie más. Él contestó que, si veía a alguien, los mataría a los dos, a ella y a quien fuese, y se colocó el fusil de modo que podía disparar de inmediato. Abderrahmán supo que el *yanyauid* podía disparar a sangre fría, ya que nadie lo castigaría por ello ni aunque acabase con todos los habitantes de la ciudad. Se rehízo un tanto, se puso solo la túnica y recogió con una mano el resto de su ropa. Entraron en la choza de la joven. Él cerró la puerta, le indicó que se tumbara en la cama, lejos de él, mientras se preparaba, y añadió que de ningún modo debía mirarlo. Cuando Abderrahmán oyó cómo el hombre se rascaba la garganta, ya lo tenía ante sí; solo se había dejado puestos unos calzoncillos largos llenos de manchas, tenía el pecho desnudo y el gran puñal en la diestra. Le explicó que, si quería que todo terminara bien, debía someterse y no oponer resistencia porque él no dudaría en usar el puñal. Comprendiendo que la suponía virgen, le hizo saber que estaba casada; él dejó a un lado el puñal y se quitó los calzoncillos ocultándole el miembro. Pero ella pudo vérselo, lo tenía corto y delgado, del color del adobe y rodeado de abundante vellosidad. Más parecía el miembro de un niño crecido que el de un varón adulto. Se rio para sus adentros, abrió las piernas cuanto pudo, cerró

los ojos y se dejó llevar de sus ensoñaciones.

La primera vez que la violaron fue doloroso y muy distinto. Ella entonces era virgen y la habían infibulado sin contemplaciones, lo que por esas tierras se llama la «circuncisión faraónica». Un varón no podía penetrarla valiéndose solo del pene ni en un día entero, por no hablar ya de segundos, tal como desea cualquier violador, de manera que aquel primero se sirvió de su cuchillo. Ni él ni los que se sucedieron sobre Abderrahmán aquel mismo día, aquella misma hora, se dieron cuenta de que ella, después de desmayarse, se quedó como un cadáver. Meditó, pues, con claridad y a conciencia, mientras él emitía los sonidos propios de quien experimenta verdadero placer; seguía exhalando un hedor que no solo procedía de la suciedad del cuerpo, sino también de la inmundicia del alma y del espíritu. Tenía un miembro delgado y poco capaz; su dueño se esforzaba en vano por insuflarle vida, y, entre tanto, a ella se le hacía todo más insufrible por su aliento repugnante, por el hedor de su cuerpo. Su violador le pareció, además de endeble y sucio, aún más miserable que antes, pues lo que ella deseaba era que todo acabase lo antes posible. Así que comenzó a dar muestras de que respondía: lo tocó con dulzura impostada, y con dos movimientos mínimos de sus muslos lo llevó al clímax, teniendo cuidado de apartarlo de sí en el momento preciso para que no llegara a mancharla con sus suciedades. El *yanyauid* se tendió a su lado unos minutos como si fuese un niño, jugó un poco con los senos de ella y soltó un ronquido que parecía el aullido de un lobo hambriento.

Abderrahmán se liberó de las garras del hombre y se apartó. Se restregó con la colcha entre los muslos; el resto había quedado en los calzones sucios del *yanyauid*, con quien no tuvo mucha tarea, pues dejó de respirar al primer ataque. El cuerpo del hombre se relajó por completo; solo los dedos de los pies le siguieron temblando unos segundos, puede que unos minutos, y eso fue todo. Ya no había nada que temer ni de lo que ocuparse, parecía que había venido para morir. No estaba asustada ni nerviosa, se habría dicho que mataba a un *yanyauid* al día. Se sintió de maravilla, había vengado a su familia y parientes, volvía a ser humana. Vio a su madre, a su padre, a sus

hermanas, a sus hermanos. Le sonreían y la felicitaban en su lengua: «¡*Say say*!».

Shikiri le preguntó dónde había escondido el cadáver y ella contestó: «Estuvimos cagando encima de él todos los días mi madre, tú y yo, y hasta tu amigo Ibrahím; luego le eché la cal que quedó del último *Eid* y así fue como el retrete dejó de apestar más que la mierda». Shikiri le recordó que ya le había dicho algo parecido acerca del hígado del muerto, pero ella le aclaró que ese era otro *yanyauid*, de un episodio distinto.

Cuando hicieron prisionero a su marido, Shikiri Toto Kuwa, Abderrahmán decidió dejar la ciudad de Nyala para unirse a los rebeldes, no importaba quiénes fuesen ellos o sus mandos, ni cuáles sus objetivos principales. Bastaba con que combatieran al gobierno y a las milicias que lo apoyaban, con que estuviesen de acuerdo en liberar Darfur de esa larga lista de asesinos y en proteger a los supervivientes de la arrogancia de quienes solo merecían maldiciones. Pero le faltaba saber cómo enrolarse, ignoraba cuáles eran los conductos que podían conectarla con los combatientes. De ellos decían que tenían multitud de ojos en la ciudad y alistaban en secreto a jóvenes que enviaban al frente. Abderrahmán quería conocerlos y pedirles que la llevaran consigo. «Puedo combatir como los hombres, soy hasta más valiente que ellos». Ya había luchado cuerpo a cuerpo con *yanyauids*, pegada a las arenas del *wadi* Birli; sabía combatir como una mujer, con armas de mujer, pero también con procedimientos de varón. Una vez, agarró a uno de los genitales con la diestra, tiró con todas sus fuerzas hacia ella y solo lo soltó cuando el sujeto perdió por completo el sentido; luego lo estranguló hasta la muerte. ¿Qué hombre es capaz de semejante hazaña? Ahora tenía dos fusiles G3 que funcionaban a la perfección, cuatro granadas (no sabía cómo usarlas, pero las guardaba con sumo cuidado), dos pertrechos completos de municiones y una bonita suma de dinero que les había sacado de los bolsillos a los dos *yanyauids*. Ahora solo trataba de ir al frente, de unirse a los compañeros combatientes.

El tío Yumua Sakin estaba, como solía por la tarde, sentado en

una silla delante de la puerta sur del huerto, la que daba directamente al *wadi* Birli, después de haberles pasado revista a los caballos con la ayuda de su fiel asistente, el tío Yibril, su palafrenero y hortelano. Este se quedaba dentro dándole sorbitos a su *merisa* y escuchando la radio; a veces entraba discretamente Aluía, una viuda a quien quería mucho, y ambos pasaban un rato en buena compañía. Abderrahmán se sentó junto al tío Yumua en el suelo, sobre la arena, aunque él había insistido en que a Yibril no le costaba nada traerle una silla de dentro, o bien podía ella misma entrar si quería. Sin hacerle caso, Abderrahmán le dijo que venía a verlo por un asunto importante. El tío Yumua Sakin tenía cincuenta y cinco años, era un hombre de fuerte constitución, tan canoso que ni en la cabeza ni en el rostro le quedaba un solo pelo oscuro; a pesar de su soledad, era en extremo amable cuando alguien de quien pudiera fiarse se le acercaba para estar con él. Le sirvió a Abderrahmán un vaso de té de una tetera que había cerca. La joven le solicitó su amán, lo que significa en la cultura de Darfur que lo que se trate queda entre ambas partes y, si disienten en algún punto, la relación que los une no quedará alterada en el futuro. El tío Yumua se lo dio. Ella le dijo en el habla local, que era la de su propia tribu:

—Necesito un caballo.

El tío Yumua puso toda su atención mientras dejaba a un lado su vaso y, después de un silencio, le preguntó:

—¿Qué vas a hacer con un caballo?

Los ojos de ambos se encontraron un instante, breve como un relámpago, y Abderrahmán repuso:

—Quiero ir al frente para luchar.

Tras un nuevo silencio que ninguno de ellos supo cuánto duró, el tío Yumua le preguntó de nuevo:

—¿Al frente? ¿Dónde está eso?

Abderrahmán contestó:

—No sé, quiero combatir a los *yanyauids* y al gobierno, unirme a los rebeldes en las montañas.

El tío Yumua, sin impacientarse:

—¿Pero sabes dónde están?

—No, no sé nada de ellos. He oído el nombre de Sharún y sé que su familia está en al-Yir, pero no tengo idea de dónde puede estar él.

El tío Yumua le pidió que se lo pensara bien. La guerra no era un juego, podía acabar muerta o, como poco, violada. Pero, cuando ella le contó la historia de los dos *yanyauids* y le mencionó las armas que tenía en su poder, la condujo a la cuadra y le encargó a Yibril que aprestase dos caballos, a los que llamó por sus nombres, con todo el equipo. Abderrahmán le preguntó que por qué dos y él contestó:

—Acabas de decirme que no sabes dónde están los rebeldes, ¿no? Yo conozco Darfur como la palma de mi mano, me he pasado la vida recorriendo todos sus rincones. Te llevaré hasta donde están y me volveré.

Abderrahmán dejó claro que pensaba pagarle lo que costara el caballo, a lo que él respondió que no le importaría lo más mínimo cederle todo lo que tenía, pues ella iba a hacer lo que él no podía. El tío Yumua le pidió solo una cosa, que se acordara de sus hijos, degollados por los *yanyauids*, y los vengase.

Había ido a ver al tío Yumua con una sola idea en la cabeza, conseguir uno de sus caballos al precio que fuese.

Sabía bien que su vecino estaba viudo desde hacía más de diez años y no había habladurías o sospechas de que pudiese haber tenido relaciones con mujeres. No descartaba la posibilidad de seducirlo con su cuerpo si las circunstancias lo requerían; aquel cuerpo ultrajado que unos *yanyauids* habían conseguido gratis y a la fuerza, y no solo ellos, sino también sus hermanos de piel en los campamentos de Kalma y de Abu Shuk, además de los que habían disfrutado de su cuerpo por su propia voluntad a cambio de unas monedas. ¿Qué mal había en cederlo por una causa como aquella, en la que creía y por la que ya estaba peleando? No le parecía que aquello fuese una traición ni a su esposo, Shikiri Toto Kuwa, ni a nadie. Ella le había entregado a Shikiri su corazón y su cuerpo por amor, a él solo. Eso no significaba negar que sobre su cuerpo también tenían derechos su patria y su pueblo, y lo sacrificaría sin

titubeos en caso de necesidad. El otro plan, que habría puesto práctica de no convencer al tío Yumua a base de lógica o si este no se dejaba encandilar por aquel atractivo cuerpo de mujer, junto con la suma que les había quitado a los *yanyauids*, consistía en robar el caballo, incluso aunque ello hubiera supuesto tener que matarlos a ambos, a Yibril y a Yumua Sakin. A pesar de que el tío Yumua siempre le regalaba mangos de los árboles que le daban sombra a la casa de la tía Jarifía. A pesar de que el hombre hablaba la misma habla tribal que ella y la trataba con mucho miramiento; tanto que le permitía pasearse en sus caros caballos, gracias a los cuales el tío Yumua ganaba millones en las carreras cada temporada y que le habían procurado una privilegiada posición social.

Era noche cerrada, el mejor momento para viajar según el tío Yumua, a quien el camino se le mostraba claro, pues se orientaba por las estrellas y demás astros, por el viento, por el tacto de la tierra, por el olor de los distintos parajes, por los sonidos que se percibían. Los dos caballos eran negros y ambos llevaban guarniciones oscuras para que a nadie le resultara fácil distinguirlos. Apenas cruzaron palabra, como no fuese en susurros; sabían que de noche las voces llegan muy lejos. Al alba alcanzaron las inmediaciones de una aldea despoblada. Todas las casas habían ardido; por el suelo había huesos esparcidos y entre los matorros del otoño, cadáveres resecos. Ambos conocían la aldea. Estaban en septiembre y en la tierra seguían las cañas que crecieron durante la estación de las lluvias. Cortaron algunas, montaron un pequeño parasol bajo el que prepararon algo de comida, y allí decidieron quedarse hasta poco antes del anochecer. Viajar a las claras del día los exponía a toparse con presencias indeseadas; podían descubrirlos los puestos de observación del gobierno o de cualquiera de las milicias que lo apoyaban, o los aviones de reconocimiento. También se confeccionaron dos esterillas de hierbajos. Abderrahmán estaba agotada, pues hacía muchos años que no cabalgaba una distancia tan larga; le dolían los empeines y la cara interior de los muslos. Tomó un poco de jugo de mijo y se durmió.

Vivir en la ciudad no le había restado al tío Yumua Sakin su

destreza para cazar y sobrevivir en la naturaleza. En cuanto Abderrahmán se durmió, y así que hubo comprobado que no había por allí serpientes venenosas ni alacranes, rebuscó entre sus cosas y sacó una trampa para ratas y, para el cebo, una cebolla roja de penetrante olor. Conocía los caminos que siguen las ratas grandes por los cañaverales porque van dejando a su paso una huella bastante evidente, una especie de tubo largo y transparente a través de la maleza. No pensaba colocar la trampa en aquellos caminos para no despertar las sospechas de las ratas, que saldrían huyendo de inmediato. Nada de eso. La plantó lejos de allí y contra el viento, de modo que les llegase el apetitoso olor de la cebolla. Conseguiría, pues, que alguna rata buscara por sí sola, dócil y bien dispuesta, su cepo.

Al tío Yumua Sakin le gustaba la carne asada a fuego suave. Abderrahmán se despertó con el apetitoso olor; al ver las grandes ratas pendientes de una parrilla vertical hecha con ramas de árad y asomadas a una hoguera no muy viva, que lamía con sus lenguas las grasientas presas, creyó estar soñando. El aroma del asado le llenó los pulmones y el humo le provocó un ataque de tos mientras miraba al tío Sakin, sentado en el suelo con las piernas cruzadas para preparar la carne. Abderrahmán se acomodó a su lado, estaba muy contenta. Le habló a su compañero de viaje de un apetitoso plato de rata asada que se comió de niña en su aldea natal. Cuando ya estaban paladeando la comida, el hombre le dijo en el habla local de ambos:

—La guerra es un enemigo.

Y lo repitió mientras observaba las llamas subir:

—La guerra es un enemigo.

Ella lo miraba como esperando que dijese algo más, algo importante. El tío Yumua Sakin tomó una rama de árad y removió las brasas, no muy abundantes, que chisporrotearon.

Permaneció largo rato en silencio. Para él la guerra significaba mucho, se había llevado a su familia, a todos sus seres queridos, los había devorado sin piedad. El tío Sakin era de los fur, la tribu que ha habitado desde hace milenios la región del monte Marra y los

valles que lo circundan. Musulmanes y pacíficos, poco amigos de guerras y conflictos, aunque las fértiles tierras que siempre habían trabajado los convirtieron en blanco de la codicia ajena desde las edades más remotas.

Abderrahmán pensó muy en serio en cómo podía darle las gracias a aquel hombre. Es cierto que él veía en ella el modo práctico de vengar a sus hijos, que no habían tenido la oportunidad de defenderse, pues los mataron a sangre fría. El tío Sakin le iba a contar la historia de aquellos asesinatos por vigésima vez. Iban a bordo de un autobús que hacía la ruta entre Kas y Zalinguéi cuando se toparon con un puesto de control en la carretera vigilado por *yanyauids* y soldados del régimen. Estos les preguntaron a los viajeros por las tribus a las que pertenecían. Si creían que alguno mentía se limitaban a adivinar su etnia; lo único que les importaba era averiguar si el individuo era árabe o de los *zurga*, esto es, los negros. El color de la piel por sí solo no era indicio suficiente, pues muchos de los pertenecientes a las tribus consideradas árabes tienen la piel más oscura que las demás tribus de Darfur. También recurrían a los rasgos lingüísticos de los investigados: la pronunciación y los giros que empleaban. Pero, por encima de todo, el factor decisivo era el estado de ánimo del *yanyauid* que tuviese a su cargo el puesto de control, siempre por encima, en rango y autoridad, del mando militar regular, a quien podía castigar, depurándolo, sin temor a sanción alguna por parte de las instituciones. Aquel día en concreto el *yanyauid* jefe estaba de pésimo humor; había resultado herido de gravedad uno de sus hombres, que incluso podía morir, en una pelea con un darfurí. Lo que más había soliviantado al jefe era que el agresor se las arregló para huir sin que lo alcanzase el nutrido fuego de los fusiles. La consecuencia fue que el *yanyauid* ejecutó a todos los hombres y niños varones que viajaban en el autobús, a todos ellos, fuesen árabes o *zurga*. Entre ellos iban los hijos inocentes del tío Yumua Sakin, dos jóvenes ya crecidos y un niño de diez años.

Abderrahmán sentía en lo más profundo de su ser un estrecho vínculo con su compañero de viaje, que le parecía una persona real y

apesadumbrada. Desearía poder confortarlo, pero no sabía cómo hacerlo. Temía que él no aceptara lo que ella tenía en mente para expresarle su gran afecto; aquel mismo cuerpo, capaz de acabar con indeseables y asesinos, podía ser recompensa para los buenos, para los bienintencionados, para aquellos a quienes ella amaba y también para la causa en la que creía. Dios no se lo había dado porque sí; su cuerpo era su arma y su riqueza. Pero el tío Sakin no podía leer lo que le pasaba a ella por la cabeza en ese instante; de lo contrario la habría podido aliviar de su indecisión dándole alguna respuesta, fuese negativa o positiva. También podía Abderrahmán entregarle lo que les había quitado a los *yanyauids*, una cantidad de dinero nada desdeñable, que no podría gastarse en el frente según le había explicado el propio tío Sakin. A este, desde luego, no le hacía falta el dinero, tenía tanto que ni sabía qué hacer con él; el dinero le daba lo mismo. Ella le dijo que no sabía en qué emplearlo y al final acordaron que él se lo pasaría a la tía Jarifía, pero sin que esta pudiese sospechar que venía de su desparecida hija Abderrahmán.

De acuerdo entonces, no había modo de compensarle. El campamento ya no tenía pérdida. En cuanto cruzara el vado tenía que tomar a su izquierda y seguir hacia las montañas, que no quedarían muy lejos. Los rebeldes estaban en medio de estas, en lo que llamaban «la ciudad». Tenía que avanzar con mucha precaución porque ellos la verían desde bastante lejos con sus prismáticos. Si seguía las instrucciones del tío Sakin, evitaría las minas antipersona; el campo de las otras, las antitanques, podría cruzarlo sin miedo, pues solo se accionaban bajo la presión de un peso considerable, un carro de combate, un transporte de tropa, un Land Cruiser o cualquier otro vehículo de combate que excediese de las tres toneladas. Tenía que enarbolar bien alto, como si fuese una bandera, su toca blanca, y no dispararían contra ella. Dicho todo esto, el tío Sakin le confió un secreto que había guardado largamente: él era uno de los que se ocupaban de enviar desde Nyala combatientes darfuríes a los diversos frentes; él era, en realidad, el máximo responsable. Le contó que en Nyala tenía en aquellos días bajo su dirección a más de veinte células revolucionarias resistentes,

integradas por docenas de mujeres y hombres, civiles y militares, estudiantes y funcionarios. Le mencionó incluso el nombre de un individuo que no solo trabajaba en la oficina del gobernador, sino que era persona muy próxima a este. «Llevo diez años ocupándome del reclutamiento y he combatido en distintos frentes», le aseguró a Abderrahmán en el habla local que tenían en común, y la despidió con una amplia sonrisa mientras el caballo la llevaba más allá. Estaba asombrada, llena de agradecimiento. Es más, deseaba al tío Sakin con gran intensidad. Si pudiera retroceder en el tiempo, establecería con él una amistad íntima, quién sabe si acabaría siendo su enamorada. ¡Qué tristeza del tiempo perdido! Si lo hubiese conocido antes…

La libertad y lo que trae consigo

Los antepasados de Ibrahím Jidr Ibrahím descendían de un esclavo que llevaba por nombre Bajit, quien fue, a su vez, padre de la sierva llamada Bajita y más tarde apodada, tanto por los esclavos como por los amos, Sachm ar-Ramad[10]. Aunque a todo el mundo le daba igual cómo pudieran ambos llamarse en realidad, bastaba con saber el precio en que se estimaba su venta. Al abuelo lo vendieron más caro que a otros parejos, en concreto por cincuenta y cinco riyals mayidíes, a causa de su rostro marcado por la viruela, indicio de que estaba inmunizado contra una enfermedad que les había ocasionado grandes pérdidas a los tratantes el año anterior. Bajita, o Sachm ar-Ramad, fue cedida gratis a cierto mercader porque era de corta edad y requería cuidados para librarla de la muerte; no era cosa de vendérsela a otro tratante, a quien no le habría salido a cuenta la inversión. De modo que, de no ser porque al tratante le ablandó el corazón un impulso de piedad pasajera, se la habría arrojado a los lobos que con frecuencia seguían a la caravana de esclavos con la ávida esperanza de conseguir la carne de un muerto reciente o incluso la fresca de algún incurable.

El padre, a quien llamaremos Bajit porque su nombre verdadero siguió desconociéndose hasta la fecha de su muerte, decidió llevar a su hija, recién nacida y primogénita, al Señor de su tribu en una cercana montaña sagrada para que la bendijese, y yendo de camino cayó en manos de los «cazadores» con la facilidad que cabía esperar. Bajit se culpaba a sí mismo por haber cometido tres graves errores. El primero, no ir acompañado de un grupo armado con lanzas y

flechas tal como era costumbre aquellos días, cuando menudeaban los cazadores de seres humanos para venderlos, acabada ya la estación de las lluvias y antes de que comenzase la siguiente. El segundo fue que Bajit había olvidado llevar consigo el talismán que lo protegía de disparos y heridas de arma blanca; de lo contrario, no lo habrían amedrentado los tratantes con sus fusiles y lanzas. El tercero y más lamentable fue que Bajit no tenía ningunas ganas de acudir al Señor de su tribu, pues acababa de pasarse a un grupo religioso que adoraba a un Dios diferente del reconocido en la aldea. Ese credo condenaba tanto las divinidades particulares como las bebidas alcohólicas y los talismanes, y prescribía la oración ritual y el ayuno. A pesar de ello, bajo la presión de sus padres y su esposa y contra sus propios deseos, llevó a su hija al Señor de la tribu y este reaccionó como reaccionó, haciéndolo presa de unos individuos que abrazaban precisamente su nueva religión, adoraban al mismo Dios, *Allah*, cumplían con la oración ritual tal como él había aprendido a hacer y declaraban pagano el culto al Señor de la tribu.

Llevaron al padre y a la hija al campo de esclavos, al *deim*, y, comoquiera que él era fuerte, gozaba de buena salud y había pasado la viruela, lo pusieron en venta de inmediato, aunque fuera de sí y con la cara tumefacta porque había defendido con bravura su libertad. Como suele decirse, el número vence a la valentía. Bajit le había dicho al traficante en la coiné que servía para comunicarse en la zona:

—Yo soy musulmán como tú.

A lo que el mercader contestó riéndose:

—Pero eres negro y a los negros hay que ponerlos en venta.

Y nada más. Bajit sabía de sobra cuál sería su destino: lo venderían en un zoco y luego en otro y luego en otro. Si tenía suerte, el recorrido acabaría en Omdurmán, donde las circunstancias de los esclavos eran algo mejores. Pero, si seguía bajo la maldición del Señor de la Montaña, el de su tribu, caería en manos de un campesino, de un buhonero o de algún sultán que lo mandaría a la guerra o bien lo castraría, operación que, según había oído decir, era en extremo dolorosa. Cada vez que los tratantes atrapaban a un

varón, su madre, su esposa y sus hijos le dirigían al Señor una plegaria especial suplicándole que, si no podía devolvérselo, al menos lo preservara de la castración, que no solo dolía mucho, sino que le impedía procrear. El tercer día, mientras alimentaba a su pequeña, la cual lloraba con tal fuerza cuando le entraba el hambre que los guardias se veían forzados a traerle algo de leche, se llevó una gran sorpresa al ver cómo arrojaban a su mismo encierro a ocho jóvenes de su misma comunidad de culto, con quienes compartía su nueva fe en *Allah*. Los habitantes de la aldea los habían considerado de mal agüero tras la desaparición de Bajit e intentaron matarlos. Los ocho huyeron, provistos de su sola religión, a una caverna perdida en una remota montaña, donde los encontraron unos tratantes con guardia de soldados esclavos, los *bazinger*. Y, dado que los correligionarios de Bajit huyeron despavoridos, sin armas ni talismanes, en los que ya no creían, los inmovilizaron con suma facilidad, los pusieron en fila y los trabaron. El afortunado tratante que se hizo con ellos los condujo al *deim*. Estaban sanos y eran jóvenes, en buena edad para sacarles rendimiento, y además hablaban el árabe que se conocía en la región; no iba a costarle mucho esfuerzo venderlos por un alto precio. Los forzaban a avanzar a golpe de látigo mientras ellos clamaban al unísono a su nuevo Dios con voces dolidas y bien entonadas:

—*¡Alláhu ákbar, Alláhu ákbar!*

Se los ofrecieron a un representante del gobierno, el comisionado de la esclavitud, que tenía el derecho a comprar lo que le apeteciese y al precio que él mismo fijara. Los esclavos eran, en principio, propiedad del gobierno, que solo concedía permisos de «caza», que no de propiedad, ya que esta requería otros procedimientos. De aquel funcionario en concreto se sabía que compraba esclavos para su disfrute personal, de manera que, si el gobierno no estaba necesitado de guerreros, escogía para sí jovencitas hermosas o muchachos barbilampiños. Las mujeres servían para eso tal como las creó Dios. En cuanto a los varones que le despertaban el apetito sexual, podían elegir entre dos opciones: o bien la castración, que los equiparaba a las mujeres y los destinaba al

mismo fin, quisieran o no, o bien se plegaban a que hiciera con ellos lo mismo que con las muchachas. Y era asimismo del dominio público que el funcionario prefería esta segunda opción, ya que el colmo del goce consistía para él en agarrarle el miembro al sujeto que tenía sometido y morderle la espalda en el momento en que alcanzaba el clímax, de manera que los castrados le impedían al pobre funcionario procurarse el gusto que anhelaba. Por otra parte, el Mahdi (de quien Dios esté satisfecho) había prohibido la castración, que nuestro hombre solo practicaba cuando se veía obligado a ello y poniéndose en riesgo. Pues bien, este comisionado escogió para darse nuevos motivos de placer a uno de los nuevos creyentes, al más joven de todos, y vendió los demás a granel al agente de un célebre tratante marroquí llamado Muhámmad al-Bajit. Este se había distinguido en el tráfico de esclavos a Egipto después de que la exportación fuese suspendida por el califa Abdállah al-Taaishi, quien pretendía evitar que los turcos formasen con aquellos esclavos tropas destinadas a la reconquista de Sudán. El intermediario tenía la intención de llevarlos a Estambul directamente, donde acaso acabarían engrosando los ejércitos otomanos que serían diezmados en alguna de las catastróficas batallas del ya moribundo imperio.

Después de cruzar el Nilo Azul los trasladaron a ambos, padre e hija, a Omdurmán y desde allí, más allá del Gran Nilo, hasta el mercado de esclavos de Shendi, donde los compró un gran señor. Los días de esclavitud se sucedieron, uno tras otro, y a Bajita, cumplidos los catorce años y hecha ya una mujer en todo el sentido de la palabra, la compró un mercader ambulante. Su padre se despidió de ella con mucho pesar, pues los dos sabían que era un adiós definitivo, y el tratante la llevó de vuelta a Omdurmán. Allí le sacó buen rendimiento, a ella y a otras más, en el mercado del sexo, alquilándola por una hora, un día o semana a buscadores de placer pudientes. Tuvo una hija de muchos padres a quien llamó al-Surra; luego, también de padre desconocido, a un varón de nombre Mastur, y más tarde, ahora de un rico que la compró para darse gusto, a unos mellizos, al-Tum y al-Tuma. Esta, al-Tuma, fue la

abuela de Ibrahím. La compró un beduino de Kasala por ciento sesenta riyals mayidíes, que fue el precio más alto que se pagó por un esclavo en Omdurmán. Las siervas mozas, las «gallinas jóvenes» como se decía entonces, eran muy rentables para los amos, en especial las de segunda generación, o, dicho de otro modo, las que nacieron de relaciones entre esclavas y amos árabes, pues heredaban la piel no muy oscura de sus padres y el físico de sus madres, cuerpos resistentes y juncales, tanto que a veces era difícil precisar a partir de su color si el individuo en cuestión era esclavo o señor. El beduino era un hombre despiadado. La hacía trabajar toda la jornada, moliendo granos con pedernal, vendiéndoles la harina a los mercaderes, dándoles de comer a sus insaciables y numerosos huéspedes, a sus mujeres e hijos, y por la noche la alquilaba a ricos que buscaban goce y pasión.

Una madrugada oyó al-Tuma a su señor herido (de bala, en la batalla de Karary, cerca de Omdurmán) hablando con algunos compañeros suyos que se habían arruinado cuando los ingleses volvieron a hacerse con el control de Sudán y cayó el régimen del Mahdi. Se reunían todas las noches para lamentarse y llorar los días del pasado. En aquella ocasión estaba expresando su horror ante cierta exigencia de los ingleses, no solo irracional e ilegítima, sino extravagante y provocadora… Los ingleses los conminaban a que pusieran en libertad de inmediato a cuantos esclavos tuvieran en su poder. Desde la publicación de la orden se exponía a «sanciones económicas e incluso a ir a prisión todo aquel que adquiriere, vendiere o retuviere a cualquier persona, varón o hembra, menor o adulto, en condición de siervo o concubina o bajo cualquier otra forma de esclavitud». Al-Tuma casi se echa a volar de la alegría que le entró, pues aquello confirmaba que eran ciertos los rumores de antes de la guerra, cuando oyó que los ingleses iban a dar la libertad a los esclavos y todos podrían volver con su tribu, con su gente, por lejos que estuvieran.

Esperó un día, esperó dos, y su señor no la informó de que era libre. Pero a la tarde le dijo que tenía que dejar lo que tuviese entre manos, esconderse cuanto antes entre la maleza del río Gash y

quedarse allí hasta el anochecer. Ella le preguntó por qué y él repuso que los ingleses querían llevársela para venderla a los turcos, que la matarían y darían su carne a los perros como alimento. Al-Tuma sabía perfectamente que el amo le mentía; ya estaba enterada de que un inspector inglés estaba registrando las casas donde podían haber conservado esclavos contraviniendo la disposición del gobierno. En la espesura que crecía junto al río Gash se encontró con centenares de esclavos escondidos, muchos de ellos convencidos de que los ingleses les iban a hacer algo malo. Algunos incluso repetían el argumento de los amos: un siervo está mejor con su señor que libre y buscándose la vida. Temían, en efecto, que los ingleses los dejasen a la buena de Dios, pues ¿qué harían ellos con su libertad?, ¿de qué comerían y beberían?, ¿dónde dormirían por las noches? Si no tenían ni tierras ni casas, ni trabajo alguno… Serían presa fácil de los lobos, de las serpientes, del hambre y de la enfermedad. Muchos señores les habían jurado a sus esclavos que no volverían a admitirlos si, después de liberarlos, se marchaban los ingleses tal como ya se habían ido los turcos, y eso que estos eran más fuertes. Les recordaron asimismo que el Mahdi (de quien Dios esté satisfecho y a quien haya gratificado) devolvió a sus amos a los esclavos que habían liberado los turcos cuando derrotó con su espada a esos descreídos, y cómo algunos amos furiosos habían castigado a los siervos que volvieron quemándolos vivos. También les aseguraron que el Mahdi retornaría, podían estar seguros, pues, lejos de haber muerto, había ido a La Meca para cumplir con cierto cometido y de allí regresaría de nuevo con un ejército de ángeles.

Muy pocos de aquellos esclavos eran conscientes de lo que significaba la libertad, y al-Tuma se contaba entre ellos. Les dijo que prefería mil veces el infierno antes que a los despiadados señores; para ella los ingleses eran preferibles a los partidarios del Mahdi, y el *jauaga* Kitchener mejor que el Mahdi mismo y su califa. Al-Tuma fue la primera que decidió entregarse a los ingleses. Al salir de entre las espesas matas de bruja sintió que una suave brisa le acariciaba la cara. Tomó una bocanada de aire que por primera vez en su vida le pareció puro. Iba caminando hacia el corazón de la ciudad, ligera

como una pluma, y de pronto se dio cuenta de que corría, tan rápido como le permitían sus fuerzas. La gente la miraba avanzar como una exhalación. Se cruzó con muchos señores y no solo no les cedió el paso, sino que se lo cortó. Pasó cerca de esclavos trabajando y le dio lo mismo, cerca de ingleses que paseaban con sus familias y ni los miró, cerca de unos indios que tiraban de un carricoche donde iba un anciano inglés. Se cruzó con toda clase de seres humanos, beduinos, mercaderes, soldados de retirada, y a todos los dejó atrás en su camino hacia la Administración, donde se detuvo ante el primer hombre blanco con que se topó y le dijo entre jadeos: «Soy libre».

Aquel día sacaron los ingleses de entre las matas de bruja que crecían en el cauce del Gash, que es un río estacional, y las malezas de los alrededores a unos mil hombres y mujeres junto con centenares de niños, y les dijeron: «Sois libres». Muchos se echaron a llorar de alegría, y otros tantos, de miedo ante lo que podría depararles aquella liberación. El miedo se acentuó y extendió a raíz del escrito que elevaron al director de los servicios de información británicos, el 6 de marzo de 1925, los señores Ali al-Mírgani, el jerife Yúsuf al-Hindi y Abderrahmán al-Mahdi solicitando que el gobierno de Su Majestad revisara la libertad otorgada a los siervos de Sudán y que el territorio de este quedara al margen de los tratados internacionales que instaban a la liberación de los seres humanos. Los esclavos sudaneses —concluían— debían seguir siéndolo para siempre, puesto que tal estado les convenía a ellos mismos. Los amos y los tratantes hicieron correr el rumor de que el gobierno británico había recibido con buena disposición la solicitud de los mencionados líderes religiosos y, en consecuencia, les devolverían muy pronto a todos sus esclavos. Esto llevó a muchos de estos, a familias enteras, a huir a Etiopía.

Un varón llamado Faragállah wad Milínah, siervo del gobierno en calidad de guerrero, se preocupaba a todas luces por su futuro y, desde hacía unos quince años, tenía por costumbre apropiarse de parte del dinero que recaudaba entre comerciantes y granjeros a cuenta del azaque o del diezmo, a lo que unía el resultado de

sobornar a emires. Todo ello lo fue enterrando en una cueva del monte Toteil. Se había hecho así con tal capital en oro y en riyals de plata que a la sazón se contaba entre los potentados de la ciudad. Tras la liberación compró vacas, cabras y una gran casa de amplias estancias construida en adobe revestido de pies de palmeras *dum* y otras, tal como hacían antaño, y, si la esclavitud no estuviese prohibida, se habría hecho con dos o tres fámulos y, desde luego, con un buen número de concubinas. Él no había sido un siervo cualquiera, sino un mameluco del Estado con rango militar y un poder tiránico sobre sus subordinados. Con la caída del Estado mahdista, al que servía, se liberó, y, si en el nuevo orden de cosas no se hubiese prohibido la esclavitud, él no habría soñado otra cosa que ser negrero. Este antiguo militar en la reserva estaba prendado de al-Tuma y su belleza; hacía tiempo que la admiraba, pero antes no podía competir con los amos. Ahora dio el paso proponiéndole matrimonio como Dios y el Profeta mandan, tal como se casaban los señores. A ella le agradó la idea y se puso en manos de quienes fueron sus compañeras de condición servil para que la preparasen; como tenían experiencia, dejaron a al-Tuma hecha una princesa, por lo hermosa, delicada y radiante. La aromaron con el mejor perfume, algo que tenían prohibido cuando eran esclavas; la ataviaron con oro y plata, un vestido azul y un pañuelo indio. Por vez primera en su vida estrenaba al-Tuma calzado y se echaba un manto por encima. Todos en la ciudad estaban pendientes de ella, muertos de envidia al ver cómo había cambiado la suerte de los siervos.

Había quienes no reconocían la libertad que los ingleses acababan de darles a los esclavos. La consideraban circunstancial e ilegítima porque, en su opinión, el propio islam no prohibía la esclavitud, la trata y el concubinato; todo ello había estado vigente con el bendito Estado mahdista y, antes, con el Sultanato Negro, el de Sennar, cuando incluso los hombres más santos poseían centenares de esclavos. ¿Cómo se atrevían esos infieles, los ingleses, a prohibir lo que Dios les permitía a Sus siervos? Además, ¿qué harían los esclavos con su recién ganada libertad? Ya se vería…

Con el paso del tiempo evolucionó la noción de esclavitud de

manera que el siervo seguía siéndolo de por vida, ya lo hubiesen liberado los ingleses o manumitido su amo. Más aún, los hijos de un esclavo heredaban su condición, y llegó a darse el caso de que quienes fueron amos apalearon a sus antiguos siervos para hacerlos volver a la casa de la obediencia; algunas concubinas optaron de grado por quedarse con quienes, según la ley de Dios, habían sido sus esposos. El colmo lo representaron los amos que perdieron la cabeza al quedarse sin sus siervos y consideraban de su propiedad a cualquiera que guardase semejanza, por el color de su piel o su estatura, con sus antiguos esclavos. Así fue como cierto sureño, que trabajaba como escribano para la administración, llegó a dar muerte a dos varones con su arma personal porque uno de ellos lo había tratado de «pollo», como si fuese un fámulo suyo; el sureño pudo huir y esconderse en el bosque cercano, donde siguió disparando contra todo el que se le acercaba. Como a los ingleses les gustó su proceder, no enviaron soldados a prenderlo para juzgarlo por el crimen que había cometido. Querían dar una lección que todo el mundo comprendiera: la época en la que había una división entre los siervos y los señores había llegado a su fin y era preciso que todo el mundo se acomodase a los nuevos tiempos.

En octubre de 1933 al-Tuma dio a luz a una preciosa niña que tenía el tono de piel de su abuelo, el señor beduino, y el porte de su padre, junto con los rasgos de una majestuosa reina de Nubia. Faragállah, su padre, la llamó, en honor a su propia madre, al-Taya. Esta se casó, en marzo de 1956, con un hombre llamado Jidr Ibrahím Jidr, sobre cuyos ancestros sospechaban todos: lo consideraban sudanés, a pesar de su piel cobriza. En octubre de 1963, al-Taya le dio a su esposo un hijo al que su padre llamó Ibrahím, en recuerdo de su propio padre, y diez años más tarde una hija a quien el padre llamó Ámal. Esta era la joven que iba con Ibrahím en el autobús cuando retuvieron a este en el punto de control de Suba, en las afueras de Jartum, para que cumpliera con su servicio militar obligatorio. Ámal era la joven a quien Ibrahím pretendía llevar a la universidad y ayudar con los trámites de su residencia en la capital.

Ibrahím adquirió muy tarde conciencia de su verdadera situación social porque sus padres pusieron mucho empeño en impedir cualquier relación entre él y sus parientes, abuelos y abuelas. Estos conservaban muchos de los rasgos de sus tribus, originarias de las distintas regiones de Sudán, desde donde habían llegado en caravanas de esclavos, y en la actualidad eran familias bien conocidas por toda la ciudad de Kasala. Su padre era de quienes llamaban «*abd*», o sea, esclavo (negro), que era todo aquel que tuviese la piel muy oscura o rasgos marcadamente africanos; contaba, además, leyendas sobre sus orígenes beduinos, sobre el número de esclavos que había llegado a poseer su familia, sobre las caravanas de su abuelo, que se internaban en la sabana para dar caza a hombres, niños y mujeres. Ibrahím Jidr Ibrahím, aun prescindiendo de esas falsas imágenes, maduró sin avergonzarse de sus orígenes, que muchos le afeaban y de los que le había hablado su abuela al-Tuma, quien lo advirtió de que su padre se engañaba a sí mismo. Ibrahím comenzó a indagar en los verdaderos orígenes de sus abuelas capturadas y vendidas en los mercados de siervos. Le interesaba reconstruir el mapa del camino recorrido por su abuela al-Tuma, y a ello dedicó sus esfuerzos en sus tiempos de estudiante, cuando cursaba Letras en la Universidad de Jartum. Indagó en documentos públicos y revistas fiables, tales como *Sudan Notes and Records*. No se culpaba a sí mismo ni tampoco a sus padres o sus abuelos, pues pensaba que toda la responsabilidad recaía en el régimen atrasado de aquellos tiempos, cuando los fuertes detentaban el poder. Las familias de sus ancestros se contaban entre los débiles. Esto las dejó al arbitrio de individuos sin escrúpulos y bajo un Estado tiránico cuya principal fuente de ingresos eran los beneficios que sacaba vendiendo a sus propios ciudadanos en los mercados locales y mundiales de esclavos, cuando el mismo Estado era el primer proveedor de estos. De ahí el odio que Ibrahím sentía hacia el Sultanato Negro, que, para él, fue el fundamento de los problemas identitarios de Sudán. Solía afirmar que, carente de cualquier rasgo civilizatorio, el Sultanato de Sennar no fue más que una confederación de traficantes de seres humanos, y que, cuando su

mercancía se agotó y el tiempo lo borró a resultas del bloqueo por parte Europa, todos ellos desaparecieron de la faz de la historia y no fueron más que desechos del olvido. Como seres humanos tenemos derecho a consignar la historia que nos afecta y a no creernos a quienes la han escrito, pues no hay verdad absoluta en lo que se registra. La única verdad es lo que vemos con nuestros ojos, lo que sentimos, aquello por lo que padecemos día a día, la miserable herencia de las relaciones de esclavitud.

Su hermana Ámal tenía una percepción diferente. Estaba sumida en una profunda inconsciencia electiva, a consecuencia del aleccionamiento familiar. Es más, sostenía verdaderas fantasías, como que la familia de sus abuelos poseía esclavos y que todas aquellas dichosas abuelas, que no podían haber sido más negras, personificaron una herencia, una arraigada gloria, gracias a la tolerancia por la que era conocida la sociedad sudanesa desde tiempos inmemoriales. Y, sin mayor expediente, aquellas negras pasaban a formar parte de «la familia». Ámal se consideraba descendiente de su abuelo beduino, con quien compartía muchos rasgos físicos, salvo su bonita nariz africana y su porte, digno de las reinas del Kush. Su abuelo beduino pertenecía a una de las tribus que habían llegado no hacía mucho desde la península arábiga al este de Sudán y esto le bastaba a la joven para librarse de la dolorosa polémica de la identidad.

Ámal no tuvo que experimentar circunstancias muy desfavorables cuando la separaron a la fuerza de su hermano. Llamó por teléfono a su padre, que acudió en persona para matricularla en la universidad y conseguirle plaza en una residencia de estudiantes. Ámal no quería acabar viviendo con otras jóvenes de Kasala ni con parientes; su intención era abrir una nueva página en su vida y la abrió. O, por mejor decir, fue la página la que se abrió sola cuando, el día en que ella se graduó, la vio por casualidad un director de televisión al que habían invitado a organizar la ceremonia y le propuso a Ámal que representase un corto papel en un *sketch* de ramadán. Luego la vio un célebre directivo de cierto canal de televisión por satélite, hombre dado a las novedades, muy religioso y

amante de la belleza, quien supo a simple vista que la joven tenía potencial para ser presentadora. Bastaría con unos retoques en la nariz, una buena limpieza de cutis y unas clases de dicción; lo demás lo pondría ella. «Es asombrosa», se dijo a sí mismo con experimentada avidez, al tiempo que escupía una bola de tabaco de mascar.

Al padre de Ámal no le hizo mucha gracia que su hija se convirtiera en una presentadora famosa de televisión, lo cual desataría las lenguas de muchos, y el mundo ya estaba lleno de envidiosos y resentidos que no tenían otra ocupación que dejar en mal lugar a los demás como fuese. Acaso la fama de su hija abriría ante su familia un portal del infierno que él siempre había intentado mantener cerrado. La verdad es que estaba muy apesadumbrado desde que se llevaron a su hijo a algún lugar desconocido donde se libraban combates. No había tenido noticias de él, salvo por una larga carta que le llegó a través de la Cruz Roja Internacional, sin que pudiera asegurar si Ibrahím estaba preso o no cuando la recibió. Después de eso, nada. ¿Podría su famosa hija devolverle a su hijo arrebatado y en paradero desconocido?

Esta fue la pregunta que se hizo a los diez años y dos meses de la desaparición de su hijo Ibrahím. Dos años habían transcurrido desde que su preciosa hija Ámal alcanzó las cumbres de la celebridad, afianzada como presentadora de los programas más importantes de la cadena, sobre todo desde que volvió de Francia, donde la empresa le había gestionado una operación de cirugía estética de coste astronómico. El padre, dicha sea la verdad, tuvo que mirarla varias veces antes de reconocer a su hija Ámal; no sabía cómo podían haberle hecho esa extraña nariz cónica, como la de una francesa, y aquellos ojos tan azules como el mar. Lo único que quedaba de su antiguo rostro eran sus labios torneados.

A Ibrahím no lo habían olvidado ni sus padres ni su hermana. Desde el instante en que lo perdieron les siguió resonando en la conciencia como los toques de un reloj. Se esforzaron con denuedo por recuperarlo, pero no sabían cómo. Era una familia sencilla, sin parientes entre los políticos, los potentados influyentes o los

militares reconocidos. Llamaron una y otra vez a las puertas de las oficinas de reclutamiento para pedir información y solo les decían que seguía vivo, que volvería una vez que hubiese completado su servicio. A los dos años, finalizado el plazo legalmente establecido, les dijeron que estaba «esperando quien lo remplazara». Y siguieron, día tras día, repitiéndoles aquella misma frase con ritmo cambiante.

La Palabra

—La Palabra, amigos míos, no viene a vosotros, sois vosotros quienes la advertís, vosotros quienes la escogéis entre muchas palabras. Para quien la ve, la Palabra es reluciente, irradia como una joya o, si queréis, como el sol en el cielo; para quien no la ve, es como una gota de agua dulce en medio del océano. Si estoy aquí, es por el bien de la Palabra. Os la anuncio, os la entrego como premio, os desposo con ella. La prometo a sus enamorados y enamoradas. La cantaré como el agua del río, la danzaré como las olas, le rezaré en las nobles arenas ardientes. La Palabra es vuestra vida y vuestra muerte, el camino del amor y del odio.

Dijo:

—Quienes creen en mí no me ven. Me conocen mejor quienes descreen de mí.

Y nos dijo:

—No hagáis de mí un ídolo al que adorar. Yo no hago de vosotros señores y dioses.

Y nos dijo:

—Sabéis de todo más que yo, tenéis más información que yo acerca de todo, os halláis más cerca de todo que yo. Ante el amor sois como una llama ante la faz del sol, y yo, queridos míos, soy el sol. No creáis en mí, no descreáis de mí; depositadme en la memoria de vuestros días.

Y me dijo:

—Ibrahím, no abarquen tus ojos tanto como abarca tu corazón; ábrelos al universo de esta manera.

Extendió los brazos en ambos sentidos y vimos que contenían el mundo entero, además de mi corazón y mis ojos, junto con su corazón y sus ojos.

Les dijo a sus discípulos:

—El mundo es un poco más angosto que vuestros sueños y más amplio que vuestros sueños. Es como la lumbre que se oculta en el árbol, como el árbol que se oculta en la roca, como la roca que está en el corazón: pesada, lisa, dotada de atrayente brillo. Indagad en la verdad porque es engañosa.

Cuando salieron de la cueva parecían ovejas a las que les hubiesen ocultado durante largos años el pasto, que permanecía en su memoria apetitoso, verde, remoto, excepcional. Anhelaban la sombra de la *rakoba*, la aldea, la corriente cristalina. Se desnudaron y lanzaron sus cuerpos al agua, hombres, mujeres y niños, en el mismo lugar, desde la misma orilla, al mismo líquido, con la misma desnudez. Nadaron y jugaron cual delfines encantados, cual peces en los que se debatiera el espíritu de un demonio alborotado. Como niños.

Cuando él dio su primer paso en el agua, esta reaccionó como siempre que en ella entraba el Hijo del Hombre. Se tornó más serena que un cuadro en la pared, más pura que el corazón de una mujer enamorada, más hermosa que tu espejo temporal. Estaba tersa y tibia, exhalaba aroma a jazmín. Pero, como todos estaban acostumbrados, prosiguieron con sus juegos y sus risas, bebiendo de aquella misma agua, cantando a plena voz. Eran de distintos orígenes y tribus, de diferentes apariencia y color; sustentaban visiones abiertas a ventanas diversas. Se estaban divirtiendo.

A ella le dijo:

—No permitas que tu corazón se llene de amor ni de belleza. No pongas en él lo que llaman misericordia o sosiego, pues se extenderá como en aire cálido y lo colmará. No lo ocupes con esto y aquello, libera tu corazón de toda y de ninguna cosa para que quede tan exento como el vacío. Solo así podrás alojar a la Palabra en tu corazón, puesto que la Palabra no está con nada y nada está con ella. Pero si la Palabra se establece en el corazón, lo llena de cosas.

La esquizofrenia del desposeído

Shikiri Toto Kuwa conocía ahora el doloroso legado recibido por Ibrahím Jidr Ibrahím, quien lo había puesto al tanto de todo. Nunca habría pensado Shikiri que su amigo llevara sobre los hombros una carga tan triste. Para Ibrahím, sin embargo, sus orígenes familiares eran solo una parte de su propia leyenda personal y no se avergonzaba de ellos. Todo lo contrario, sabía que le conferían fuerza y amor propio. Siempre había mirado con veneración a aquellos antepasados suyos que conocieron el sabor amargo de la privación. Algunos pasaron la vida entera sin llegar a disfrutar de un solo día en libertad, sin gozar de la belleza de este mundo asombroso, sin ver realizado ni el más ínfimo sueño. Si hasta los privaron del derecho a fundar una familia… Sus hijos eran propiedad de los amos, quienes podían venderlos como, cuando y donde se les antojara. Para Ibrahím eran verdaderos héroes y mártires de los que había de sentirse orgulloso, del mismo modo que debían avergonzarse cuantos participaron en su tragedia. Era lo mínimo que exigía la fe.

Si Shikiri se le había mostrado desde el principio taciturno, ahora parecía a punto de estallar, convencido como estaba de que la temeridad de su esposa, Abderrahmán, acabaría arrojándolo a alguna sima insondable. Ambos se habían enfangado en la guerra de modo definitivo. Él estaba al frente de un destacamento y se había convertido en un combatiente feroz, a más de hábil creador de artimañas militares, que era, como se recordará, el estilo al que se acogía Sharún como estratega. Ella, Abderrahmán, había ido

alcanzando poco a poco una posición de fuerza. Desde el día en que la vieron rasgarse la ropa en medio de la «ciudad» para ponerse el uniforme era otra persona, empeñada ahora en ascender por el esfuerzo, la astucia y hasta el engaño; era evidente que su intención era ocupar un rango elevado en la dirección del movimiento. Sabía muy bien que todo resorte de poder que lograse sería a costa de la autoridad de Sharún y este no era ajeno a ello; lo que no estaba tan claro es si el jefe estaba a la espera de que Abderrahmán cayese en alguna trampa que él mismo idearía, a la manera de las batallas que lideraba. De cualquier modo, no parecía en absoluto inquieto por la posición de fuerza que Abderrahmán iba alcanzando. Ella era una guerrera valerosa, astuta y paciente, pero, por encima de todo, no quería morir en la batalla ni caer prisionera, cualidades que han de adornar al soldado victorioso. A Ibrahím, por su parte, lo que le preocupaba era su amigo Shikiri, a quien no le iba ni poco ni mucho en aquella lucha soterrada y violenta, en aquella guerra a la que se había visto empujado de nuevo. Ibrahím informó a Shikiri de cuánto temía por él y añadió que Abderrahmán iba camino de meterlo en un grave aprieto del que no se libraría fácilmente, si es que no acababa muerto. Pero Shikiri, que seguía queriendo a Abderrahmán y había comenzado a aficionarse al juego de la guerra, pensaba que no cabía término medio ante lo que sucedía en la región: ya luchaba uno en las filas del gobierno y los *yanyauids*, ya combatía al lado de los Tora Bora. Y él había escogido esto último, para empezar porque ahí estaba también Abderrahmán.

Los meses del otoño transcurrieron sin sobresaltos. Luego, y gracias a mediadores árabes, tuvieron lugar negociaciones entre el gobierno y varios grupos rebeldes, entre ellos el encabezado por Sharún. También asistió a las sesiones Abderrahmán, quien no esperaba ningún resultado positivo de tales encuentros. No eran más que treguas fácticas que servían a los dos bandos para restablecer el orden en sus dominios, asegurarse los suministros militares y médicos y tratar de minar la moral del contrario. La opinión de Sharún era que la guerra les había permitido al gobierno y a los *yanyauids* alcanzar el noventa por ciento de su objetivo principal,

que era desplazar a las tribus de Darfur en tres direcciones: o bien hacia los campamentos a las afueras de grandes ciudades como Nyala, al-Fásher y Gueneina, donde les fueron construyendo, con financiación árabe islámica, aldeas en las que no tendrían más remedio que asentarse; o bien hacia Chad, Estado al que podían acogerse como refugiados; o bien hacia el otro mundo, en calidad de cadáveres. Del diez por ciento restante, unos vivían como esclavos en las aldeas controladas por los *yanyauids* y otros esperaban que les llegase la muerte o el destierro para que los remplazaran grupos procedentes de Níger o de Chad bajo abundantes gentilicios tribales, pero con un solo y pavoroso sobrenombre: los *yanyauids*, esos *yinns* a lomos de caballos, que empuñaban fusiles G3 y combatían en la sabana de Darfur.

El campamento despertó una mañana con el alboroto de una riña entre Máriam de Magdala y Abderrahmán, que se estaban dirigiendo palabras malsonantes e hirientes. Entre los insultos y acusaciones, quienes las oyeron vislumbraron el fondo del problema o lo que tal les pareció. Llegaron, así, a la conclusión de que Abderrahmán le echaba en cara a Máriam que estuviese tratando de seducir a su marido, Shikiri Toto Kuwa; bueno, más que eso en realidad, pues sostenía que los había encontrado juntos en más de una ocasión. Por su parte, Máriam tachaba de pelandusca a Abderrahmán, quien, según aquella, mantenía relaciones sexuales con los combatientes para que se pusieran de su parte contra Sharún; Máriam aseguró, además, en voz bien alta y con toda claridad, que Abderrahmán se ganaba la confianza de los *yanyauids* a costa de su honra.

Tuviesen fundamento o no, estas maldades le dolían a Shikiri. Es cierto que Abderrahmán, cuando él la arrinconó para sonsacarla sobre su caza al *yanyauid*, le había reconocido su secreto: en efecto, ella luchaba con todas las armas a su alcance y su cuerpo era una de ellas, la más peligrosa. Su honra ya se la habían llevado un día los propios *yanyauids*. Esa era la razón por la que Shikiri dudaba de los procedimientos a los que recurría Abderrahmán en su acercamiento a la posición de Sharún. Los insultos de Máriam no fueron en vano,

despertaron en él al monstruo del miedo, pues ¿qué camino estaba su mujer dispuesta a recorrer con tal de alcanzar el poder? En cuanto a las acusaciones de Abderrahmán a Máriam, que esta quería seducirlo a él, sí que tenían base sólida. Shikiri y Máriam habían hecho cuanto podían hacer dos personas maduras persuadidas de que el cuerpo piensa con mayor profundidad y placer que la mente. Abderrahmán no sabía a ciencia cierta si ambos habían llegado a la intimidad, pero su corazón le había hablado, ella le había dado crédito y estalló la disputa. Abderrahmán estaba resuelta a retener a Shikiri, aunque no sabía si era porque de verdad lo amaba o solo porque quería a un hombre a su lado.

Sharún zanjó el enfrentamiento al dar la alarma. Debían prepararse de inmediato porque se había avistado un avión sobre territorios inmediatos al campamento, un pequeño Antónov que volaba bastante alto. Los mandos no se ponían de acuerdo: ¿había que usar los antiaéreos, o bien se trataba de un vuelo civil? Por precaución, los combatientes en general se metieron en los refugios y los artilleros quedaron a la espera de órdenes. La situación le recordó a Abderrahmán sus lejanos días en el campo de refugiados de Kalma, que quedaba al sur del aeropuerto de Nyala, bastante cerca. Cada vez que se encendían los motores de los aviones al atardecer o por la mañana temprano y los oían los niños del campamento, se orinaban encima. Los burros salían huyendo a cien kilómetros por hora sobre la superficie de la tierra, con las colas alzadas, en línea recta con sus lomos. Las gallinas y gallos rompían a cacarear y cantar como si un zorro despiadado hubiese entrado en el gallinero. Abderrahmán, a pesar de que era mayor que muchos de quienes experimentaron muy precozmente la guerra aérea, seguía sintiendo pavor cuando oía el ruido de los aviones o los veía. De ahí que se sumara a los partidarios de disparar contra aquel si volvía a sobrevolar las inmediaciones del campamento, o incluso en cuanto se pusiera a tiro de los antiaéreos, ya que perfectamente podía dirigirse a cualquier aldea, donde morirían niños y arderían casas que quedarían reducidas a cenizas con todos sus habitantes. El avión siguió su trayectoria sin mayor contratiempo, pero la crisis que

produjo no se resolvió así como así. Uno de los combatientes lanzó contra el Antónov un cohete que, por suerte o por desgracia, no lo alcanzó. Argumentó que no había podido templar sus nervios, que en cuanto veía un avión lo dominaba el mismo sentimiento que le producían un *yanyauid* o un alacrán y tenía que actuar contra la amenaza. Abderrahmán lo apoyó con la misma vehemencia que puso Sharún en reprenderlo. Más tarde, en la reunión que mantuvieron los mandos para valorar la situación, disintieron ambos sobre los combates durante el verano, que se anunciaban en el horizonte como el avión de reconocimiento del que acabamos de hablar. Sharún quería ser fiel a su línea habitual, consistente en no iniciar ningún ataque, sino esperar la llegada del enemigo, que acabaría cayendo en una férrea emboscada. Dicha estrategia dependía del avituallamiento desde dentro de «la ciudad» y a veces de colaboradores en el ejército regular e infiltrados en las filas de los guerreros. Era costosa en recursos humanos y materiales, no siempre acababa en éxito, y, en caso de fracaso, las consecuencias resultaban desastrosas. Los combatientes se habían llevado, en su día, un funesto desengaño cuando la celada que prepararon para los *yanyauids* se les volvió en contra. Del episodio seguían contándose historias muy dolorosas.

Un número nada desdeñable de jefes de operaciones se dejó impresionar por la propuesta de Abderrahmán, que era combatir a los *yanyauids* en las aldeas de las que se habían apoderado y quemarlos en ellas en un ataque relámpago. Harían uso del mayor número de combatientes y de ametralladoras cargadas en los rápidos vehículos Land Cruiser y se retirarían de inmediato. Pero el conjunto de los reunidos se decidió al final por el plan de Sharún, quien, gracias a su larga experiencia de combate, y no por meras elucubraciones, sabía lo que era vencer y ser derrotado. Abderrahmán no podía decir lo mismo; como no había perdido una sola batalla hasta el momento, desconocía el sabor de la derrota y no había visto la muerte cara a cara. Aquella era una ciencia muy complicada. Según Sharún, el verdadero placer de la victoria consistía en que el enemigo acudiera a morir donde uno decide.

Quienes lo conocían sabían que el jefe leía a menudo las memorias del Che Guevara y tenía también el libro que a este dedicó Fidel Castro. Sharún consideraba que el Che era el mesías de los guerrilleros, y sus memorias, el Evangelio, si bien precisaba que él creía solo en parte del libro. Habría preferido que su sobrenombre fuese Guevara, en lugar de Sharún, a pesar de que ello le recordase a su amigo, el caído Abkar Guevara, que fue el primero en percibir la amenaza de los *yanyauids* y asimismo en tomar las armas para defender a los suyos en Darfur. A Abkar Guevara, al igual que a otros combatientes de la región, lo único que le reprochaba era que solo conoció a medias la realidad de la guerra. Sharún no comprendía cómo el mismo hombre que había luchado contra los rebeldes en el sur (matando a niños, mujeres y ancianos, quemando aldeas sin piedad, y que, además, consideraba que al hacerlo estaba satisfaciendo a Dios, el Supremo, alabado sea, por medio del yihad) se había transformado de repente en un guerrillero rebelde contra el gobierno al que había servido fielmente, cuando este comenzó a aplicar los mismos principios, proclamas y conductas para conducir la guerra en la patria chica de Abkar, valiéndose ahora de otros o de sus mismos congéneres, o hasta de él mismo de manera metafísica. Puede que la razón se le hubiese nublado por efecto de la pólvora y el tableteo de las balas… Sharún llamaba a esto la esquizofrenia del desposeído, quien solamente comprende una parte de la verdad, pues solo percibe un aspecto de la realidad, y, en consecuencia, no llega a cumplir del todo con su deber. Ello da lugar a más perjuicios que beneficios, ya que al revolucionario le hace más falta un corazón puro que una mano fuerte. Aunque lo mejor, claro está, es que no le falte ni uno ni otra.

La noticia de una ofensiva inmediata por parte del ejército gubernamental y los *yanyauids* sembró el desconcierto en el campamento. La ofensiva comenzó con el ataque de un avión de combate que casi tocó, tan bajo volaba, las cimas de las montañas como un ave feroz que se cerniera sobre su presa en carrera. El ruido de los motores, más molesto que aterrador, acompañaba las dos bombas barril que arrojó sobre la llanura sur, aunque el blanco era la

zona intermedia, donde estaban el manantial y «la ciudad». La distancia entre la zona intermedia y la occidental podía cubrirla en dos segundos el temible reactor chino. Lo usual era que los aviadores no alcanzasen el objetivo por causa del miedo, la moral baja o la tibieza, no por falta de precisión de la máquina. Antes de que volviera, riesgo que no había que correr en un lugar como aquel, corrieron todos a sus posiciones, mientras Sharún ponía en libertad a los prisioneros, que morirían en su encierro sin tener la ocasión humana de salvarse. No se fiaba de ellos lo bastante como para integrarlos en las fuerzas que comandaba porque un prisionero en lo único que piensa es en huir. Actuar de otro modo habría sido propio de un tonto bienintencionado, lo que no era Sharún. Nunca había puesto en libertad a un prisionero, pero también era la primera vez que el gobierno se atrevía a atacar su campamento. «Sois libres —les dijo— de ir adonde queráis siempre que sea lejos de mis fuerzas, y, por supuesto, no quiero veros prisioneros de nuevo».

Al principio pensaron que tras su liberación habría algún plan oculto, pues sabían por experiencia que Sharún solo actuaba a partir de minuciosos cálculos. Al ver que iba en serio se quedaron tan perplejos que no sabían qué hacer. Pero, una vez que Sharún los dejó para ocuparse de algo más importante, optaron por huir en grupo hacia el norte tras una breve deliberación. Si se producía una ofensiva terrestre, vendría sin duda desde el oeste porque las zonas sur y este estaban minadas; el norte lo resguardaban las montañas, nada fáciles de escalar, y debían evitar a toda costa encontrarse con los atacantes, que, tomándolos por el enemigo, los aniquilarían de inmediato. Una vez que traspasaron la barrera montañosa eran veinte varones, a los que se unió uno más, Ibrahím Jidr Ibrahím, que había soñado con una oportunidad como aquella. Huyó un poco antes que los prisioneros, pero, como desconocía la zona, permaneció oculto mientras se le ocurría algo. De repente llegaron los prisioneros y se fue con ellos.

La araña

Puede que muchos no conocieran Jórbati del Monte, incluso después de haber nacido, crecido y muerto en Darfur. Era una aldea pequeña, situada en una hondonada rocosa al sur del monte Marra; sus escasos habitantes cultivaban mango, cebolla y maíz, esto último en cantidad limitada, para el consumo diario. El auténtico nervio de la vida era para ellos el mango, del que producían una variedad muy selecta, «el mango montés». Era de gran tamaño y alto precio, muy dulce al paladar, con hueso pequeño y pulpa carente de fibras, y tardaba en echarse a perder. Acudían a comprarlo mayoristas procedentes hasta de fuera de Darfur, para venderlo en Jartum durante los meses de marzo, abril y mayo. Las cebollas las vendían los propios labradores de Jórbati en el mercado local. Para beber y abrevar a sus bestias, se servían de albercas, alimentadas por la única corriente de agua, que bajaba de la cima y atravesaba las plantaciones de mangos. La aldea estaba rodeada de tierras fértiles donde crecía abundante vegetación estacional, y, si bien los habitantes de Jórbati no eran muy dados a la cría de animales, tanto el terreno como la naturaleza eran propios para ello. El *umda* de Jórbati, esto es, el jeque que ejercía la autoridad, era un buen hombre, musulmán cumplidor y amante de la paz, convencido de que los seres humanos eran copartícipes de tres cosas: el agua, el fuego y el pasto.

En el verano de 1988, cuarenta y cinco días antes de que comenzaran las lluvias, llegaron a Jórbati unos jeques beduinos. No era raro verlos en torno a los territorios de la aldea trazando vías

para sus animales. Encontraron al *umda* y a otros hombres asando la carne grasienta de una hiena que había cazado uno de ellos. Estaban disfrutando todos del asado, aunque cada cual tenía sus propias razones para comer carne de hiena, que alivia las legañas y la nictalopía, favorece a quienes se muestran fríos en el lecho o tardan demasiado en eyacular, cura la esterilidad y es remedio definitivo contra el dolor de articulaciones; además, la carne de hiena anula los encantamientos, y, si se pone un poco de grasa de ese animal en el ombligo de un varón, a este le crece una pequeña cola, aunque por suerte no ha habido nadie lo bastante aventurado para comprobar la efectividad de esta última suposición. De todo ello estaban tratando cuando se les acercaron los jeques beduinos. Nadie les prestó mucha atención hasta que uno dijo:

—La paz sea con vosotros.

Todos respondieron, con la carne de hiena entre los dientes:

—Y con vosotros sea la paz, junto con la misericordia de Dios, el Supremo, y sus bendiciones. Hacednos los honores.

Los beduinos de los Beni Hasan conocían otras dos virtudes de la carne de hiena, pero, dado lo comprometido de la situación, se limitaron a hablar de una sola de ellas, de importancia indudable: preserva al pastor que la come de que otra hiena devore a alguno de sus animales.

En poco tiempo prepararon con qué honrar a sus huéspedes. Había comida de sobra aquel verano y la gente seguía en la aldea sin alejarse mucho, a excepción de los jóvenes, que habrían salido a cazar erizos. Apenas habían comenzado los preparativos serios para la labor del campo, por lo que aún no tenían que dedicarle la mayor parte de su tiempo. Casi todos ellos se encontraban, ya al final de la jornada, en el *diwán*, una sala espaciosa en el gran patio de la casa del jeque Ádam Kuya, donde cumplían con la oración ritual, celebraban funerales y bodas, intercambiaban opiniones y fijaban los precios del mango. Y, de no ser por el banquete de carne de hiena, los habrían encontrado jugando a la *dala* debajo del gran mango, el que llamaban «árbol del aviso». En lugar de sacrificarles un animal, dado que los rebaños estaban lejos, hicieron a toda prisa acopio de

fuentes y escudillas de guisos, que les trajeron los mozos y los niños; eso y el suculento asado de hiena constituían una cena, más que aceptable, opípara.

Tomó la palabra el beduino de mayor edad, que era hombre sabio y afable a un tiempo. Se refirió a los valores que sustentaban los habitantes de Jórbati y al modo en que, según sabía todo el mundo, afrontaban los imprevistos y las desgracias. Se refería a cómo le habían perdonado a uno de los suyos, un beduino de los Beni Hasan, el homicidio de un aldeano en una disputa sobre pastos, y asimismo a la donación de maíz que recibieron de los de Jórbati el año de la sequía, cuando estos mismos estaban pasando serias penurias. Añadió que aspiraban a algo más que la buena vecindad transitoria y el trato pasajero, y recordó que, con la escasez de pastos y la persistente sequía, en especial la muy reciente y terrible, que se prolongó desde 1983 a 1985, habían perdido el noventa por ciento de sus bestias. Los Beni Hasan se veían así obligados a modificar algunos de sus hábitos, y, en consecuencia, se habían determinado a practicar la agricultura, al menos en la medida en que les garantizase alimento para sí mismos y forraje para sus bestias durante el verano. Sus jóvenes iban, pues, a aprender una destreza nueva para ellos, que les permitiese vivir. De manera que solicitaban el uso y disfrute de un sector de los fértiles terrenos de Jórbati para cultivar maíz. No les pedían una gran superficie, solo una parcela de algo menos de mil *feddáns* y en la zona menos fértil, a la que ya le habían puesto límites: la arboleda, el vado y el pedregal. Como era lógico, el jeque de Jórbati les señaló día y hora para que volvieran a la aldea a recibir respuesta, una vez consultados el *shartay*, el jefe supremo de la tribu, y los demás jeques. Tras las consultas podrían llegar sin duda al mejor acuerdo para todos.

Ádam Kuya era, como queda dicho, el jeque de Jórbati. Topónimo este cuya sola mención basta para empujar a cualquier filólogo a rascarse la calva, o bien, si aún le queda algo de cabello, a retorcerse los mechones con las yemas temblorosas. El tal sabio se sumirá en la meditación unos instantes y llegará a la siguiente conclusión: «El verdadero nombre, el original, no es “Jórbati”, sino

“Ghórbati”, que significa “mi destierro”, pero, como la gente de la región es incapaz de articular la consonante *gh* del árabe, lo pronuncian con jota y dicen, en efecto, Jórbati». Pero nada más lejos de la verdad, ya que en origen se trata de dos palabras: *jor*, o sea, «vado», y *Bati*, de modo que Jórbati significa «el vado de Bati», pues el segundo elemento nada tiene que ver con *bitti*, que es el modo en que muchos sudaneses pronuncian el árabe *binti*, esto es, «mi hija». Bati, pues, es un nombre propio de varón, en concreto de cierto alfaquí o *fakí* en árabe sudanés, el primero que se asentó en aquel lugar. El referido era, así, *fakí* Bati Harún, abuelo del jeque Ádam Kuya, quien a su vez era el padre de la joven Abderrahmán, a quien ya conocemos, de los hermanos de esta, Harún, Ishaq y Musa, y de su hermana mayor, Máriam. Ádam Kuya era un hombre de gran dignidad y muy devoto, y ejercía como imam de la comunidad en la zagüía, constituida en el diwán mencionado, así como de madhún u oficiante de bodas, juez de paz y, por supuesto, *fakí* o letrado. Todo el mundo lo conocía por aquellos pagos y gozaba de mucho predicamento ante el *shartay* de la ciudad de Kas. Pues bien, Ádam Kuya, el jeque de Jórbati trasladó a este la petición de los árabes y el *shartay*, después de consultarlo con otros jeques de la zona, le comunicó que la mayoría de estos dudaba de las intenciones de los beduinos y temía que aquello fuese un ardid para apropiarse el terreno; sus descendientes heredarían la explotación y de ahí derivarían con seguridad enfrentamientos futuros. Pero algunos lo veían de otro modo, pensaban que los árabes habían sufrido mucho con la sequía y que eso afectaba a toda la región. «Las personas —argumentaban— se apoyan entre sí y nosotros los necesitamos a ellos tanto como ellos a nosotros. Si ahora rechazamos su petición, podemos estar dando pie a una guerra, porque a los árabes, cuando sus animales pasan hambre, no les queda otra que lanzarse sobre las tierras cultivadas de sus vecinos, y el resultado es la muerte».

El *shartay*, después de escuchar, entender y repensar las dos opiniones enfrentadas, se dio cuenta de que ambas podían ser correctas. Así que le pidió al jeque y *fakí* de Jórbati que esperase hasta que él pudiera hablar con el rey de los masalit en Gineina, el

de los dayu en Abu Kardús y el de los zagaua en Shanguil Tobayi; él mismo le comunicaría la decisión final mucho antes de que comenzara el otoño. El *shartay* envió emisarios a los sultanes de Kare, Dango, Fánqaro, Bóneh, Baye, Fogi y Shala; a los reyes de los bárqad, los tányar, los kábaqa, los mima y los musabbaat, al este del monte Marra; a los mararit, los awra, los simyar, los qímir, los tama, los yabalawiyyín, los abdárag, los yuya y los asmur, al oeste y al noroeste; a los zagaua de Kaba y los maidub, al norte y al nordeste; así como a los bigo y los runga, al sur y al suroeste. Pero asimismo a las tribus árabes de pastores que, después de establecerse hacía tiempo, se habían tornado parte inseparable de la región, donde tenían sus propios intereses; era su deber consultarlos a ellos también: a los habániya, los ruzaiqat, los masiría, los falta, los taaisha, los Beni Halba y los maáliya, en el sur de Darfur, y a los mahiría y los Beni Huséin, en el oeste. Envió emisarios jóvenes a caballo; remitió cartas que llevaron los camiones y autobuses que cruzaban la aldea en dirección tanto norte como sur; se valió de viajeros a lomos de camellos para ponerse en contacto con los zagaua, que vivían al norte, en los límites del desierto, y de burros, que bastaban para llegar a los reyes asentados a menos de dos días de marcha a pie.

Las respuestas fueron llegando una tras otra en momentos diferentes, con arreglo a la distancia entre las distintas tribus y el *shartay*. Eran casi todas positivas, salvo la de una sola tribu árabe, que tenía formada una opinión muy clara sobre los Beni Hasan, la tribu que solicitaba el pacto de buena vecindad; era, decían, una tribu agresiva, pendenciera, dada al derramamiento de sangre. El *shartay*, de cualquier modo, desestimó esta opinión porque sabía que las dos tribus habían mantenido un sinfín de graves enfrentamientos y perdido a los mejores de sus jóvenes en todas aquellas batallas estúpidas, inútiles, sin motivos lógicos. Les hizo, pues, saber a los jeques de los Beni Hasan y al de Jórbati que ya podían preparar la celebración de la nueva vecindad en dicha aldea, y, con tal propósito, les mandó el gran ejemplar del Corán sobre el que habrían de prestar juramento.

Al cabo de dos semanas acudieron los jeques de los Beni Hasan, y, tras sacrificar varios camellos, juraron todos solemnemente que mantendrían buenas relaciones de vecindad, se prestarían apoyo mutuo en cualquier situación y se abstendrían de todo tipo de enfrentamiento, y asimismo que, en el caso de que surgiese alguna desavenencia y fueran incapaces de resolverla entre ellos, se someterían al arbitraje del *shartay*, «y a quien no respete su palabra no lo respete Dios».

Como prueba de su buena voluntad, el jeque de los Beni Hasan había traído consigo a su hija menor junto con otras diez muchachas, hijas de los *umdas* y jeques de la tribu, y solicitó casarlas de inmediato con los principales de Jórbati. En justa correspondencia las gentes de la aldea designaron a doce de sus muchachas y las casaron con los principales de los Beni Hasan. La gran celebración se prolongó toda una semana, durante la cual danzaron al ritmo de los instrumentos de percusión de unos y otros al mismo tiempo. Al concluir, elevaron sinceras preces al Altísimo, rogándole que bendijera su nueva vecindad y los socorriese contra sus enemigos comunes, pues ya eran de la misma sangre y la misma carne.

Era preciso contar esta historia en sus pormenores para entender cabalmente el aprieto en que se halló el responsable gubernamental que, transcurridos veinte años, fue adonde aquella tribu árabe, los Beni Hasan, acompañado de instructores militares, armas y munición, de igual modo que hizo con otras decenas de tribus árabes, a quienes solicitó que recibieran aquel arsenal para defenderse de las acciones de pillaje armado que estaban a punto de emprender contra ellos «los *zurga*», es decir los negros. A la pregunta de los Beni Hasan: «¿Y quiénes son esos negros?», respondió el funcionario con explicaciones que solo sirvieron para confundir a los beduinos árabes, ya que todos los rasgos que definían la negritud de los *zurga* estaban también presentes en cada uno de ellos mismos. El enviado del gobierno adoptó entonces otra estrategia persuasiva y les dijo que las tribus fur, zagaua, masalit y dayu tenían muy avanzado un plan secreto para acabar con los

árabes en Darfur, lo cual facilitaría la división en tres pequeños Estados: primero, el gran reino de Zagaua, que, abrazando todas las ramas de la tribu de ese nombre, contaría con el apoyo de Chad y ocuparía el norte de Darfur; segundo, el Estado de Darfur propiamente dicho, en el que se integrarían los fur, los tunyur, los kanyara y los dayu, que se extendería por el centro y el sur y recibiría el apoyo de Israel, y, por último, Dar Masalit, tribu esta, los masalit, que desde 1919 había querido —afirmó— separarse y constituir un Estado independiente en el oeste de Darfur con el apoyo de Libia. ¿Dónde, pues, se asentarían los árabes?

Le contestaron que ellos no habían oído hablar de esos tres Estados, que nadie les había pedido que se marcharan del territorio ni los habían atacado; que los actos de pillaje armado los llevaban a cabo miembros de todas las tribus de Darfur por igual, y que no deseaban armas ni instrucción en defensa popular. El mediador del gobierno les solicitó que, dado que se negaban a portar armas en aquel lugar que para el gobierno tenía gran valor estratégico como zona de conflicto, optaran por una de las opciones que les proponían. Bien podían partir hacia el sur; bien acoger a algunas tribus árabes, primos suyos como aquel que dice, dedicados a la cría del camello, que acababan de llegar de Estados vecinos y no tenían inconveniente alguno en portar armas para desbaratar el proyecto secesionista en que se habían embarcado los *zurga*, los negros. Aunque asimismo les seguía quedando una tercera opción: dejarse llevar por la guía de Dios, recibir las armas y permitir que sus hijos hicieran la instrucción militar. Para ello, habían de acoger en la aldea a dos expertos en adiestramiento de reclutas.

Sabían perfectamente que el mero hecho de recibir las armas los convertiría en combatientes; ya les había ocurrido a otras muchas tribus que se habían dejado engañar. Los empujaron a acometer a sus vecinos, con quienes habían convivido durante siglos, y, cuando los jeques y los ancianos se negaron, al gobierno le bastó cambiar a las autoridades comunitarias y populares de toda la vida por individuos más jóvenes nombrados por los emires. A los nuevos mandos los sometieron a duro adiestramiento psicológico, social y

militar en Jartum. Una vez concluido, volvían a sus tribus con la mentalidad cambiada, obsesionados con la guerra y con un solo temor: el peligro que para ellos representaban «los negros». Los jeques de los Beni Hasan no querían ser como aquellas tribus, cuyo saldo final les había salido muy negativo, pues perdieron las relaciones de buena vecindad y a sus propios jóvenes, al tiempo que los acometían grupos étnicos que eran a su vez blanco del gobierno. Pero aún había más, pues las tribus consentidoras acabaron manteniendo enfrentamientos con otros árabes armados que pretendían arrebatarles los territorios, las riquezas, los despojos y los botines que aquellas habían arrebatado a sus vecinos. De modo que el jeque le dijo al emisario del gobierno:

—No aceptamos ninguna de las opciones.

La delegación del gobierno se volvió a Jartum con sus armas y sus expertos, pero al cabo de dos semanas aparecieron, con sus camellos, quienes más tarde resultaron ser de los *yanyauids*. Traían consigo un gran arsenal, venían acompañados de numerosos expertos militares a bordo de varios Land Cruiser de combate, y obligaron al jeque de los Beni Hasan a que les diese hospitalidad. También venía con ellos cierto joven emir de tribu, muyahidín, esforzado combatiente por la causa de Dios, a quien no habían visto jamás y cuyo nombre y ascendencia desconocían por completo.

A la semana siguiente, la aldea de Jórbati del Monte ya no existía. Donde estuvo solo quedaron restos de ceniza y cadáveres carbonizados; las plantaciones de mango habían ardido. A las mujeres y niñas supervivientes, que habían sido víctimas de violaciones, las condujeron el ejército gubernamental y varias organizaciones humanitarias al campamento de Kalma, en Nyala. Entre ellas iba una muchacha de quince años, a la que encontraron viva bajo los cadáveres de sus familiares; le preguntaron cómo se llamaba y contestó que Abderrahmán. A los varones, tanto adultos como muchachos o niños, los dejaron en la aldea, sepultados en enormes y horribles fosas comunes.

Cómo descreyó la tía Jarifía

Invierno de 2004, viernes por la mañana en el mercado de las mujeres en Nyala. Jarifía estaba vendiendo batatas y cebollas sobre un lecho de arpillera humedecida con agua, una suerte de nevera natural que resguardaba la mercancía de los rayos abrasadores del sol de invierno. Se le acercó una mujer espigada que le preguntó si había visto pasar a dos muchachos, cuyos rasgos pasó a describir. Eran niños aún e iban vestidos de fiesta; ayudándose de gestos le detalló la altura de cada uno, el color de la piel, los ojos, los cabellos, el calzado; añadió que les gustaba mucho jugar y apenas oían lo que ella les decía, los consejos que les daba. Solo así se explicaba que los *yanyauids* los hubiesen atrapado y se los llevaran.

—¿Los has visto?

Jarifía conocía la historia de la mujer y los dos niños. La conocía en distintas versiones gracias a varios narradores, que podían diferir en hechos objetivos tales como el número de niños, el nombre de la aldea, el lugar preciso, el momento; pero era la primera vez que la oía de la propia afectada y de la manera más precisa. Nunca se la había contado aquella mujer alta y pesarosa, que se tragaba a toda prisa la comida mirando al vacío. Jarifía le puso un trozo de pan en las manos, pues se habría dicho que la mujer no veía nada, ni el mismo alimento en el que metía los dedos sin prestar atención, como si comiera aire. Deglutía sin apetito, sin placer, de modo miserable, repulsivo; de entre los labios y los dientes le caían las migajas. De repente paró y dijo a voz en grito:

—¡He comido bastante, gracias a Dios!

Jarifía calculó que esparcidos por el suelo estaban dos tercios de lo que le había dado a comer a la flaca mujer. Esta se puso en pie, tan alta como era, dio unos pasos y, al llegar al muro del viejo estadio, se inclinó, se apretó el vientre y abrió la boca de par en par. Jarifía oyó cómo vomitaba el último tercio.

A finales de la estación lluviosa del verano de ese mismo año se reunieron, a la sombra de la gran *rakoba* de casa del jeque Yibril, casi todos los hombres que residían en la aldea de Huyeirat al-Wadi, y, dado que el asunto era de la máxima importancia y seriedad, habían alejado a los niños, aunque habían invitado a buen número de las mujeres de cierta edad. Sabían que, en caso de aprieto, la opinión de las mujeres era más certera que la de los varones, pues ellas ven las cosas desde un ángulo que estos ni toman en consideración; ángulo que bien podía ser la piedra que desecharon los arquitectos. Los contadores de cuentos locales conocían decenas de historias que ponían de manifiesto la capacidad de la mujer y lo acertado de su juicio en los momentos difíciles. Comenzaron la reunión recitando la azora Yasín con el fin de que se serenasen los corazones y el pensamiento se asentara, y le rogaron a Dios que les inspirase el mejor aviso. Todos sabían cuál era el objetivo de la reunión, querían unificar ideas y pareceres. Tomó la palabra el jeque, quien les explicó en la lengua local el motivo de la asamblea. Luego discutieron por extenso si la noticia tenía visos de ser cierta, pero por desgracia no había duda de que era digna de crédito. Al final los presentes decidieron que, o bien se refugiaban en la montaña, o bien salían de inmediato todos juntos hacia Nyala y, una vez allí, se quedaban en el campo de Kalma con los desplazados; los jóvenes y los adultos que quisieran podían unirse ya a las filas de los rebeldes. Casi todos aprobaron lo de irse a Nyala, salvo un solo varón, que se mostró resuelto a permanecer en la aldea. No podía, les dijo, prescindir de sus vacas, que inevitablemente caerían en manos del ejército gubernamental o de los *yanyauids* en su camino hacia Nyala, y no estaba dispuesto a dejarles las tierras de sus antepasados a esos

forasteros árabes que venían de Níger, de Chad y de Nigeria, o hasta de los desiertos de Mauritania. El jeque lo reconvino: no debía ser como el hijo de Noé, «mejor sería que adoptaras la opinión de la comunidad; no van a tener piedad de ti ni de tu familia, ¿o es que no lo sabes ya?».

El hombre dijo que prefería ser el hijo de Noé antes que uno cualquiera de los seres insignificantes que iban en el arca. No nos quedó duda ninguna de que era un artista insensato dispuesto a arrojarse a la muerte, pues ni sus flechas, de las que tanto se preciaba, ni sus lanzas le iban a servir de nada frente a las armas automáticas de los *yanyauids* y el ejército gubernamental, por no hablar ya de la desproporción en número o del apetito insaciable de todos ellos por escarmentar y aniquilar. Le pidieron que permitiese a sus dos hijos marcharse al campamento, que se quedara él solo en la casa con su rabel y sus armas inútiles. «Y tuve que ser yo quien rechazó la idea», recordó la mujer. Jarifía comentó comprensiva: «Estamos dispuestas a morir por el padre de nuestros hijos».

Él era muy buen cantante, dominaba las suertes de la caza, fabricaba rabeles y los tañía, era guapo y valiente. Despidió a sus paisanos todos con una canción que compuso expresamente. «La cantó desde el promontorio que había junto a nuestra casa, en la zona sur de la aldea, junto al sendero escabroso que llaman Camino de los Asnos y conduce a Nyala. Con nosotros se quedó también mi madre, una mujer sabia de más de noventa años». La canción, en la lengua local, venía a decir lo siguiente:

Marchaos para no volver,
que es lo que quiere el gobierno.
Marchaos, no miréis atrás;
para ocupar vuestros puestos,
llegan los yanyauids,
que es lo que quiere el gobierno.
A mí no me mueve nadie:
es lo que teme el gobierno,
y el sueño que, estando vivos,

abrigaron mis abuelos.
Idos, marchaos de una vez,
no os detengáis ni un momento.

«Él sabía perfectamente cuál sería su destino», dijo la mujer, quien cantó la canción varias veces mientras la bailaba. En su danza había dolor, belleza y una extraña melancolía. Se le cayó al suelo la túnica hecha jirones; ya solo llevaba puesto su viejo vestido de mangas cortas, sudado y lleno de manchas, de un negro intenso, «y eso que cuando me lo compré era blanco, ¡lo juro!». Los niños, congregados a su alrededor, la aplaudían; como casi todos se sabían la canción de memoria, algunos le hacían los coros. El cuerpo entero de la mujer bailaba de ira.

Todos los aldeanos sabían que él se quedaría y sería presa fácil para los *yanyauids* y los guardias de frontera, que eran *yanyauids* de uniforme. Antes que ellos, llegó al lugar el polvo espeso que levantaban sus pies ligeros y enfundados en inclementes botas negras. Luego siguió el estruendo del odioso helicóptero Apache, que cruzó por encima de las chozas vacías, levantando hierbas y matas por los aires con su furioso torbellino; lanzó dos proyectiles al azar y desapareció. «Cuando los tuvimos más cerca, tanto que sentíamos el estruendo de sus vehículos bajo nuestros pies, él se preparó para recibirlos». Embadurnó la lanza con veneno de serpiente y afiló el hierro, comprobó las flechas, las contó varias veces, todo sin parar de cantar en voz baja una canción de guerra que aprendió de su abuelo. Palpó los talismanes que heredó de su padre y lo protegerían de armas blancas y de fuego. Los dos niños estaban tan asustados que acabaron metiéndose, temblorosos, en el refugio. Durante las primeras horas entraron los *yanyauids* por centenares. Se dedicaron a reunir sus botines: vacas, ovejas y objetos pesados que los aldeanos no habían podido acarrear por las prisas de la huida. Les metieron fuego a las humildes viviendas, hechas de paja, y a la escuela, levantada también con paja y otros materiales de la localidad, y destruyeron la única mezquita de la aldea. Compitieron por ver quién se quedaba con qué terreno y hasta se

amenazaron con las armas para proteger las parcelas de las que se habían apropiado.

«Nuestra casa estaba en un extremo de la aldea, a los pies de un pequeño promontorio arenoso. El refugio de los niños consistía en un montón de cañas del otoño pasado, amontonadas bajo un pequeño azofaifo; borramos sus huellas por completo. Mi madre dijo que ella no pensaba esconderse, sino que se quedaría a la sombra de la *rakoba*; según ella, nadie atacaría a una vieja y, de cualquier modo, prefería morir antes que vivir humillada. Mi marido agarró su lanza y desapareció detrás del promontorio, y yo me puse al otro lado del refugio de los niños, bajo unas cañas secas, junto al azofaifo, desde donde podía observar lo que ocurriese». Huyeirat al-Wadi no era una aldea grande, no tendría más de doscientas casas. No había ambulatorio, escuela ni sede alguna de la administración, tampoco otros edificios construidos en materiales sólidos salvo la mezquita, de adobe rojo, donada por una benefactora, al parecer de algún Estado árabe rico, aunque nadie recordaba el nombre de la señora ni de su país. La aldea carecía de electricidad, pero su situación era ventajosa por los dos grandes pozos y porque estaba en el camino entre Nyala y Kas, una localidad lejos del alcance de los *yanyauids* y a la que solían acogerse los rebeldes darfuríes. Aunque lo más valioso era la fertilidad que le procuraban sus manantiales, que surtían al *wadi* Birli. La aldea podía ofrecerles pastos fecundos a los camellos de los árabes hasta en las peores circunstancias. Los darfuríes dueños de las tierras acabarían repoblando pequeñas aldeas modelo con casas de adobe recubierto de cinc, dotadas de pozos artesianos, una vistosa mezquita decorada, un pequeño ambulatorio y acaso una escuela primaria construida gracias a las donaciones de Estados árabes hermanos y la Liga Árabe. Las fundaron en las afueras de las grandes ciudades, donde los darfuríes podían dedicarse a oficios marginales. Sus comunidades, sus agrupaciones humanas comenzaron a desintegrarse, mientras que las fértiles llanuras quedaban para el disfrute de los *yanyauids*, que necesitaban pastos para sus bestias.

«Iban de un lado para otro, locos de contento, disparando al aire,

hasta que llegaron a nuestra casa. El primero que alcanzó nuestra *rakoba* se llevó un buen susto al toparse con aquella anciana, mi madre; no habían visto aquel día a una sola persona viva en la aldea. Él le habló en su árabe, que era el de Níger, y mi madre, valiéndose de su propia habla, lo insultó a él, a su padre y a su familia, y maldijo el día en que él había visto el sol». El *yanyauid* la arrastró por el suelo hasta sacarla de la *rakoba* mientras ella no paraba de soltarle improperios y de llamarlo a veces mono catarrino, porque era rubicundo, y a veces perro. Otros dos se le unieron, pero enseguida se pusieron a buscar algo de valor en la casa y dejaron al primero con ella, tratando de sacarle información sobre el oro y el dinero que tuvieran escondidos, o bien las reservas de grano de la familia o la aldea. Mantuvieron una conversación de sordos a causa de la barrera lingüística. Él le propinó varios puntapiés en el vientre y, al ver que no conseguía nada, la abofeteó en el rostro; ella le mordió la mano y solo la soltó cuando tuvo un pedazo de carne en la boca. El *yanyauid* soltó un grito de terror y, sin pensárselo mucho, le descerrajó un tiro en la cabeza. «En ese instante se me escapó un chillido donde estaba, detrás de las cañas. Los dos que estaban en la casa salieron de inmediato y unos instantes después me estaban rodeando unos cuantos. Hablaron de mi cuerpo y me ordenaron que, si quería seguir viva, me quitara la ropa. Si no, me pasaría lo mismo que a mi madre, que yacía bañada en sangre y libre ya de ellos. Les dije: "¡No! Quiero morir". Ellos insistieron: "¡Venga! O te daremos a beber arena". Yo les pedí: "Degolladme"».

Estaban borrachos y drogados, el aliento les olía a *áraq* y a *merisa*. Le insistieron: iban a tomarla y lo harían todos. «Si yo accedía, bien; si no, me atarían los pies al árbol y harían lo que querían de todos modos». Se pusieron a amarrarla al tronco del azofaifo y, al retirar las cañas, vieron a los niños, que se abrazaron a su madre, gritando de terror. Uno de los *yanyauids* exclamó: «¡*Alláhu ákbar*!», sacó un gran cuchillo y fue hacia uno de los pequeños, que habían ocultado los rostros contra el cuerpo de su madre, entre los jirones de su vestido desgarrado. El *yanyauid* agarró a Áhmad, el menor de los dos, que tenía siete años, y se dispuso a degollarlo. La

madre le preguntó:

—¿Es que no temes a Dios?

El *yanyauid* contestó, ocupado en librar al niño de las manos de ella, que lo aferraban:

—¿Dios? ¿Quién es Dios? ¿El que matamos hace dos semanas en el *wadi* Howar?

Se echó a reír como un loco y añadió que, si no mataba a aquellos niños, acabarían siendo rebeldes, como su padre.

Según la propia mujer, sintió que el suelo oscilaba bajo su cuerpo. Estaba convencida de que Dios haría que la tierra se tragase al *yanyauid* o que este ardería vivo por haber pronunciado semejante atrocidad. Pero el *yanyauid*, en un abrir y cerrar de ojos, le separó al niño la cabeza del cuerpo por completo y luego la arrojó lejos de sí mientras gritaba como un desequilibrado, como un poseso: «¡*Alláhu ákbar*!», con la intención de atrapar al hermano, que salió corriendo como el viento. Dispararon sobre él, pero desapareció. Unos pocos salieron en su persecución y, al no poder darle alcance, volvieron sobre sus pasos para acabar de agredir a la mujer. De repente uno de los *yanyauids* lanzó un alarido y cayó al suelo con una flecha en la garganta ante el desconcierto del grupo. Otros dos cayeron del mismo modo; los demás corrieron en todas direcciones para ver de dónde venían los disparos y fueron cayendo uno a uno. Sin saber qué otra cosa hacer, comenzaron a disparar sin ton ni son. Así, hasta que uno de ellos señaló el punto de donde venían las flechas. Formaron un grupo que fue hacia el promontorio, mientras algunos se quedaban a socorrer a los heridos y librarlos de los proyectiles. Uno se volvió hacia la mujer y la despojó de su ropa a punta de cuchillo. Luego, y con la ayuda de algunos, le ató un pie al azofaifo y otro a una estaca que clavaron en el suelo, y comenzó a violarla mientras ella se desgañitaba y se resistía como podía, mordiendo, pateando, clavando sus afiladas uñas, escupiéndoles a las caras. Un segundo ocupó el lugar del primero y luego siguió un tercero. Volvieron los demás, tan frustrados que uno quiso matarla de un tiro, pero otro lo detuvo agarrándole el arma y diciéndole que la muerte sería un descanso para ella: «Déjala que se vaya a vivir al

campo de Kalma, ni viva ni muerta, sin marido ni hijos, sin padre ni madre, sin casa, sin aldea y sin honra». Uno de ellos sacó de la bolsa que llevaba en bandolera la cabeza de su esposo y dijo que iba a dejarla colgada de la puerta de la casa para acabar de vengarse, pues él le había matado a dos hermanos con sus flechas envenenadas. De la misma bolsa tomó un pedazo de carne cruda y lo mordió. Era el hígado del *ambaya*. «¡Mataré a miles de millares de *ambayas*!».

Y prorrumpió en sollozos. Era un hombre delgado y alto, tan seco de cuerpo que casi se le veían los huesos. Como todos los *yanyauids*, emanaba un olor a pelo de camello mezclado con *áraq* de dátiles y *merisa*, además del aliento pútrido de quien nunca se limpia o se lava los dientes, costumbre según ellos nada propia de los hombres. El pelo se le amontonaba en la cabeza como si fuesen malas hierbas del otoño y tenía los ojos pequeños y rojos, hundidos en las órbitas, como dos brasas; más parecía un lobo que un ser humano. A pesar de que aún lo consideraban un recién llegado, había sabido medrar ante los mandos operativos en Darfur. Tanto que ya formaba parte de la exigua minoría de *yanyauids* que podía sentarse, mantener diálogo y compartir un delicioso asado con el coordinador de las tropas de los *yanyauids* en el gobierno, un célebre político, de personalidad desconcertante y gran agudeza mental, y muy violento. Ello se debía a los rasgos que adornaban a aquel *yanyauid*, que se contaba entre quienes creían en la causa, movilizaban por ella a sus seres más cercanos y obedecían las órdenes. Jamás vacilaba en dar muerte al ser que hiciese falta, fuera humano o animal, sin parpadear, sin temblores ni remordimientos. Sin embargo, tenía la lágrima fácil cuando moría algún pariente o conocido, o incluso si enfermaba alguien cercano y por leve que fuese la dolencia. Le tenía un extraordinario pavor a la muerte y todos eran conscientes de lo contradictorio que aquello resultaba, dada su personalidad. Nadie sabía cómo explicarlo. Sus superiores no consideraban que esto fuese una grave tacha, pues él siempre cumplía a la perfección con cuanto se le encomendase. Le habían puesto un sobrenombre, Abu Dayyana, cuyo sentido e implicaciones siempre se le escaparon al interesado, si bien le aclararon que

correspondía a uno de los Compañeros del enviado Muhámmad (a quien Dios bendiga y dé la paz). Su nombre real, el que le puso su padre, era Yirbiga.

De modo que Yirbiga lloró un buen rato. Luego tomó su rifle y se fue, desapareció en el desierto. Nos encontraremos con él, con Abu Dayyana, o, si se prefiere, Yirbiga Yulbag, en algún otro vericueto de la presente historia. Acaso haya incluso ocasión de conversar largo y tendido con él en Nyala, a orillas del *wadi* Birli y a la sombra de unos encantadores guayabos, no muy lejos, por cierto, de la casa de la tía Jarifía. Eso, claro está, si es que llega a salvarse de la artera emboscada que le estaban tendiendo el combatiente Sharún y sus camaradas Abderrahmán y Shikiri Toto Kuwa mientras Yirbiga conducía las tropas de *yanyauids* hacia el monte Abu Kardús para acabar con el Mesías de Darfur, o, como lo llamaba Yirbiga en su habla propia: «El profeta más que embustero».

La dejaron amarrada, le escupieron en la cara y se marcharon. Antes se habían apropiado de cuanto podían llevarse, incluida la ropa interior y el calzado, los utensilios de cocina y los antiguos canapés de piel de vaca; le habían arrebatado a su madre el diente de oro, el fino anillo de plata, el collar de abalorios que no valía nada, junto con la estera de palma que usaba para orar y la jofaina de barro. El cuerpo inerte de su hijo yacía cerca de ella, la cabeza cortada e hinchada, un poco más allá. Quiso tocarla, como si con ese gesto pudiera consolar al niño o aliviar sus dolores. No le parecía que estuviera muerto, sino solo echado y con la cabeza separada del tronco, hinchada y llena de sangre coagulada por la parte del cuello. Sentía que el niño la necesitaba más que nunca. La anciana, su madre, a su derecha, reposaba en su muerte feliz; cuanto más se le hinchaba el cuerpo más sonreía. El calor del sol levantaba hedor de los cadáveres y a ella le achicharraba el cuerpo desnudo; le costaba mucho quitarse las moscas de la cara y los ojos. La imagen de su hijo Muhámmad tratando de huir no se le borraba de los ojos. No sabía si lo habrían matado, si habría conseguido salvarse, aunque ¿cómo habría podido salvarse? Elaboró multitud de escenas posibles de salvación, pero todas acababan en tragedia. Estaban en medio del

desierto, en las espesas arboledas circundantes, donde no faltaban animales feroces, y su hijo no corría más que los caballos de los *yanyauids* y los Land Cruiser del ejército gubernamental. Lo vio en todo lo alto, en el cielo, volando con sus alas de grandioso cuervo mítico; pero un helicóptero gigante lo destrozaba, dispersaba su carne y su sangre, mezcladas con sus hermosas plumas negras y el estruendo de las hélices, y las plumas, ligeras y suaves, le cubrían a ella el cuerpo desnudo y la ocultaban a los ojos de los lobos hambrientos. Pasó el largo día abrumada por aquel tormento, y luego cayó la noche junto con sus espectros y sus muertos, que caminaban por todas partes, junto con los malos sueños. Por primera vez en veinte años oía aullidos de lobos. Su marido había matado a un montón de *yanyauids*; quería creer que a más de cien, o incluso que los había matado a todos, como le dijo en sueños, cuando la venció una breve pero pavorosa modorra. No sabía cuándo se quedó dormida, o si había permanecido en vela, o si había llegado a morirse unos instantes, o si seguía viva.

A la mañana siguiente, muy temprano, vinieron los *jauagas* blancos y los africanos, caídos del cielo, brotados de la nada. Cautos como ladrones, trabajaban en silencio y con orden. Tomaban fotos a toda prisa, garabateaban en sus cuadernos, llamaban por teléfono a sus organizaciones y se expresaban siempre en sus jerigonzas. Cuando la vieron, se congregaron en torno cual jauría de lobos o compañía de ángeles. La pena y la conmiseración se les traslucía a todos en la cara y también el miedo, el miedo a algo indefinible, misterioso, más ignoto que la muerte. Le tomaron muchas fotos; la registraron al detalle, a ella y los cadáveres que la rodeaban con sus cámaras de vídeo. Hablaron una y otra vez en sus lenguas incomprensibles, pero no se acercaron a ella en ningún momento, como si temieran que una cobarde mina satánica explotara en cuanto alguien la rozase. Seguían trabajando con la prisa y el cuidado de quien entra a robar en un sitio extraño y se encuentra con un tesoro guardado por un demonio o por un *gul* que aparecerá en cualquier momento. Le hicieron varias preguntas que uno le tradujo a su lengua. Ella estaba casi inconsciente y no contestó. Le

parecían espectros de colores, rojos, amarillos, negros, verdes. Quería que la dejasen tranquila ya, que le dieran una aspirina para aquella jaqueca. ¡Cómo le dolía la cabeza! Parecía que le iba a estallar. ¡Y qué cansancio tan grande! ¿A qué esperaban? «Quiero agua. ¿Sabéis dónde está mi hijo Muhámmad?». De repente desaparecieron, dejándola como estaba, como si fuesen espectros, meras fantasías. Oyó un helicóptero que se alejaba poco a poco. Tenía la certeza de que la esperaba la muerte, pero no solo no la temía, sino que la deseaba a cada instante. A su alrededor bullían los fantasmas de su madre, de su marido, de sus dos hijos, pero eran incapaces de espantarle las moscas de los ojos y la boca o de darle un vaso de agua; hablaban en voz alta, más bien gritaban, y golpeaban el aire. Hasta que fueron desapareciendo, todos menos su hijo Muhámmad, que se quedó por allí, cerca de ella. Ahora no lo veía, pero lo sentía, percibía su aliento, oía los latidos de su corazón como un tableteo.

Al cabo de poco menos de una hora, que pasó entre alucinaciones y dolores, llegó el ejército del gobierno. Lo llenaron todo de ruido y alboroto; la liberaron con prisas temerosas y le dieron a beber agua salada. Como no encontraron nada con que tapar su desnudez, se mostraron tan incómodos como si fuesen ellos los que estaban en cueros en medio de una muchedumbre y se acabaran de dar cuenta. Le preguntaron si había visto forasteros, *jauagas* blancos o africanos, extranjeros en general. Ella repuso:

—*Yanyauids.*

—Sí, sabemos de los *yanyauids*, pero queremos decir después de que se marcharan. Aquí hay indicios de la presencia de otros; puede que trajeran cámaras fotográficas o algo parecido, venían quizá de uniforme militar, pero acompañados de compatriotas nuestros, agentes suyos, de civil; hablaban seguramente lenguas extranjeras y les traducían los sudaneses a su servicio, ¿verdad? ¿No habrá oído usted nada de lo que decían? ¿Y algún helicóptero?

Lo que quería ella saber era a dónde había huido su hijo Muhámmad: ¿se salvó o lo alcanzaron? Lo que hicieron ellos fue buscar por todas las casas que habían quedado en pie y no

encontraron ni un vestido u otra prenda de ropa, ni una tela con que cubrir su desnudez. Uno propuso que la remataran y la enterrasen con los dos cadáveres: así se librarían del problema para siempre, pero unos soldados de Darfur rechazaron la idea. Al final otro se quitó parte del uniforme y se lo puso a la mujer. Ya le pondrían ropa de mujer en cuanto llegaran a Nyala.

(Enterraron al niño y a la abuela en una misma tumba, que cavaron en lo alto del promontorio desde donde su marido había resistido y dado muerte a nueve de nosotros, los *yanyauids*, con sus flechas envenenadas. En una gran fosa común enterramos a nuestros nueve héroes caídos; antes los identificamos, anotando lo fundamental, y los de Información les sacaron fotos. Como solíamos, limpiamos el campo de batalla de todos los indicios que podían causar complicaciones o abrirles el apetito a los agentes de quienes se autotitulan observadores internacionales y que nosotros llamamos «perros de las Naciones Unidas». Siempre están olisqueando y lanzando acusaciones a granel y al por mayor. Quieren guerras sin muertos ni desplazados, como si eso no fuera contrario a la naturaleza de las cosas. Quemamos la casa y lo que quedaba de las que no habían ardido para que no volvieran quienes las habían habitado con la intención de crear conflicto).

Permaneció ingresada en el hospital militar cerca de dos semanas, en lo que tenía las trazas de reclusión política, hasta que por fin volvió de la muerte. Cuantos la interrogaban le preguntaban lo mismo y ella les daba siempre la misma respuesta, que traducían soldados de su mismo clan:

—Estaba muerta, no me daba cuenta de lo que ocurría a mi alrededor.

(Al quedarnos claro que una mujer con la memoria tan dañada no

suponía ningún peligro, la pusimos en libertad en el campo de Kalma, un mundo donde bien podía olvidar hasta su nombre, después de haberle proporcionado ropa nueva y limpia, además de efectivo suficiente para varias semanas, y tras explicarle en detalle, con claridad y en su habla propia, que no debía irse de la lengua con ningún extraño si recordaba algo de importancia. Podía ponerse en contacto con nosotros en cualquier momento si necesitaba ayuda).

La tía Jarifía se dijo:

—¡No hay justicia, no hay hombría ni humanidad, no hay nada!

La mujer flaca y alta hablaba para sí misma o para un público indefinido, invisible, mientras se alejaba de la tía Jarifía. Ya estaba otra vez iniciando su historia, dirigida a otra persona. Los niños corrían tras ella y relataban, a veces adelantándosele, los detalles de sus recuerdos. Imitaban el sonido de las balas, las voces y gritos de los *yanyauids* cuando recibían el impacto de las flechas, los chillidos de los hijos de la mujer y cómo corrió Muhámmad para escapar, el ademán del *yanyauid* que arrojó la cabeza cercenada al grito de «¡*Alláhu ákbar*!»… Ejecutaban asimismo la danza que llamaban «la *saqría* del presidente»[11] a los sones de una música inaudible o marcando el ritmo con sus bocas y lenguas infantiles. A veces la mujer los apartaba de su camino tirándoles piedras, gritándoles o amenazándolos con pegarles. Pero a menudo, cuando estaba serena, los dejaba actuar a su antojo, o incluso se apoyaba en ellos como si fuesen un coro espontáneo o la música incidental de sus historias, y los recompensaba con las golosinas que guardaba en el bolsillo para dárselas a sus hijos el día en que los encontrase, vaya usted a saber dónde, hambrientos o desplazados.

Acaso nadie sabía, ni la misma mujer, que solo se encontraría con su hijo, el que huyó de la matanza, cuando ella misma se uniera a lo que el Mesías de Darfur y sus seguidores llamaban «el Cortejo». Al niño entonces no le harían falta las golosinas reservadas, pero sí el pecho cariñoso de la madre. Aunque tal vez tampoco se necesitaran el uno a la otra porque según el Hijo del Hombre: «El

Cortejo es compensación de lo perdido y preciado anticipo de lo que vendrá».

La casa estaba vacía. Jarifía se quedó sola cuando la abandonó su último marido. Había pensado mucho en la muchacha desplazada, de familia y clan desconocidos, un desecho de la guerra, una forastera, como solían decirle. De no ser por su extraño nombre de varón y su conducta, aún más chocante en ocasiones, la habría traído a casa hacía tiempo, para que aliviase su soledad y le echara una mano con las tareas domésticas. Pero aquellas muchachas sin familia podían ser ladronas o llevar una vida que dañase la buena reputación de Jarifía, quién sabía si eran rameras. Pero seguro que Abderrahmán resultaría ser diferente. «Te va a venir de maravilla, va a ser tu amiga y tu hija, de ella no has oído más que lo mejor, es una bendición; ya te pidió que le dejaras pasar la noche en casa, aquella vez en que se le hizo tarde para volver al campamento de Kalma. No todas las personas son iguales, las hay buenas y malas…». Pero los vientos no estaban dispuestos a soplar a conveniencia de ambas y el preciso día en que Jarifía se decidió a recoger a Abderrahmán en su casa de manera indefinida, fue a aparecer en Nyala el *bartabarta*, un ser que a la luz del día parece una persona normal y corriente, salvo porque se pasa el día entero durmiendo. Pero a la noche, sobre todo si es de luna, se transforma en una bestia extraña y feroz. Tiene seis patas y garras como las de un oso, el cuerpo cubierto por espesa lana; emite una suerte de ladridos, como los de un perro, aunque la cabeza y el hocico recuerdan a una hiena. Cada noche se come a un ser humano, lo devora entero: la carne y los huesos, y luego lame toda la tierra donde se haya vertido la sangre, de modo que no deja ni el más mínimo resto. No es posible matarlo disparándole ni con arma alguna en cuya factura intervenga el metal, tal como ha probado la experiencia; solo le tiene miedo a un buen palo hecho de las ramas o el tronco de algún árbol, si bien esto tampoco lo mata. Los habitantes de Nyala comenzaron, pues, a temerse unos a otros y más aún a los extraños, a quienes trataban de evitar a toda costa. También los extraños, por supuesto, le tenían miedo al *bartabarta*, pero se veían obligados a pasar la noche al raso porque nadie los

acogía en casa. Velaban hasta el alba armados de palos y dispuestos en todo momento a afrontar al *bartabarta*, que podía acometerlos cuando menos se lo esperaran. Durante el día tenían tanto sueño que se quedaban dormidos donde les pillara, lo cual llevaba a todo el mundo a desconfiar de ellos, ya que parecían verdaderos *bartabartas*. No lo tuvo fácil, pues, Jarifía para acoger a Abderrahmán, que bien podía ser el *bartabarta* que la devorase la primera noche, nada más llegar. Solo por ese motivo tardó en llevársela a casa. Le hacía muchísima falta alguien con quien hablar, con quien intercambiar pareceres sobre la gente y la vida. Tenía la cabeza llena de historias retenidas que no deseaba convertir en hablillas de vecinas ni contárselas a cualquiera, pues estimaba que debían permanecer en lo privado.

Al final la tía Jarifía tomó una decisión. No trató de ir en busca de Abderrahmán, pues sabía que esta había optado por la guerra y seguido su camino. Ella, por su parte, se dirigió al monte Abu Kardús, donde Aisa, el Hijo del Hombre, enseñaba la Palabra y preparaba a la gente para el Cortejo.

Profeta busca quien no crea en él

Para que su argumento sea perfecto, un profeta precisa tanto a quienes no creen en su mensaje como a los que sí, y durante una etapa necesita que haya también quien le haga daño, quien lo mate incluso. Hasta los falsos profetas anhelan el golpe de gracia. Mirando con fijeza a los ojos de los soldados rabiosos, él les dijo:

—A mí no me hace falta nadie. Tan inútil me es la fe del creyente como el descreimiento de quien no me tiene fe. Quien no cree en mí tampoco cree en sí mismo, puesto que yo soy toda la creación, y el creador no es diferente. Quiero decir que yo soy cada uno de vosotros.

Los soldados se dijeron en voz baja unos a otros que no entendían nada, y dirigiéndose a él:

—Háblanos en una lengua que entendamos o déjanos matarte con tranquilidad, que podamos volver a nuestros cuarteles. No eres más que un darfurí engreído.

Él añadió, con una amplia sonrisa en la boca, para mayor confusión de los soldados:

—Mi mayor problema son los que creen en mí; nada anhelo más que a los descreídos. ¿Sois vosotros los descreídos o sus nuncios?

Era un hombre normal, como tantos otros en la zona y recordaba a decenas de individuos. Llevaba una túnica a la iraquí que en origen fue blanca, pero que ahora iba adoptando el color arcilloso de la arena, de mangas recortadas, con la parte trasera ondulada por efecto del uso continuo y lo mucho que se sentaba con ella. Bajo la «iraquí» llevaba unos zaragüelles que le llegaban hasta

las rodillas y luego seguían hasta los tobillos transformados en pliegues de Tetoron. No se tocaba de turbante ni bonete, no gastaba gafas de sol ni reloj de pulsera. Tenía la cabeza tan lisa como si acabaran de rasurársela y era negro. Tenía unos ojos grandes y con el blanco inmaculado, que miraban con hondura y con fuerza; los valientes que pudieron mantenerle la mirada percibieron el sabor a sal marina y uno de los soldados aseguró haber sentido que se ahogaba. Más adelante Ibrahím Jidr Ibrahím dijo que, si en efecto había algo de profeta o de Dios en aquel hombre, sus ojos eran la prueba más contundente, tanto que cuantos lo trataban en persona acababan creyendo en él en alguna medida. Con todo, la incapacidad de mantenerle la mirada no implicaba desconocerlo; en él había otros secretos ajenos a sus ojos. Fuese como fuese, nuestro cometido no consiste en investigar dichos secretos, ni siquiera en confirmar o desmentir que fuera de verdad un profeta. No, lo que nos compete aquí es responder a las siguientes preguntas:

¿Era árabe o darfurí?

¿Su misión profética estaba al servicio de los fines del poder en Darfur?

¿Hasta qué punto?

¿Su misión profética era contraria al gobierno central de Jartum?

¿Beneficiaría a los rebeldes y a quienes nos odian?

¿O se trataba más bien de la mera impostación de misión profética e integridad religiosa, algún tipo de viscoso tejemaneje propio de derviches y místicos, que solo cabía verter en el mar de un yo megalómano, según la expresión del filosófico joven líder?

En el ánimo de quienes escogieron a Ibrahím Jidr Ibrahím para tan difícil cometido pesaba el hecho de que fuera un ferviente partidario del pensamiento republicano, el que inspiraba el profesor Mahmud Muhámmad Taha. Estaban convencidos de que ese modo de pensar se basaba más en la argumentación y la dialéctica que en las

realidades históricas y el legado religioso, y es un hecho que quienes reclaman para sí el don de profecía son más dados a la argumentación que los salafistas. «¿Qué perjuicio puede seguírsenos de que sea Ibrahím Jidr Ibrahím nuestro enviado al tal profeta, con quien puede practicar sus aficiones argumentativas? ¿No podría ser que de ese modo llegase a la verdad, si es que hay algo de verdad en ese derviche fingidor? A lo mejor es que está loco o sufre alguna enfermedad mental».

Una vez que los prisioneros del campamento de Sharún fueron liberados, se las arreglaron para traspasar, ahora ya con Ibrahím Jidr Ibrahím entre ellos, la peligrosa zona minada. Enseguida se toparon con el amplio curso de un *wadi* cuyo nombre desconocían, pues eran todos de fuera de Darfur, adonde los habían forzado a venir como reclutas, salvo aquellos que se habían visto obligados por sus circunstancias a adoptar la profesión de la muerte y el combate. Iban huyendo hacia adelante, sin saber hacia dónde los llevarían los caminos. Trataban solo de ir hacia el este, siempre el sol a la espalda, sin otra brújula que el propio sol, las sombras y el viento, impulsados por el instinto de supervivencia hacia la salvación, una meta de acceso desconocido. No cayeron en la cuenta de que no llevaban comida ni agua hasta que los vencieron la fatiga y la sed en las inmediaciones de lo que debía de ser una vieja aldea, que, como de costumbre, estaba totalmente despoblada. Sabían que tenía que haber agua cerca porque las aldeas se suelen fundar donde hay alguna fuente de abastecimiento, a no ser que los aldeanos se la procuren después. El problema era que, por causa de la guerra, las aguas de las aldeas abandonadas eran un verdadero peligro; podían estar envenenadas o no ser aptas para el consumo humano por los motivos naturales que fuesen. Los veintiún hombres gozaban todos de buena salud, se sentían optimistas y avanzaban en silencio, excepción hecha de algunas observaciones, rápidas y susurradas, sobre el camino que podían seguir y cómo avanzar con seguridad. Eran, por mejor decir, diecinueve hombres adultos y dos muchachos de dieciséis y diecisiete años, que habían ido a parar al ejército por culpa del servicio militar obligatorio. Como carecían de armas,

incluso de cuchillos personales, entraron en la aldea tomando toda clase de precauciones. Con el fin de encontrar agua, Ibrahím Jidr Ibrahím, los dos adolescentes y otros dos hombres se encaminaron hacia el vado, mientras que los demás fueron hacia el oeste, donde podía distinguirse una hondonada en la que crecían algunos árboles verdes, señal casi cierta de que había agua por allí. Habían quedado en que los primeros en encontrar algo darían el aviso con un silbido. Ya caía la tarde y el viento, que soplaba hacia el sur, les rozaba los rostros. No se oía más que el rumor de los árboles, agitados por suaves ráfagas que anunciaban lluvia y traían olores de un antiguo incendio. Las cenizas daban cuenta de la tragedia de quienes acabaron carbonizados en el lugar. Al poco tiempo, los dos muchachos oyeron un silbido y avisaron a los demás compañeros. Era un pozo profundo y oscuro, si bien se reflejaba algo de luz en el agua, que emitió sonidos amables al recibir el impacto de los guijarros. Así que había mucha. El problema era cómo alcanzarla, pues carecían de cuerdas, cubos u otros recipientes. Tampoco sabían si era buena de beber o si estaría envenenada.

El sargento Ali Ádam sugirió que podían utilizar los recipientes calcinados que había en los patios de las casas en ruinas, seguro que encontraban alguno que pudiese retener un poco de agua y con el que descenderían usando la escalera del pozo. Iniciaron la búsqueda en un solo grupo, de modo que todos pudieron ver a un varón y una mujer que los apuntaban con sus armas. El vozarrón del hombre les traspasó los oídos:

—¡Quietos ahí!

Ambos eran de mediana edad. La mujer, de apariencia saludable, llevaba un *thawb* campesino de colores y la cabeza descubierta; el hombre, delgado y bajo, de barba espesa y descuidada y largos bigotes, iba ataviado de un *yilbab* corto y bonete. En la mano tenía un arma automática que todos habían identificado desde el primer momento; la mujer portaba un fusil Kaláshnikov. Estaban los dos parados a distancia suficiente de los veintiún fugitivos, preparados para disparar. El hombre les mandó que se sentaran en el suelo con las manos en la cabeza y amenazó con abrir fuego contra

todos si alguno trataba de desobedecerlo.

Les indicó que uno solo de ellos debía contarle quiénes eran, qué hacían allí, a dónde iban y de dónde venían, y él mismo señaló a quien tenía que hablar. El elegido, un soldado sabio, de cierta edad, se puso en pie. Explicó que eran prisioneros fugados del campamento de Sharún. La mujer dijo:

—Entonces sois *yanyauids* del ejército.

El soldado repuso que no eran *yanyauids*, sino soldados regulares y unos pocos reclutas que estaban haciendo el servicio militar.

Al parecer, ni la mujer ni el hombre comprendían bien cuál era la diferencia entre los *yanyauids*, los militares regulares y los reclutas del servicio, o acaso no querían comprenderla porque el hombre gritó con ira:

—¡Sois todos *yanyauids*, criminales, asesinos! Habéis venido de todas partes de Sudán para matarnos. ¿Hay entre vosotros alguno de Darfur?

El soldado contestó, sin saliva en la boca:

—No.

La mujer avisó:

—En este lugar os ha llegado vuestro último día. ¡Ven por lo que es tuyo, Ángel de la Muerte!

Cuando sonó el primer disparo ninguno supo a quién le dio. Echaron a correr en todas direcciones mientras sonaba a sus espaldas el tableteo de las balas. Y nunca llegaron a averiguar quién resultó herido o muerto porque nunca más volvieron a encontrarse.

Ibrahím Jidr Ibrahím creyó que acaso solo se salvó él. No pudo mirar hacia atrás mientras corría con todas sus fuerzas impulsado por el miedo. Atravesó vados, una pequeña arboleda, una extensión de espinos e incontables superficies arenosas, hasta que por fin se silenciaron por completo las balas, o al menos es lo que él pensó. El sol se iba poniendo con extrema lentitud, emitiendo sus sanguinolentos rayos por el mundo; rayos que le recordaban las muchas matanzas por las que había pasado, tanto aquí, en Darfur, como en el sur de Sudán. De tantas matanzas se había salvado…, y ahora no sabía cuál sería la siguiente que le tocaría. Se encaminaba

de nuevo hacia el este, la única dirección que lo conduciría a algún campamento sudanés y no a una desconocida aldea habitada por algún espectro armado, como acababa de sucederle. Empeñó todo su coraje, todos sus sentidos en salvarse, lo que solo ocurriría si encontraba al ejército gubernamental, pues su tono pálido de piel era el de los *yanyauids*, y lo mismo cabía decir de su cabellera abundante y desordenada y su barba hirsuta, rasgos todos que le hacían parecer un *yanyauid*. Nadie aguardaría hasta descubrir la belleza y el amor a la humanidad que abrigaba su corazón. Nadie en aquel infierno tendría tiempo para escuchar su historia: que lo habían arrojado en medio de aquella guerra, que no sabía disparar un fusil por más que llevara diez años en el ejército, que el único modo de autodefensa que conocía era echar a correr. Y avanzando siguió hacia el este con rapidez y determinación. Encontró una vara seca que decidió usar como bastón; le podía ayudar a caminar y lo protegería del ataque de alguna serpiente o de cualquier bestezuela que pudiera salirle al paso. Un páramo yermo se extendía ante él hasta el infinito, pero en la distancia, entre las rieras, divisó copas de árboles verdes; las matas de la última estación lluviosa parecían crecer por doquier, amarillentas o pardas. Los últimos rayos del sol permanecían en el horizonte mientras se presentaba una pesada sombra que comenzaba a dominarlo todo a su alrededor, cayendo viscosa y suave como el aceite. Una sombra que no acababa de gustarle, pues, si bien le evitaría el peligro de los enemigos que estuviesen acechándolo, también podía ocultar otros horrores aún más temibles. Sin saber por qué, en aquel preciso instante se le vino a la memoria la imagen del profesor Mahmud Muhámmad Taha, de su hermosa y profunda sonrisa cuando se dirigía al cadalso. Aquella combinación desbordante de tragedia máxima y alegría suprema, la mezcla entre el fuego y el aceite en el mismo recipiente sin que ni el aceite ni el fuego dejen de ser lo que son. La sonrisa le dio un valor inesperado coincidiendo con los comienzos de la oscuridad absoluta, pues la luna aún tardaría en aparecer dos horas por lo menos. De pronto distinguió una luz tenue, muy remota, y más tarde luces dispersas que se acercaban poco a poco. Bueno, era él quien se movía, como

cuando en sueños uno avanza hacia una meta desconocida. Podía ser una ciudad pequeña, una aldea que se habría librado de una matanza, pero había que descartar un campamento militar, ya que los campamentos suelen quedar en la oscuridad total. Cuanto más se aproximaba al lugar de donde provenía la luz, mayores eran sus miedos. Podía encontrarse con una patrulla del gobierno o con cualquier grupo de civiles, de esos que disparan a muerte antes de averiguar quién es la víctima, en el caso de que a alguno lo moviese el afán de saber… Lo mejor sería pasar la noche por allí y a la mañana evaluar la situación, aunque ¿cómo iba a poder dormir a la intemperie, con el cielo por cobertor y la arena por almohada? Por su cabeza rondaban ideas dispares. Había perdido el contacto durante años con su familia, que ignoraba cuál era su paradero; acaso lo creían más que muerto. La última carta, que les envió por medio de la Cruz Roja, era muy larga y, de no ser por la escasez de papel, les habría escrito mucho más. Podría haber llenado millares de hojas, pero los miembros de la Cruz Roja tenían otros quehaceres al margen de su correspondencia personal y no podían esperar durante días a que escribiese una carta tan larga como deseaba. Sintió que hablaba con cada uno de ellos, percibía el aliento de su respiración y los gestos de sus caras, oía sus consejos. Con el bolígrafo en la mano podía enjugar las lágrimas de su madre, quien lo veía muy abatido:

> Estoy en un campamento bastante seguro, la guerra ni se nota. Dentro de poco se aplicará el acuerdo de paz y podrán volver los prisioneros. Iré directamente a Kasala. La comida es abundante y la verdad es que no tenemos nada que hacer salvo dormir y jugar a la baraja. Mamá, puedes estar tranquila, no te inquietes por nosotros. Me gustaría tener noticias de mi hermana Ámal, que se habrá graduado en la universidad hace años, ¿no? Papá, escríbeme…

Seguía acercándose al origen de la luz cuando pensó en las minas

personales, pues las habría si aquella era zona militarizada. De cualquier modo, tendría que caminar durante más de una hora para cubrir la distancia, que no bajaría de los diez kilómetros, y en este mundo no faltan los peligros. Sintió que los piojos le corrían por la espalda; sabía que se había vuelto demasiado sensible, que se angustiaba enseguida. En el frente había aprendido mucho, ahora sabía convivir con la suciedad, no cambiarse de ropa, aun sin lavarse, durante meses hasta que se le hacía jirones sobre el cuerpo. Había aprendido a salvarse de la muerte, ahora era un zorro astuto dando caza a la vida. Seguía teniendo en la memoria el momento en que lo atraparon, a las afueras de Jartum, hacía ya más de diez años, que había pasado en el campo de batalla sin ser un auténtico militar, llevando munición a la espalda, tratando a los heridos gracias a la experiencia práctica que había adquirido por sí solo. Caminando como hipnotizado, muy resuelto, comprendió algo importante: la luz procedía de grandes focos sujetos por postes colocados con regularidad, un total de veinte focos. Perfecto, eso significaba que no se trataba de un aeropuerto de algún grupo aislado, sino que pertenecía a las fuerzas de la misión de la Unión Africana en Sudán. Solo ellos disponían de tanta energía, y la empleaban porque nadie teme más que ellos la oscuridad de Darfur.

No le dieron la bienvenida, pero tampoco dispararon contra él. Cuando le pidieron que se fuera de allí, él contestó que venía huyendo de los rebeldes que comandaba Sharún. Le dijeron que, como no tenía pruebas de ello, no podía quedarse. Podía dirigirse a la aldea cercana, a solo cinco kilómetros hacia el oeste. Allí debía entregarse a la policía, que se ocuparía de él.

—Aquí no tenemos sitio para fugitivos, desertores ni otros; nos ocupamos de observar y elevar informes.

—¿Cómo se llama la aldea?

—La policía te dará la información que te haga falta.

Aunque el intérprete se comportaba como si fuese una máquina de hablar y nada más, había algo en su expresión que no dejaba a Ibrahím Jidr Ibrahím nada tranquilo. Sabía que el motivo era su piel pálida y su cabello revuelto; de no ser por su habla, todo el mundo lo

habría tomado por uno de los *yanyauids*, que se expresan en árabe de Níger (lo que se conoce como *dáyar* y normalmente requiere traducción al árabe sudanés). El habla de Ibrahím era, sin embargo, la de Sudán central con cierto acento oriental. Estaban parados a cierta distancia de él, con las armas prestas. Su miedo saltaba a la vista.

—No puedes quedarte aquí. Ve a la aldea. Está muy cerca y tienen una comisaría abierta las veinticuatro horas.

Estaba exhausto, tenía hambre y sed. Los policías fueron más compasivos, pues le dieron agua y los escasos restos de su cena. Le hicieron las correspondientes preguntas, pero lo metieron en una celda a la espera de confirmar a la mañana siguiente la información que les había pasado. «Puedes dormir». Le ofrecieron una estera de palma, una manta militar algo raída y un buen consejo: «No pienses en escapar, todos los que han huido han muerto».

No soñó con nada en concreto, sino con el mundo entero. Soñó que por fin se salvaba y volvía a su patria chica, Kasala, junto con su madre, su padre y sus vecinos. Todos sus conciudadanos se habían congregado desde la entrada a la ciudad en adelante para celebrar su regreso. Los niños, las mujeres, los obreros, los funcionarios, los beya, con sus cabellos rizados y sus vistosos chalecos negros, azules y blancos. Los soldados del gobierno formaban una sola y larga hilera, precedida por un gaitero. El Profesor estaba de pie bajo una enorme lila de la India, con una amplia sonrisa en la cara y un libro en la diestra; llevaba un yilbab blanco y, encima, un elegante manto talar. La ciudad entera iba a bordo de una nave enorme, un Arca de Noé repleta de extrañas criaturas de gran tamaño. Las olas la llevaban por el cielo, que surcaba tan ligera como los barquitos de papel que él hacía de niño en la escuela. Hubo luego un repique de campanas, muy grandes, que resonó por todo el mundo. Era el policía, que abría la puerta de la celda acompañado de un miembro del servicio de información militar. Al oír pronunciar su nombre despertó sobresaltado. El de Información se reía como un descosido mientras alzaba a Ibrahím con las dos manos:

—¡Arriba, perro!

Era su buen amigo Qaddura Ishaq, con quien había trabajado en al-Fásher. Una vez habían conseguido librarse por los pelos de que el Movimiento de Justicia y Equidad[12] los hiciera prisioneros, e Ibrahím le había curado dos veces heridas de combate.

Al oficial responsable de la zona, un joven comandante, le dijo que lo único que quería era volver con su familia. Ya llevaba diez años en el frente, se había expuesto a la muerte más de veinte veces, y en dos ocasiones lo habían hecho prisionero. Ayer mismo estuvieron a punto de acabar con él los dos espectros. Quería ver a su padre y a su madre, quería casarse y tener hijos como los demás. «Yo no soy un guerrero, no soy enemigo de nadie ni deseo realizar una hazaña». Llegó incluso a confesarle con total sinceridad que no había ninguna causa por la que estuviera dispuesto a luchar. No quería ser un caído ni un héroe. Lo que estaba diciendo, sin decirlo, era: «Tácheme usted de cobarde, pero mándeme con los míos».

El oficial, que era persona bondadosa, le aseguró que simpatizaba con él de corazón y sin restricciones, pero que no había modo de trasladarlo a Nyala ni a ninguna otra ciudad. Estaban casi sitiados, los aviones les lanzaban comida desde el cielo, sin poder aterrizar. Le pidió que esperase. «Acaso muy pronto podrás respirar de alivio, ya verás como sí. En el horizonte se vislumbra un acuerdo de paz impulsado por Dubái; China y Rusia apoyan al gobierno y están presionando a los rebeldes».

El argumento no le pareció de peso, sabía que los acuerdos de paz no son más que treguas que dan paso a choques más violentos. Su decepción era muy grande, a pesar de que ahora llevaba ropa nueva y limpia y se había bañado dos o tres veces. Tiró su ropa vieja, con sus piojos y sus pulgas, a un cubo de desperdicios, le prendió fuego y se quedó mirándola hasta que se redujo a cenizas. Sabía que el comandante simpatizaba con él, pero también sabía que había otras batallas asomando en el horizonte, las que precedían a los acuerdos de paz, pues los dos bandos querían llegar a la negociación en una posición de fuerza, ejercer sobre el contrario presión en todos los aspectos: los nervios, la moral, la economía (por medio de sobornos), lo puramente militar en el campo de batalla, e imponer

así su punto de vista y lograr las mayores ventajas. En eso consistía la guerra, tal como la venía experimentando desde hacía diez años. Pensó que tenía que huir, ¿pero a dónde?

Lo destinaron al hospital de campaña como enfermero, paramédico o cualquier otro puesto de misericordia, dado que no deseaba portar armas. Pero llegó el telegrama urgente y el comandante, tras una reunión a puerta cerrada con los demás jefes de operaciones, lo llamó y le comunicó que se le encomendaba una misión urgente: cierto individuo se hacía pasar por profeta, afirmaba ser el Mesías o el Anticristo o algo de ese jaez, y a nadie mejor que a un seguidor del Partido Republicano podían enviar a debatir con un supuesto profeta, a nadie mejor que él. «Vas a ir tú».

Mis fieles y los descreídos

Ni los carpinteros ni, desde luego, sus ayudantes habían oído hablar del venerable carpintero Yúsuf, el prometido de Máriam, hija de Imrán, llamada Máriam la Virgen o la Madre, por serlo de Aisa[13]. Conocían, sin embargo, bastante bien a este, al individuo que se pretendía profeta, y se admiraban de las similitudes que había entre el individuo, su contemporáneo, y el Señor Aisa, el hijo de Máriam, al menos en lo relativo a los nombres de sus ascendentes. Estos podrían haber sido (sostenían algunos) los que indujeron a su paisano a presentarse como Aisa, hijo de Máriam, el célebre, en persona. El hecho es que su padre era el compañero de todos ellos, Yúsuf, hijo de Harún, el carpintero más diestro de Zalinguéi, especialista destacado en la fabricación de baúles y de esos nuevos armarios tan en boga entre mujeres, los «vestidores». Yúsuf había huido a no se sabía dónde hacía cosa de un año, más o menos cuando su hijo se autoproclamó profeta. Se rumoreaba que había huido con este a impulsos de la madre, quien había hecho público su apoyo a su hijo desde el primer momento. Por una extraña coincidencia, la madre de Aisa, el hijo de Yúsuf el carpintero de Darfur, se llamaba Máriam y pertenecía a una familia conocida en la ciudad. Su padre era el jeque Imrán, otra coincidencia, hombre adinerado, propietario de animales, descendiente de una tribu árabe que en el siglo I de la Hégira había abandonado la ciudad de Medina, la Iluminada, en la península arábiga, decían que por motivos políticos. Con cierta libertad y recurriendo a la imaginación, podemos proponer un nombre árabe antiguo para

dicha tribu. Podrían ser, por ejemplo, los Beni Nadir. El jeque Imrán, que se dedicaba también al comercio fronterizo entre Chad y Sudán, pasaba casi todos sus días en la aldea de al-Tina; mientras que sus hermanos, Harún y Musa, habían emigrado a Dar al-Sabah, que es como decir al centro de Sudán, a la parte de Jartum, y se habían convertido en dos célebres mercaderes en Suq Libya, uno de los distritos de Omdurmán.

Los carpinteros y sus ayudantes asistieron al excepcional debate que tuvo lugar entre Ibrahím Jidr Ibrahím y quien a sí mismo se llamaba Mesías e Hijo del Hombre. Pero, un momento. Antes de entrar en el diálogo, hemos de poner de manifiesto algunos hechos relativos a Ibrahím. Este acudía libre de prejuicios sobre aquel hombre: si era un farsante o decía la verdad, si era un profeta o dejaba de serlo, y pensaba que nada de esto importaba demasiado, pues a él no le correspondía entrar en el terreno de las libertades ajenas. Un individuo tenía pleno derecho a creer sobre sí mismo lo que tuviese que creer siempre que tales creencias no perjudicaran a nadie en absoluto. Y aquel no combatía a nadie, no atentaba contra las propiedades de nadie, no obligaba a nadie a creer en él. Todo lo contrario, en busca siempre de quienes descreyeran de él, decía:

—Bienaventurados quienes no creen en mí, porque se librarán de la verdad y yo me libraré de su amor.

Podemos afirmar que, al debatir con aquel hombre, Ibrahím partía de dos importantes consideraciones: primero, el deber de cumplir con la misión que se le había encomendado en tanto que recluta, y, segundo, su deseo de conocer las ideas de su interlocutor. Este era un objetivo de carácter humano, muy personal, que le concernía solo a él, pues Ibrahím ni estaba contra nadie ni hacía suya la prédica de nadie. Esto ha de quedar claro para todo el mundo: la libertad de uno mismo implica la libertad de los demás.

Todos tenían grandes esperanzas depositadas en aquel viernes, los militares, los carpinteros y sus ayudantes, los políticos que aguardaban junto a sus teléfonos las felices nuevas del jefe de operaciones y responsable de comunicarles que habían dado muerte y crucificado al farsante, a aquel autoproclamado profeta de quien

decían que era Aisa, hijo de Máriam. Tenían previsto reírse a sus anchas de satisfacción mientras se tomaban vasos rebosantes del magnífico *whisky* irlandés que importaban para ellos mismos con discreción absoluta, pues eran musulmanes comprometidos con el Mensaje, salafíes seguidores de la doctrina del imam Ibn Taymiyya. Eso, hacia fuera, claro, porque en privado eran depravados, viciosos, corruptos, embusteros y dados a la brujería, seguidores de la doctrina del ruso Rasputín.

Formaron un grupo y, como era de prever, se dirigieron hacia la gran *rakoba* que había en medio de la aldea. Eran conocidos de la gente de Darfur, si bien no pertenecían todos a la misma tribu o grupo étnico; había darfuríes de los zagaua, los masalit, los fur, etc., árabes de los falta, los taaisha, los habbania, los kuka de los Beni Hasan y otros. Nadie era capaz de distinguir entre unos y otros por su etnia, su color o su apariencia. O bien se parecían mucho de por sí, o bien fueron asemejándose unos a otros con el paso del tiempo, tanto que a muchos les resultaba imposible distinguir al Hombre de sus discípulos. Lo único que podía hacer la muchedumbre era señalar a la Bienamada Máriam, con su atuendo sudanés tradicional y sus vistosas trenzas sueltas, que le apartaban el *thaub* de la cabeza. Era hermosa, fina, pulcra.

Los carpinteros y sus ayudantes habían terminado las sólidas y siniestras cruces, que estaban en el pequeño lecho del *wadi*, sedientas de sangre, custodiadas por parte de los sesenta y seis soldados, mientras los demás realizaban unos últimos ejercicios y simulaciones para cumplir con su letal cometido en el caso de que el Hombre y los suyos se resistieran a ser crucificados o si cualquier grupo armado trataba de intervenir en el último momento para impedir que se ejecutara la orden, pues en la región no faltaban rebeldes, fugitivos y salteadores; por no mencionar a las Naciones Unidas y su ejército de gandules, que no andaba muy lejos. Tenían, pues, que disparar sin titubeos e impedir que les pudieran dirigir reproches. La *rakoba* era muy amplia, tanto que bastaba para darles sombra a todos ellos y a varias decenas más, y aún quedaba sitio para otras cien personas. Mejor dicho, bastaba para dar cobijo a cuantos

se pusieran debajo, sin que se sepa si se dilataba en el espacio y el tiempo, como el universo, o sencillamente había sitio para todos desde el principio. Algunos estaban sentados en el suelo, en medio de la *rakoba*, y los demás, sentados o en pie, circundándolos. Les miraban los rostros con atención, sin saber si debían darles crédito o no; hacerles caso omiso era mucho más fácil que aceptar la existencia de un profeta que, con sus discípulos, se hallaba a los pies de una montaña en un lugar perdido de Darfur. La gente, además, se planteaba cuál era la necesidad de un nuevo profeta. ¿No bastaba con los muchos que Dios había enviado ya? ¿Qué iba a traer de nuevo un profeta en el siglo XXI?

Ibrahím Jidr Ibrahím le preguntó:

—Has dicho que eres el Señor Aisa, el Mesías, en carne y hueso y no un mero predicador de su enseñanza, ni uno de sus discípulos, ni una reencarnación suya. ¿Pretendes ser entonces el Hijo de Dios?

Al Hombre le asomó a la cara una sonrisa franca, tomó un sorbo de *nasha*, que en Darfur se llama *umm yínguir* y suele prepararse con mijo, y repuso:

—Ahora mismo me estás viendo beber *umm yínguir*. ¿Y acaso necesita el Hijo de Dios comida y bebida?, ¿pasa hambre, tiene que ir a la letrina, abrevar del manantial como los corderos? Yo soy el Hijo del Hombre. Tú sostienes que tu padre es el señor de su casa, ¿no es cierto? Y dime, ¿la paternidad de Dios es como el señorío de tu padre? Es puro lenguaje figurado, nada más. Todos —añadió mientras se secaba el sudor de la frente— somos hijos de Dios. Este árbol es hijo suyo, este viento que sopla, esta niña, un grano de arena, esta brizna de hierba, ese pájaro, todos vosotros, los soldados, los carpinteros y sus ayudantes, los que creen en mí y los que no, todos somos hijos de Dios, que es nuestro Señor.

Ibrahím Jidr Ibrahím le preguntó:

—¿Has resucitado a los muertos y formado un pájaro a partir de una pluma?

El diálogo lo mantenían en árabe, en la variedad de Darfur, que la gente dominaba por aquellos parajes. El Hombre contestó con serenidad:

—Yo no trato de crear nada, lo único que hago es formar cosas: de un grano de arena una roca, de un poco de lana un cordero; todo consiste en decir: «llega a ser tal cosa», y ocurre. Cualquiera de vosotros podría hacerlo. No sé cómo ocurre, pero, si puedo mostrároslo, si puedo descubrir con vosotros el camino, todos vosotros seréis también capaces, haréis que ocurra con solo desearlo. Pero el Señor es quien creó y sigue creando. Yo no he hecho surgir de la nada a ninguna criatura, no he creado la pluma, no he hecho los cadáveres; estaban ahí, en la fosa común desde que los mataron los *yanyauids* y los enterró el ejército regular de Sudán. Es muy sencillo: yo conozco la Palabra que es preciso pronunciar y puedo hacérsela oír a las personas y a los demás seres, estén vivos o no, y la Palabra lo hace todo. Basta con que el Hombre diga la Palabra.

Un carpintero de edad avanzada que estaba sentado a poca distancia del Hombre se levantó y dijo en voz alta:

—Yo creo en ti.

El Hombre volvió a sonreír. Se pusieron en pie otros dos carpinteros y él reaccionó del mismo modo. Un soldado joven se unió a ellos, y lo mismo. Un *yanyauid* que había venido con el ejército dijo asimismo que creía en él, y el Hombre, sin que se le borrara del rostro la sonrisa amable, contestó:

—Te digo lo que ya les dije a los mercaderes en el Templo: más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un *yanyauid* entrar en el reino de Dios.

El oficial al mando les dio una resonante voz a los carpinteros que quedaban: tenían que hacer cruces nuevas para los que habían declarado creer en el Hombre y se habían unido a él. Y cada vez que alguien más afirmaba haber creído, el oficial les pedía que hicieran otra pesada cruz de madera, y así hasta que creyeron casi todos los que lo habían oído. Los pocos carpinteros que quedaban hicieron unas elegantes cruces para sí mismos, se las echaron a la espalda y proclamaron su fe en el Hombre. Luego, cuando el superior de Jartum llamó al oficial al mando, este le dijo:

—Me hace falta una cruz para mí mismo, una cruz grande y pesada.

El Ángel de la Muerte

Ibrahím Jidr Ibrahím no abominó del Hombre, pero tampoco creyó en él. Si se unió a sus seguidores, fue por afán de conocer; el Hombre ofrecía una excepcional materia de estudio que requería presencia continua y directa. Los carpinteros y sus ayudantes se pusieron enseguida a disposición del Hombre y pasaron a vivir pendientes de la bendición de sus enseñanzas y muchos carismas, que les concedía a manos llenas. Pero había algo más, que debemos comprender para hacernos cabal idea de las reacciones del gobierno de Jartum. En primer lugar, hemos de preguntarnos qué significaba para este la guerra que se libraba en Darfur. Esto es muy importante, ya que, para el poder central del Estado, a la guerra había que extraerle la pulpa y el hecho es que ya estaban sus frutos en sazón, listos para la recolección. Entre los objetivos estratégicos que se habían puesto en juego destacaba el desplazamiento forzoso de tribus cuyas tierras originarias serían ocupadas por contingentes traídos ex profeso de los Estados vecinos. Esto se había cumplido ya en un noventa por ciento y, lo que era aún más importante, sin que nadie supiese el porqué. En segundo lugar, el poder central había buscado y conseguido que la guerra en Darfur tuviese toda la apariencia de un conflicto entre dos colectivos, por imaginarios que fueran: los árabes y los «azules», o sea, los negros. Se trataba, desde luego, de dos bandos carentes de realidad y entre los que, por tanto, no podía haber ninguna guerra. En esas circunstancias, habría sido posible asumir la idea de un Mesías en Darfur si este hubiese anunciado que quería combatir o bien a los árabes de Darfur, o bien

a los negros, o incluso que estaba en contra de unos y otros a la vez, o, en todo caso, si hubiera mantenido una opinión clara respecto de la cuestión identitaria, tal como la habían tenido los muchos pretendidos profetas con reminiscencias de Aisa, el Jesús islámico, que aparecieron en Nyala a partir de 1921 con la finalidad de resistir al colonialismo inglés. Muy distinto era que se pretendiera profeta alguien que descendía, por parte de padre, de los que el Estado llamaba «negros», y por parte de madre, de los «árabes», que lo siguieran unos y otros, que detestase a los *yanyauids*, que se ganara la fe tanto de los militares como de los carpinteros y sus ayudantes, que con una sola palabra hubiera vaciado el valle entero de camellos y camelleros. Dicho de otro modo, aquel sujeto echaría a perder el depósito entero de la fruta en sazón, llenaría de gusanos la pulpa, que se corrompería en segundos. El gobierno envió una curtida tropa, compuesta solo por *yanyauids*, y puso al mando a un individuo extraño y violento, conocido como Abu Dayyana:

—Si sois derrotados moriréis, las tierras las recuperarán sus propietarios, y quienes sobrevivan de entre vosotros volverán a su país.

Eran *yanyauids*, aquellos precisamente a quienes el profeta Aisa había dirigido sus célebres palabras, que no entrarían en el reino de Dios, que más fácil le era a un camello colarse por el ojo de una aguja de coser. Y, como el Hombre no ignoraba lo peligroso de la situación y preveía las reacciones de los poderes temporales, les decía a sus seguidores, incluido Ibrahím Jidr Ibrahím, que eran los únicos que lo escuchaban:

—Os garantizo la vida eterna, pero no os puedo evitar la muerte ahora.

En otro momento les dijo:

—Os voy a proporcionar, a vosotros y a mí mismo, la ocasión de disfrutar del dolor.

Comprendían lo que estaba en juego, podían prever graves acontecimientos y los aguardaban con valentía y buen ánimo. Las palabras del Hombre las asimilaban con todos los poros de la piel, no solo con los oídos. Las oían las personas, los animales y los seres

inanimados, y no tenían otra opción que obedecerlas, que creer en su contenido, porque todo cuanto él decía era la Verdad misma. La Verdad, que jamás se había podido hallar tan libre y absoluta en el mundo físico como hasta entonces. Por eso repetía:

—¡Cuánto añoro a quienes no creen en mí!

El Hombre, o Nuestro Señor el Mesías, o el profeta Aisa, o el Mesías de Darfur, o, si se prefiere, el falso profeta según los políticos y hombres de religión, era una persona corriente. Era el mayor de los hermanos en una familia pequeña; su madre era Máriam, hija de Imrán, y su padre, Yúsuf, un carpintero bastante conocido en Zalinguéi. Ni él mismo sabía cuándo se dio cuenta de que era un profeta, o al menos de que era diferente, antes de que lo advirtiera su primo y casi hermano Yahia[14], quien observó que Aisa podía hacer lo que otros no podían y que los niños de su edad no comprendían sus palabras. Remontémonos a lo que Yahia llamaba el incidente del *wadi* Birli. Este es un pequeño curso de agua estacional adonde van a parar los manantiales del sur y el oeste de Nyala, y la fuente principal de aguas subterráneas en la ciudad. Además, el *wadi* es motivo de disfrute personal y asueto para todos los habitantes de Nyala. Allí tiene lugar cada año un festejo espontáneo. Hombres y mujeres se reúnen para bañarse con toda su ropa y adornos puestos. La exhibición pública de la desnudez se consideraría un grave menoscabo, un verdadero escándalo que no podría borrarse de la memoria de los lugareños. Esto no alcanza a los niños varones, cuya desnudez es normal y tolerada.

—Estábamos mi hermano Aisa y yo —recuerda Yahia— como todos los demás, tratando de disfrutar de las aguas, pues era muy raro que corriesen con tanta abundancia. Aquello solo duraba unas pocas horas del día, cada estación, antes de que las arenas se las tragasen. Debíamos de tener unos doce o catorce años; yo era dos mayor que él, a pesar de que su madre le llevase dos también a la mía, pero esta se había casado antes. Su madre era Máriam y a la mía la llamaban Máriam Kuya, pues *kuya* significa «pequeña» en el habla de los fur, entre quienes vivían nuestras familias, aunque ninguna de las dos descendía de los fur, sino de los kuka de Beni

Hasan, que son de origen árabe. Bueno, mi padre sí que era de los fur y el suyo, Yúsuf el Carpintero, de los masalit. Estábamos, pues, disfrutando del baño, ocupados en agarrar los objetos que las aguas traían de las aldeas que habían cruzado o los matorrales arrancados de cuajo. De repente observé que las aguas turbias, llenas de limo y restos vegetales, se aclaraban de tal modo que quedaban puras, brillantes como la plata, en los espacios por los que Aisa se movía y en torno a él, formando así un extraño halo de más de dos metros de diámetro. Él se quedó tan asombrado como yo, se asustó incluso. Cada vez que se desplazaba, el halo se movía con él, y las aguas se serenaban y purificaban, quedando como la plata. Sin darnos cuenta de lo que hacíamos, echamos a correr hacia la casa, que no estaba lejos del *wadi*, detrás de la plantación de mangos, por donde vivía Jarifía, que era mujer muy conocida por aquellos lugares. Nos topamos con Máriam, la madre de mi primo Aisa. Llegábamos con la respiración agitada, las manos temblorosas, los labios y la lengua secos. Entrecortándonos, muertos de miedo, le contamos lo ocurrido. Ella dijo muy seria, con brillo en los ojos: «No se lo contéis a nadie, olvidadlo». Luego, cuando me quedé a solas con ella, me susurró al oído: «Nunca dejes solo a tu *hermano*, que te tenga siempre a su lado».

Después de aquel episodio, Aisa vivió una infancia tranquila en apariencia, pero lo cierto es que oía voces, veía y tocaba objetos extraños, tenía tales experiencias que, si se las hubiese contado a cualquiera salvo a su madre, lo habrían tachado de loco. Lograba cuanto quería: pensaba en dinero y lo tenía en la mano; soñaba con comida apetitosa y se la servía su madre, que no era rica ni mucho menos; jugaba con los niños y siempre les ganaba; se desplomaba el aula de la escuela sobre los alumnos y él era el único que escapaba sin que lo rozara el polvo; si faltaba a clase, les echaba un vistazo a los esquemas e imágenes que pendían de las paredes y sabía todo lo que se había dicho y lo que no. Había que reconocer que Aisa recibía ciertas atenciones personales dispensadas por alguna fuerza superior. Un ojo secreto, cariñoso y puro velaba por él.

Su tía, Máriam Kuya, la madre de Yahia, dijo una vez:

—Aisa nació sabio, no le hacía falta la escuela.

Su madre, Máriam, temía mucho por él. Todo y todos le daban miedo, incluido Yúsuf, el padre, de modo que al hijo le pedía que no lo tuviese al corriente de lo que le ocurría; solo debían saberlo ella misma y el primo Yahia. Temía que Yúsuf se asustara si llegaba a enterarse de aquellos hechos asombrosos. Tenía la extraña sensación de que aquel muchacho solo la concernía a ella. Nadie tenía derecho a inmiscuirse, ni siquiera su padre, que tanto lo quería, y se empeñaba en que Aisa la acompañara a todas partes, a las bodas y entierros, a recoger leña, a ganarse un jornal labrando tierras de la aldea. Por eso los otros niños, sus amigos, lo llamaban siempre Aisa, hijo de Máriam.

Al primo Yahia no lo sorprendían las transformaciones que fue experimentando Aisa tras el episodio del *wadi*. Las observaba con atención y las registraba lo mejor que podía en su memoria, pues podía ser que Aisa olvidara muchos de los extraños hechos que experimentaba por ser tantos como eran. Yahia se los trasladaba a su tía Máriam, la madre de Aisa, y más tarde ambos comenzaron a contárselos a Máriam Kuya, la madre del propio Yahia, y a Mariuma, hija de Ishaq, vecina y amiga íntima de Máriam, la madre de Aisa. De cualquier modo, los habitantes de la ciudad no eran ajenos a lo que Aisa podía hacer y cuanto ocurría en torno a él. Habían observado multitud de hechos fuera de lo común, pero guardaron silencio porque consideraban que el niño no debía de estar en sus cabales, al menos no del todo. Habían conocido a multitud de locos en su vida. Unos eran parientes de los vecinos de Nyala y otros venían de todas las áreas de Darfur. La guerra los generaba por centenares y ellos prodigaban su locura por las calles de la ciudad. Hablaban de cosas raras, alguno se tenía por profeta o divinidad. Nada de eso era inusual. Se contaba la historia del que consiguió llegar hasta el gobernador, no se sabía cómo, pues burló con suma facilidad a los numerosos guardias. Se plantó delante del gobernador y le dijo:

—En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso. Soy al-Jidr, el profeta de Dios[15], y tú, el Anticristo metamórfico. ¡Ven

por lo que es tuyo, Ángel de la Muerte!

Y sin más se dispuso a estrangular al gobernador, de quien se contó más tarde que evacuó materias malolientes por los dos canales que su excelencia tenía disponibles antes de presionar el timbre que alertó a los guardias. Acudieron estos presurosos, detuvieron al desequilibrado que, en su calidad de profeta al-Jidr en persona, a punto había estado de acabar con el gobernador y le dieron tal somanta de palos que el pobre entregó allí mismo el alma. Muchos eran los vecinos de la localidad que preveían un destino no más halagüeño para Aisa, el hijo de Máriam, aquel niño raro.

Los acontecimientos habrían seguido su curso sereno de no ser porque el gobernador, después del inesperado suceso, implantó una nueva política hacia los locos que llenaban la ciudad. Dio la orden de que los agruparan a todos y los trasladasen a un pabellón especial de la penitenciaría de Shala. Lo terrible fue que, cuando algunos familiares de los dementes fueron a visitarlos a dicha prisión, no los encontraron ni allí ni en ninguna otra y luego supieron que a sus deudos desequilibrados los habían trasladado de este bajo mundo al más allá. Esto hizo que cundiera el pánico por la ciudad y empujó a Máriam a huir con su hijo, Aisa, al monte Abu Kardús, al oeste de Nyala, para ocultarse y evitar que los secuaces del gobernador se deshicieran del muchacho enviándolo antes de tiempo al otro mundo como habían hecho con los demás. Poco después, aquella misma tarde, se les unió el padre del chaval, Yúsuf el Carpintero, y enseguida el primo Yahia, que les llevó comida y bebida y se convirtió en su enlace permanente durante su retiro en el monte, que se prolongó durante ochenta días. Hasta que pudieron volver, cuando Yahia les contó una mañana que un loco había logrado colarse en el despacho del gobernador a pesar de la redoblada vigilancia y le había dicho a este:

—En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso. Soy al-Jidr, el profeta de Dios, y tú, el Anticristo metamórfico. ¡Ven por lo que es tuyo, Ángel de la Muerte!

Y antes de que al gobernador le diese tiempo de evacuar materias de repugnante hedor por ambos canales o a presionar el

botón de alarma, el demente consiguió aferrarse con sus recias manazas al cuello de su excelencia. El resultado fue que el alto funcionario, tras contumaz resistencia y una lucha feroz por preservar su valiosa y fecunda vida, solo pudo rendirse ante la muerte y dejar que su espíritu volviese a su Creador con desatinada calma.

El asesino, por su parte, consiguió escapar, nadie sabía a dónde. O acaso fue que quienes sabían algo callaron, y el que calla, suele decirse en Darfur, otorga.

En el camino del Hijo del Hombre

Las autoridades comenzaron a llamar al trío compuesto por Sharún, Abderrahmán y Shikiri Toto Kuwa el Triángulo del Terror o los Tres Invencibles. Su fama se acrecentó cuando liberaron la aldea de Dulaya, la patria chica de Sharún, de las tropas gubernamentales y los *yanyauids*, que se habían arrogado la propiedad de sus habitantes y se servían de ellos como esclavos. Pero creo que esto último ya se ha contado.

Fueron ellos asimismo quienes más adelante (dos meses después de que Máriam de Magdala abandonara el campamento para unirse a los seguidores del Mesías de Darfur, y uno después de que los *yanyauids* y el gobierno central fueran desalojados de Dulaya) le cortaron el paso al copioso contingente armado conocido como «el Broche de Oro». Lo comandaba el ya mencionado jefe *yanyauid*, violento analfabeto, de sobrenombre Abu Dayyana, aunque mejor podrían haberlo llamado Hulagu. Ya dijimos que él mismo ignoraba el sentido de aquel mote inesperado, Abu Dayyana, y prefería su verdadero nombre, sencillo y claro: Yirbiga Yulbag. El *yanyauid*, lo llamemos como lo llamemos, conducía aquel tumultuoso ejército hacia el monte Abu Kardús, al oeste de Nyala, y, dado que deseaba atribuirse todo el mérito de la victoria, envió a los efectivos gubernamentales a la retaguardia del contingente. No habían comparecido, sin embargo, las tropas de Ombaja, cuyo jefe, siempre tan ávido de botines como sus hombres, se había disculpado por los motivos de todos conocidos. Para empezar, aquel falso profeta no poseía nada que pudieran arrebatar, esquilmar o explotar; ningún

provecho iban a sacar ellos de sus devotos ni de sus descreídos si ni siquiera había en las proximidades un mercado de esclavos donde pudiesen venderlos. En conclusión, no tomarían parte en esa batalla, «puede que sí en la próxima». No tenían reparo en reconocer que no eran más que tropas de rapiña.

Sharún sabía que aquella batalla no sería un breve paseo, como casi lo habían sido otras que habían librado él y sus amigos, pero no ocultaba su optimismo al respecto porque en ella tomaría parte el ochenta por ciento de los *yanyauids*, quienes sí la consideraban poco más que un entretenimiento y, en consecuencia, no se habían preparado para entrar en feroz combate contra guerreros tan astutos como él. Los *yanyauids* estaban entusiasmados ante la perspectiva de acabar con el profeta y sus seguidores degollándolos en las cruces en lugar de tener que dispararles, enterados como estaban de que no utilizaban armas, no mataban, no se defendían de ninguna manera. Lo único que hacían era soltar discursos vanos, palabrería de derviches, de desequilibrados que se tenían por divinidades, profetas o vaya usted a saber qué. «Acabad con ellos, y toda la región será vuestra». Yirbiga Yulbag, el jefe de los *yanyauids*, desconocía por completo que el gobierno había enviado ya a un destacamento para acabar con aquel individuo, pero que todos sus componentes sin excepción se habían desembarazado de sus armas y creído en él. No era de extrañar, ya que no leía los periódicos, ni les prestaba atención a los sitios de la Red, ni escuchaba la radio, que emitía en una lengua que no entendía. Tampoco tenía amistades fuera del círculo de sus adláteres, que en nada se distinguían de él, y los ciudadanos no se habían molestado en informarlo, de tanto como lo detestaban. Por su parte, quienes lo empleaban trataban a Yirbiga Yulbag como si fuese un robot, no más, y a los robots no les hace falta la cultura, sino un mínimo de información, el máximo de armas letales y algunos instrumentos humanos de objetivos variados, tal como los que se juntan en algún rincón de los intereses principales. Las autoridades sabían que su robot tenía sus inclinaciones sexuales, que era muy lascivo, que amaba los terrenos fértiles y exuberantes, como los del *wadi* Búlbul, que tan bien les venían a sus sagrados camellos.

Y en la capital, en Jartum, le habían prometido la tierra y cuanto en ella había: mujeres, agua, pasto y animales.

El sanguinario Yirbiga se regodeaba de aquella última batalla tras la cual lo coronarían rey de la comarca. Podría entonces traer a sus mujeres e hijos de su patria, de donde la sociedad humana se empeñó en expulsarlos haciéndoles la vida imposible. De no haberlos acogido los mandatarios sudaneses, tan bondadosos ellos, se habrían convertido en sombras del pasado o, como ellos decían, se los habría tragado la tierra.

Sharún y sus colaboradores se esmeraron en la emboscada que tendieron en las inmediaciones del monte Abu Kardús. Acabaron así con la tropa de Yulbag, que murió allí mismo.

«Una emboscada —decía Shikiri Toto Kuwa imitando la risa de Sharún— de la que tendrán mucho que contarles a sus camaradas en el infierno».

El Hombre les dijo a sus devotos:

—La Palabra, lo mismo que da la vida, mata.

Y también les dijo:

—Somos adeptos de la vida, que no de la guerra y el combate.

Y les dijo:

—Quien mata, a manos de otro muere.

Y les dijo:

—La paz comienza en el corazón y también el mal, e igualmente el amor y el odio parten del corazón, en tanto que la muerte es un artificio que te procuras a ti mismo cuando se lo procuras a los demás. No os asuste la máquina de la muerte porque está dispuesta para quien la pone en marcha y no temáis a los mensajeros de las tinieblas, que marchan hacia sus propias tumbas. El Camino del Hombre lo allanan los corderos y los lobos.

Y les dijo:

—Cada cual tiene su papel, que desempeñará a la perfección.

Y les dijo:

—Cada cual tiene su papel, que desempeñará a la perfección, incluso aunque no quiera.

Y les dijo:

—La guerra ha terminado, y antes de que baje el telón, quienes han hecho de víctimas despertarán de su muerte, de sus mutilaciones, de sus quejidos y saludarán al público, y quienes han representado el papel de profanadores, de inicuos, se quitarán las terroríficas caretas, harán una profunda reverencia y sonreirán. La pieza teatral está por concluir y es hora de que todos vuelvan a desempeñar sus mejores papeles, los que tenían antes en la vida.

Y les dijo:

—El Cortejo es el Cortejo.

Se refería al Cortejo al que más tarde daría su verdadero nombre. Les pidió una vez más que se preparasen y nos explicó:

—Nos dará acceso a la Belleza.

Máriam, la Bienamada

Máriam Musa, llamada Máriam de Magdala por el jefe Sharún, y más tarde Máriam la Bienamada por Aisa, hijo de Máriam, estuvo presente en la campal batalla que libraron las fuerzas de Sharún contra el ejército gubernamental. Este lanzó un ataque contra lo que Sharún y los suyos conocían como «la ciudad» por aire y por tierra con la infantería. Sharún se recluyó en su inexpugnable fortaleza resguardada por la cadena montañosa y en los espacios abiertos por una serie de fosos, además del batallón de minas terrestres, ligeras y pesadas sabiamente combinadas. Todos se colocaron las máscaras antigás para protegerse de la ponzoña química que causaba diarreas y largos desvanecimientos, un arma de contundentes efectos en espacios cerrados y de escasa ventilación como el que les servía para resguardarse, donde las montañas formaban una suerte de enorme cuenco rocoso. Los artilleros lograron derribar un planeador Ababil y un pequeño caza MiG. Con eso bastó para detener el ataque aéreo, de modo que el gobierno tuvo que limitarse al enfrentamiento sobre el terreno, del que salió derrotado. Sharún hizo una decena de prisioneros entre los que venían al frente de la tropa enemiga antes de que esta iniciara su retirada en dirección a Zalinguéi. El jefe rebelde se abstuvo, como solía, de perseguir con sus tropas a los que reculaban, pero sí que los sometió al fuego incesante de las ametralladoras DShK hasta que desaparecieron de la vista tras haber sufrido graves pérdidas.

Máriam la Bienamada se enteró por los prisioneros de que en los alrededores del monte Abu Kardús, al oeste de Nyala, había surgido

uno que decía ser el Mesías Aisa, hijo de Máriam, y que algunos habían comenzado a seguirlo. Desde ese momento Máriam comenzó a prepararse para ir a su encuentro. Así se lo comunicó a Sharún, quien pensaba que aquello del Mesías no era más que una repetición del caso del profeta Aisa de Nyala en 1921, o de las numerosas pretensiones de ser el mismo Aisa que se habían conocido en Sudán y África occidental. Le dijo que debía de tratarse de un derviche mahdista que llegaba con retraso, uno de tantos inútiles que recorrían los caminos evocando soluciones utópicas y otras zarandajas. Él, Sharún, no creía en ningún profeta después de Muhámmad (a quien Dios bendiga y dé la paz) y opinaba que a la gente no le hacía falta ninguno. «Lo que el pueblo necesita son armas para resistir el genocidio y la limpieza étnica. Y conservarlas —añadió soltando una de sus risotadas— para que sus descendientes no se extingan».

Máriam se franqueó con él:

—Lo he estado esperando no sé ni desde cuándo y tengo el presentimiento de que es él.

Sharún le deseó:

—Quiera Dios ayudarte.

Y ninguno de los dos se refirió a la extraña visión que ella consideraba el mayor de sus secretos y un día le había confiado a él y solo a él. Abderrahmán le ofreció a Máriam su caballo y otras mujeres del campamento le hicieron acopio de alimentos secos, aptos para el viaje. Para evitar que de camino se topase con *yanyauids* o tropas gubernamentales, Sharún le dibujó un detallado mapa de la zona y designó a dos de sus mejores y más capaces soldados, uno de ellos Shikiri Toto Kuwa, para que la acompañasen. Pero Abderrahmán se ofreció a ser ella quien la guiara hasta las lindes de Nyala, pues no había olvidado el recorrido en sentido inverso que había hecho ella misma con la ayuda del tío Yumua Sakin. A Sharún no le pareció mal la sugerencia de Abderrahmán: la escolta estaría compuesta solo por mujeres, y Shikiri se quedaría en el campamento. Así que Máriam se puso en marcha acompañada de Abderrahmán, Asia y Nadia, combatientes valerosas que habían

sabido sobrevivir después de librar muchas batallas. Asia había caído prisionera dos veces y las dos se escapó y volvió al frente. La segunda huida fue ciertamente resonante, pues consiguió traer consigo, preso, al guardián que tenía encargada su custodia, la de Asia. Pudo haberle dado muerte, pero prefirió dejarlo vivo porque aquel había sido el único soldado que no la violó, ni siquiera la acosó. Era miembro de una tribu árabe a la que el gobierno recurría a menudo para la guerra, pero él se mantuvo limpio, incólume, como le gustaba a ella decir. Asia seguía soltera y tenía una sola hija, que iba a la escuela primaria en Jartum Bahri, donde vivía con su abuela. Nadia, la tercera acompañante, no había caído prisionera ni hecho prisionero a nadie, pero había tomado parte en muchas batallas. Llevaba más tiempo guerreando que Asia y Abderrahmán, aunque menos que Máriam de Magdala. Estaba casada con un combatiente y tenía dos hijos, una chica de diez años y un chico de ocho, que estaban al cuidado de su familia, la de ella, en Nyala. Nadia aseguraba que solo combatía por sus hijos, para que viviesen algún día en un país libre de *yanyauids* y de racismo.

Máriam no había sido nunca tan feliz. Sonreía en cuanto recordaba aquel secreto, el que había compartido con Sharún, pues, cuando se incorporó a la tropa de este, estaba persuadida de que Sharún era el profeta Aisa de sus sueños. El profeta Aisa que liberaría a Darfur del puño del gobierno y de sus mercenarios, los *yanyauids*, y restauraría la gloria y la paz, la convivencia pacífica y amable de otrora entre los árabes y demás darfuríes. Había soñado que un Mesías de Darfur lo conseguiría, lo había visto vívidamente una noche, mientras dormía, y no le cupo duda de ello. La familia de Máriam descendía de las antiguas tribus árabes que llegaron a Darfur tras la caída de los reinos del Ándalus[16]. Una vez en Sudán se aliaron y emparentaron con los fur y los tunyur, y esto les permitió establecerse en los *wadis* del monte Marra, donde, en lugar del pastoreo, se dedicaron a labrar las tierras, trocando los camellos por las vacas, las cabras y las ovejas.

Mucho había oído contar de Sharún, de sus victorias sobre los *yanyauids* y el ejército gubernamental. La gente lo pintaba con los

rasgos de una figura mundial contemporánea, pero cuando tuvo oportunidad de tratarlo de cerca, vio con claridad que Sharún solo valía para ser un jefe militar o un hombre de religión corriente. En la mentalidad del jefe rebelde las creencias religiosas, la política, el fusil y la liberación estaban indisolublemente unidos. Aunque no había participado en las campañas militares que el Estado sudanés emprendió el siglo pasado contra los habitantes de Sudán del Sur (campañas que para Máriam habían sido «sucias» y acabaron con la vida de dos millones de personas, varones, mujeres y niños), a diferencia de otros muchos mandos de los ejércitos de liberación de Darfur, Sharún no estaba en realidad tan lejos del yihad islámico, al menos de una variedad de este un tanto desvaída. Y es que, además de disfrutar carcajeándose y tendiéndoles emboscadas a los enemigos, creía que la única solución para los problemas de Darfur era el islam, cuyo verdadero espíritu distaba mucho del modelo que aplicaba el Estado sudanés o cualquier otro poder establecido. Él soñaba con un régimen islámico que no entrase en contradicción con la Declaración Universal de Derechos Humanos.

Las tres acompañantes se despidieron de Máriam al llegar a las inmediaciones de Nyala. Ahora tenía que circunvalar la ciudad hasta el monte Abu Kardús, pero sin entrar en ella para que no la detectasen los espías o quienes con certeza estarían ojo avizor por si se topaban con algún combatiente rebelde. Cualquiera podía sospechar de ella con solo verla u olerla. Dados el aseo escaso, el trabajo intenso en el campo de batalla y la prioridad que concedían a la defensa o al ataque, los combatientes de uno y otro sexo prestaban a la higiene y a la comida la atención mínima necesaria para seguir con vida, y su olor corporal era tal que atraía a los buitres.

Máriam reconoció al Hombre nada más verlo. Él no la defraudaría como Sharún. Era él, seguro que sí. Los ojos del Hombre se lo decían, la paz que irradiaba su rostro, la calma y la sencillez con que lo hacía todo. No se reía como Sharún, sonreía. No les tendía emboscadas a los enemigos ni sembraba la tierra de minas, sino de amor hacia sus seguidores y, como supo más tarde, también hacia quienes no creían en él. Él pretendía hacerse con los

corazones y los espíritus, que no con los cuerpos y las milicias. Lo único en que coincidían ambos era en su odio a los *yanyauids*, un odio al que correspondían un olor y color propios, unos determinados gritos, un quejido, un infierno. Una vez Sharún dijo que no sabía si el Dios que había creado las flores y el agua era el mismo que creó a los *yanyauids*, o si a estos los habían generado en un laboratorio como las bacterias o las bombas nucleares, como cualquier arma de guerra. Los *yanyauids* carecían de los más elementales valores humanos, así que no cabía esperar en ellos tolerancia, amor o belleza. Máriam relacionó aquella idea con las célebres palabras del Hombre: «Más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un *yanyauid* entrar en el reino de Dios». Estaba convencida de que los *yanyauids* eran una innovación, robots, que no seres humanos; solo de ese modo podía cuadrar la afirmación del Hombre, que aparentemente no se avenía con su mesianismo, pues la tolerancia y el perdón formaban parte de su mensaje. Los *yanyauids* no podían ser más que una elaboración artificial, el producto de alguna criatura humana, y algún día todo el mundo lo comprendería: un robot no puede entrar en el Reino, como tampoco un fusil o un tanque.

Y él reconoció a Máriam en cuanto la vio. Es más, sabía quién era desde que ambos existían. Él la llamó a ella la Bienamada y ella a él, Señor e Hijo del Hombre. Se dieron un hermoso abrazo, efusivo y largo. En efecto, la quería como un varón quiere a una mujer, ya que eran dos seres humanos, él un varón y ella una mujer, hijo e hija de hombres. Todos por igual, los discípulos, los creyentes y los descreídos, supieron que se amaban desde hacía mucho, tanto como no llegarían nunca a saber. Nunca preguntarían ni tampoco les preguntaría nadie a ellos.

Él dijo de ella:

—Es la Esperada.

Y dijo de ella:

—Y la Esperanzada.

Y dijo de ella:

—Es la Bienamada.

Y dijo de ella:

—Buscad a vuestras Máriams, que os están esperando igual que las esperáis vosotros.

Y nos dijo:

—El mundo sin ella ni es recto ni es curvo.

Máriam cumplió con sus deberes hacia el Hombre desde el primer minuto tras su encuentro. Ambos se dieron lo que a cada uno correspondía. En ese momento solo había alrededor del Hombre dos personas, ambos varones, tres en total contándola a ella. Él, sin embargo, estaba inquieto por quienes en él creerían y llegarían a ser tantos a su alrededor como saltamontes. Sabía que aquel lugar, al igual que su corazón, les daría cabida a todos. Pero les decía:

—¡Qué desgracia, vuestro amor por mí! ¡Qué desgracia, mi amor por vosotros!

Más adelante supieron que el amor y el odio corren por la misma arteria y riegan el mismo campo, y que iguales son quien siente amor y quien siente odio: se le mezclan el uno y el otro y deja de saber cuál es bueno y cuál es malo para él. Puede que uno esté besándole un dedo a Satanás convencido de que besa el labio de su amada.

El Cortejo

Aisa, el Hijo del Hombre, nunca afirmó ser un profeta ni un enviado, ni haber recibido una misión de nadie o haberla asumido por su cuenta, como hicieron muchos antes que él. Lo único que dijo de sí mismo es que era el Mesías Aisa, hijo de Máriam, y nos pedía que lo llamáramos Hijo del Hombre. El problema serio lo ocasionaron quienes creían en él, pues insistían en que al Hombre tenía que haberlo enviado una fuerza superior, la de Dios, por ejemplo, o que Dios lo apoyaba o lo envió; o bien que el Espíritu de Dios lo habitaba, a la manera de los sospechosos dislates sufíes que les había costado la vida a al-Hallay, a Sohrawardi, al *fakí* al-Sahini[17] y otros tantos. Cada cual creía en él con arreglo a su fe, su cultura y su asombro ante los continuos milagros que hacía, y eso que nos dijo:

—Los milagros no hacen al profeta ni guían hacia él. En el mejor de los casos, solo son indicios de la humanidad del ser humano.

Y dijo:

—Quien cree en mí por mis milagros cree en mis milagros, y quien cree en mis milagros no cree en mí ni un parpadeo.

Y dijo:

—La Verdad no requiere argumentos; solo la mentira busca apoyo fuera de sí.

Y dijo:

—La mentira es el grado inferior de la sinceridad, y en el tuétano de la verdad acecha el extravío.

Y dijo también:

—Los *yanyauids* son, en todo el universo, la única manifestación del mal por entero. Son el mal puro.

Y dijo:

—Los *yanyauids* no son una tribu ni una raza. La persona nace buena y luego elige convertirse en ser humano o en *yanyauid*.

Y dijo:

—Quien te odia te evita el mal de su cariño.

Y dijo:

—Iguales son quienes creen en mí y quienes no. Quien nada sabe de mí me conoce mejor. Estoy entre la rosa y el colibrí: poco néctar para tanto revoloteo.

Y nos dijo:

—Puede que, si ahora os matan, no viváis por siempre.

A lo que añadió:

—La eternidad no existe más que en su propia fantasía, y vosotros y yo somos lo que fantasea.

Y nos dijo:

—Mi fuerza, y también la vuestra, está en la Palabra. Y la fuerza de la Palabra consiste en que se pronuncie, en que se oiga, en que traspase las barreras de la materia y del espíritu, en que se realice a través de algún significado, a través de lo que quiere el que la dice. Mejor que hablar sin voluntad es el silencio, que a veces llega a oírse.

Cuando se marcharon las muchas gallinas (las únicas criaturas que despertaron después de revivir) aquel viernes en que el Hombre resucitó a cuarenta personas, entre niños y adultos de ambos sexos, nos dijo: «Vayámonos a dormir».

La cueva fue pequeña en su día, pero se iba ampliando a medida que entraba alguien. El número total de creyentes había sido dieciséis: quince varones y una mujer. Ahora se contaban entre ellos sesenta y seis soldados del ejército regular junto con su jefe, Ibrahím Jidr Ibrahím, ciento cuatro carpinteros, incluidos los ayudantes, y dos millones de personas de ambos sexos, venidas de distintas partes del mundo, que por lo común no habían llegado a verlo, con quienes

no podía él haberse encontrado de cerca, pues para tener fe en él no hacía falta más que oírlo. Y es que las ideas del Hombre provenían de la naturaleza misma, coincidían con una verdad que se esconde en la esencia de todo ser humano y de las criaturas todas. Tanto creer como no creer en él eran, según él mismo había dicho, grados del Amor; de ahí que llegasen a tener fe en él incluso quienes nada de él sabían en absoluto.

Algunos se quejaron de lo oscuro que estaba el lugar y les dijo:

—Mejor que lamentaros, lo que habéis de hacer es iluminarlo.

Y esa fue la primera lección sobre la Palabra, que se hizo luz. La Palabra, pronunciada por uno de nosotros o emanada de varios individuos diferentes, entre los que él no se encontraba. Los creyentes aprendían mucho de él, pero con extrema lentitud. Aquella noche llegaron las tres Máriams: la madre del Hombre, la tía de este, Máriam Kuya, y la tercera, la vecina, a quienes todos llamaban Mariuma, que es el hipocorístico de Máriam. Venían acompañadas por Yúsuf el Carpintero, además de algunos habitantes de Nyala, como la tía Jarifía, el tío Yumua Sakin y una mujer desquiciada que buscaba a unos hijos suyos, muertos a manos de los *yanyauids*, a quienes pensaba encontrar allí. Niños, niñas, hombres y mujeres, entre quienes no estaba Yahia, el primo del Hombre. Su madre, la de Yahia, decía que llevaba varios meses vagando por las estepas, con la barba crecida y subsistiendo a base de saltamontes y miel. Vivía rodeado de las bestezuelas del campo.

Conviene añadir que las cuarenta personas a quienes resucitó seguían durmiendo en sus casas, adonde habían llegado tambaleándose como los borrachos, mientras les crecía la carne sobre los huesos, ya recompuestos, algebrados y derechos, listos para que volvieran a brotar los miembros que habían amputado los *yanyauids*, así como las entrañas que sus fusiles habían destrozado; las mujeres violadas recobraron su virgo, y los niños, la tranquilidad y el calor de la familia. Dijo que, primero, dormirían tanto tiempo como habían estado muertos y después se levantarían para seguir viviendo como todos los demás.

Luego habló sobre el Cortejo. Nos dijo:

—Preparaos para el Cortejo.

Ninguno de nosotros sabía lo que era el Cortejo, pero todos estaban listos. Comprendían.

Nos dijo:

—¿Cuál es la distancia entre la vida y la muerte?

Nos dijo:

—¿Qué distancia separa a un vivo de un muerto?

Nos dijo:

—¿Los muertos han muerto?

Nos dijo:

—La Palabra es darse cuenta de la realidad, vivirla sin separarse de ella y actuar en pro de los seres vivos y los inanimados, pues no somos más que lo que hacemos por unos y por otros. Fiaos sin titubeos del ser humano que hay en vosotros; poned en él toda vuestra confianza, dónde si no. Solo en él ha de descansar por siempre jamás. Y no creáis eso de que no hay que poner todos los huevos en la misma cesta. Yo os digo que sí, que los pongáis todos en la cesta de la humanidad y saldréis ganando la Belleza.

Y nos dijo:

—El Cortejo es el Cortejo.

Y a mí me dijo:

—Ibrahím, no creas en mí con la razón ni con el corazón o tus juicios, ni de noche ni de día; más bien, acéptame por tu madre, tal como yo os acepto por mi madre, Máriam.

Y nos dijo:

—Tened listos los pertrechos para el Cortejo.

Y, sin que nadie supiera qué pertrechos eran esos, comprendíamos y lo teníamos todo listo. Él veía, sabía y sonreía. Cuando tenían sueño, se quedaban dormidos; descansaban en aquel lugar angosto donde, sin embargo, cabían todos. Él tenía en mente las peculiaridades de cada cual. Los niños y las niñas contaban con leche para la cena, las hermosas creyentes tenían a su disposición cuanto les hacía falta en el momento preciso, cada varón creía que el lugar estaba acondicionado para él solo. Aisa, hijo de Máriam, estaba allí, mezclándose con los demás, de quienes no se distinguía,

y no solo los conocía a todos, sino que se sabía los nombres de sus padres y sus madres. Máriam la Bienamada lo seguía adonde él se dirigiera, velando siempre por su bienestar. Él la llamaba así, «mi bienamada» y ella a él, «mi Señor, Hijo del Hombre».

Lo más raro de todo fue que, mientras dormían, tuvieron todos el mismo sueño, un sueño inmenso, imponente. El gran Cortejo salía de aquella misma cueva, encabezado por las Máriams y las muchas mujeres que vinieron de Nyala, de Kas y de Zalinguéi, todas creyentes amantísimas. La sinceridad de sus corazones alumbraba el camino. Luego venía el Señor Aisa, hijo de Máriam, el Hijo del Hombre. Cada individuo llevaba su cruz, una cruz nada ligera, que pesaba más y más a medida que se iba pegando al cuerpo de sus portadores, dejándolos sin resuello. Les dijo:

—Cargad vuestras cruces y seguidme. Quien no puede con su cruz no puede volar y no encontrará la Palabra. Cuanto más pese vuestra cruz, más ligeros os moveréis por el aire, como plumas.

Y en voz alta y regocijada:

—¡El Cortejo es el Cortejo!

Todos contestaron:

—¡El Cortejo es celebración!

Deseaban volar, lo deseaban con fuerza, con amor, con plena consciencia. Las cruces pesaban como si fuesen de hierro y pesaban más y más a cada instante. Avanzaban con ellas a la espalda, que les sangraba con el roce. Sus tristes y miserables huesos crujían bajo la presión, las piernas se les torcían bajo el peso, les sonaban las tripas, la cabeza les daba vueltas, se les enrojecieron los ojos, les sudaba el pecho. Pero todos los corazones reverdecían y daban fruto, como huertos bendecidos en un paraíso de espíritu y jazmín.

Y les dijo dirigiéndose a cada uno de ellos:

—Tu cruz es tuya y nadie es más digno de ella.

El Cortejo, que había salido de la cueva misma, se fue internando por distintos parajes. Cruzó territorios desérticos y semidesérticos, sabanas, cauces cubiertos de verdor. Cuando pasaba junto a las aldeas quemadas, las casas se levantaban de sus cenizas, los pozos se purificaban de ponzoña, crecían los árboles derribados,

los utensilios hechos añicos hallaban compostura y quedaban como nuevos. Las bestias, las aves, las liebres, los lobos, las escuelas, los parques, las mezquitas, las calles, las cuadrillas, todo volvía a ser como fue. Los masacrados resurgían de sus tumbas, los que no habían recibido sepultura se sacudían el polvo y los hierbajos y se levantaban. Tomaban una cruz y se unían al Cortejo sin saber hacia dónde se dirigía. Pero el Cortejo conoce su destino. Por mucho que pesaran las cruces, se sentían volar, planear muy alto por el cielo, que era como el seno de una madre descomunal, infinita, que los abrazaba y sonreía.

Abdelaziz Báraka Sakin
Jashm al-Guirba – Jartum
2008-2012

Apéndice

Declaración Universal de Derechos Humanos
Adoptada y proclamada por la Asamblea General en su resolución 217 A (III), de 10 de diciembre de 1948

Preámbulo

Considerando que la libertad, la justicia y la paz en el mundo tienen por base el reconocimiento de la dignidad intrínseca y de los derechos iguales e inalienables de todos los miembros de la familia humana;

Considerando que el desconocimiento y el menosprecio de los derechos humanos han originado actos de barbarie ultrajantes para la conciencia de la humanidad, y que se ha proclamado, como la aspiración más elevada del hombre, el advenimiento de un mundo en que los seres humanos, liberados del temor y de la miseria, disfruten de la libertad de palabra y de la libertad de creencias;

Considerando esencial que los derechos humanos sean protegidos por un régimen de Derecho, a fin de que el hombre no se vea compelido al supremo recurso de la rebelión contra la tiranía y la opresión;

Considerando también esencial promover el desarrollo de

relaciones amistosas entre las naciones;

Considerando que los pueblos de las Naciones Unidas han reafirmado en la Carta su fe en los derechos fundamentales del hombre, en la dignidad y el valor de la persona humana y en la igualdad de derechos de hombres y mujeres, y se han declarado resueltos a promover el progreso social y a elevar el nivel de vida dentro de un concepto más amplio de la libertad;

Considerando que los Estados Miembros se han comprometido a asegurar, en cooperación con la Organización de las Naciones Unidas, el respeto universal y efectivo a los derechos y libertades fundamentales del hombre, y

Considerando que una concepción común de estos derechos y libertades es de la mayor importancia para el pleno cumplimiento de dicho compromiso;

LA ASAMBLEA GENERAL proclama la presente DECLARACIÓN UNIVERSAL DE DERECHOS HUMANOS como ideal común por el que todos los pueblos y naciones deben esforzarse, a fin de que tanto los individuos como las instituciones, inspirándose constantemente en ella, promuevan, mediante la enseñanza y la educación, el respeto a estos derechos y libertades, y aseguren, por medidas progresivas de carácter nacional e internacional, su reconocimiento y aplicación universales y efectivos, tanto entre los pueblos de los Estados Miembros como entre los de los territorios colocados bajo su jurisdicción.

Artículo 1

Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros.

Artículo 2

Toda persona tiene todos los derechos y libertades proclamados

en esta Declaración, sin distinción alguna de raza, color, sexo, idioma, religión, opinión política o de cualquier otra índole, origen nacional o social, posición económica, nacimiento o cualquier otra condición.

Además, no se hará distinción alguna fundada en la condición política, jurídica o internacional del país o territorio de cuya jurisdicción dependa una persona, tanto si se trata de un país independiente, como de un territorio bajo administración fiduciaria, no autónomo o sometido a cualquier otra limitación de soberanía.

Artículo 3

Todo individuo tiene derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad de su persona.

Artículo 4

Nadie estará sometido a esclavitud ni a servidumbre, la esclavitud y la trata de esclavos están prohibidas en todas sus formas.

Artículo 5

Nadie será sometido a torturas ni a penas o tratos crueles, inhumanos o degradantes.

Artículo 6

Todo ser humano tiene derecho, en todas partes, al reconocimiento de su personalidad jurídica.

Artículo 7

Todos son iguales ante la ley y tienen, sin distinción, derecho a igual protección de la ley. Todos tienen derecho a igual protección contra toda discriminación que infrinja esta Declaración y contra toda provocación a tal discriminación.

Artículo 8

Toda persona tiene derecho a un recurso efectivo ante los tribunales nacionales competentes, que la ampare contra actos que violen sus derechos fundamentales reconocidos por la constitución o

por la ley.

Artículo 9

Nadie podrá ser arbitrariamente detenido, preso ni desterrado.

Artículo 10

Toda persona tiene derecho, en condiciones de plena igualdad, a ser oída públicamente y con justicia por un tribunal independiente e imparcial, para la determinación de sus derechos y obligaciones o para el examen de cualquier acusación contra ella en materia penal.

Artículo 11

1. Toda persona acusada de delito tiene derecho a que se presuma su inocencia mientras no se pruebe su culpabilidad, conforme a la ley y en juicio público en el que se le hayan asegurado todas las garantías necesarias para su defensa.

2. Nadie será condenado por actos u omisiones que en el momento de cometerse no fueron delictivos según el Derecho nacional o internacional. Tampoco se impondrá pena más grave que la aplicable en el momento de la comisión del delito.

Artículo 12

Nadie será objeto de injerencias arbitrarias en su vida privada, su familia, su domicilio o su correspondencia, ni de ataques a su honra o a su reputación. Toda persona tiene derecho a la protección de la ley contra tales injerencias o ataques.

Artículo 13

1. Toda persona tiene derecho a circular libremente y a elegir su residencia en el territorio de un Estado.

2. Toda persona tiene derecho a salir de cualquier país, incluso del propio, y a regresar a su país.

Artículo 14

1. En caso de persecución, toda persona tiene derecho a buscar asilo, y a disfrutar de él, en cualquier país.

2. Este derecho no podrá ser invocado contra una acción judicial realmente originada por delitos comunes o por actos opuestos a los propósitos y principios de las Naciones Unidas.

Artículo 15

1. Toda persona tiene derecho a una nacionalidad.

2. A nadie se privará arbitrariamente de su nacionalidad ni del derecho a cambiar de nacionalidad.

Artículo 16

1. Los hombres y las mujeres, a partir de la edad núbil, tienen derecho, sin restricción alguna por motivos de raza, nacionalidad o religión, a casarse y fundar una familia, y disfrutarán de iguales derechos en cuanto al matrimonio, durante el matrimonio y en caso de disolución del matrimonio.

2. Solo mediante libre y pleno consentimiento de los futuros esposos podrá contraerse el matrimonio.

3. La familia es el elemento natural y fundamental de la sociedad y tiene derecho a la protección de la sociedad y del Estado.

Artículo 17

1. Toda persona tiene derecho a la propiedad, individual y colectivamente.

2. Nadie será privado arbitrariamente de su propiedad.

Artículo 18

Toda persona tiene derecho a la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión; este derecho incluye la libertad de cambiar de religión o de creencia, así como la libertad de manifestar su religión o su creencia, individual y colectivamente, tanto en público como en privado, por la enseñanza, la práctica, el culto y la observancia.

Artículo 19

Todo individuo tiene derecho a la libertad de opinión y de expresión; este derecho incluye el de no ser molestado a causa de sus

opiniones, el de investigar y recibir informaciones y opiniones, y el de difundirlas, sin limitación de fronteras, por cualquier medio de expresión.

Artículo 20

1. Toda persona tiene derecho a la libertad de reunión y de asociación pacíficas.

2. Nadie podrá ser obligado a pertenecer a una asociación.

Artículo 21

1. Toda persona tiene derecho a participar en el gobierno de su país, directamente o por medio de representantes libremente escogidos.

2. Toda persona tiene el derecho de acceso, en condiciones de igualdad, a las funciones públicas de su país.

3. La voluntad del pueblo es la base de la autoridad del poder público; esta voluntad se expresará mediante elecciones auténticas que habrán de celebrarse periódicamente, por sufragio universal e igual y por voto secreto u otro procedimiento equivalente que garantice la libertad del voto.

Artículo 22

Toda persona, como miembro de la sociedad, tiene derecho a la seguridad social, y a obtener, mediante el esfuerzo nacional y la cooperación internacional, habida cuenta de la organización y los recursos de cada Estado, la satisfacción de los derechos económicos, sociales y culturales, indispensables a su dignidad y al libre desarrollo de su personalidad.

Artículo 23

1. Toda persona tiene derecho al trabajo, a la libre elección de su trabajo, a condiciones equitativas y satisfactorias de trabajo y a la protección contra el desempleo.

2. Toda persona tiene derecho, sin discriminación alguna, a igual salario por trabajo igual.

3. Toda persona que trabaja tiene derecho a una remuneración

equitativa y satisfactoria, que le asegure, así como a su familia, una existencia conforme a la dignidad humana y que será completada, en caso necesario, por cualesquiera otros medios de protección social.

4. Toda persona tiene derecho a fundar sindicatos y a sindicarse para la defensa de sus intereses.

Artículo 24

Toda persona tiene derecho al descanso, al disfrute del tiempo libre, a una limitación razonable de la duración del trabajo y a vacaciones periódicas pagadas.

Artículo 25

1. Toda persona tiene derecho a un nivel de vida adecuado que le asegure, así como a su familia, la salud y el bienestar, y en especial la alimentación, el vestido, la vivienda, la asistencia médica y los servicios sociales necesarios; tiene asimismo derecho a los seguros en caso de desempleo, enfermedad, invalidez, viudez, vejez u otros casos de pérdida de sus medios de subsistencia por circunstancias independientes de su voluntad.

2. La maternidad y la infancia tienen derecho a cuidados y asistencia especiales. Todos los niños, nacidos de matrimonio o fuera de matrimonio, tienen derecho a igual protección social.

Artículo 26

1. Toda persona tiene derecho a la educación. La educación debe ser gratuita, al menos en lo concerniente a la instrucción elemental y fundamental. La instrucción elemental será obligatoria. La instrucción técnica y profesional habrá de ser generalizada; el acceso a los estudios superiores será igual para todos, en función de los méritos respectivos.

2. La educación tendrá por objeto el pleno desarrollo de la personalidad humana y el fortalecimiento del respeto a los derechos humanos y a las libertades fundamentales; favorecerá la comprensión, la tolerancia y la amistad entre todas las naciones y todos los grupos étnicos o religiosos, y promoverá el desarrollo de las

actividades de las Naciones Unidas para el mantenimiento de la paz.

3. Los padres tendrán derecho preferente a escoger el tipo de educación que habrá de darse a sus hijos.

Artículo 27

1. Toda persona tiene derecho a tomar parte libremente en la vida cultural de la comunidad, a gozar de las artes y a participar en el progreso científico y en los beneficios que de él resulten.

2. Toda persona tiene derecho a la protección de los intereses morales y materiales que le correspondan por razón de las producciones científicas, literarias o artísticas de que sea autora.

Artículo 28

Toda persona tiene derecho a que se establezca un orden social e internacional en el que los derechos y libertades proclamados en esta Declaración se hagan plenamente efectivos.

Artículo 29

1. Toda persona tiene deberes respecto a la comunidad, puesto que solo en ella puede desarrollar libre y plenamente su personalidad.

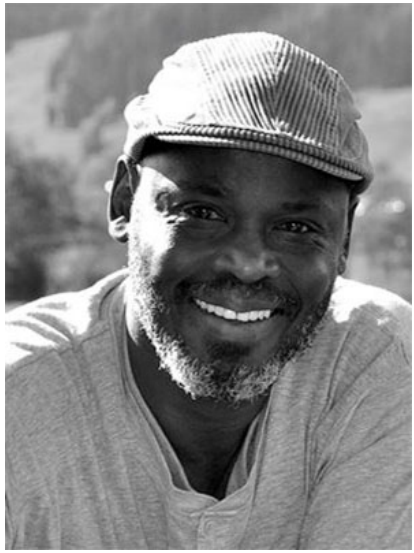
2. En el ejercicio de sus derechos y en el disfrute de sus libertades, toda persona estará solamente sujeta a las limitaciones establecidas por la ley con el único fin de asegurar el reconocimiento y el respeto de los derechos y libertades de los demás, y de satisfacer las justas exigencias de la moral, del orden público y del bienestar general en una sociedad democrática.

3. Estos derechos y libertades no podrán, en ningún caso, ser ejercidos en oposición a los propósitos y principios de las Naciones Unidas.

Artículo 30

Nada en esta Declaración podrá interpretarse en el sentido de que confiere derecho alguno al Estado, a un grupo o a una persona, para emprender y desarrollar actividades o realizar actos tendientes a la supresión de cualquiera de los derechos y libertades proclamados

en esta Declaración.



ABDELAZIZ BÁRAKA SAKIN nació en Sudán en 1963. Autor de siete novelas y siete colecciones de cuentos, ganó el premio Al Tayeb Salih a la escritura creativa internacional en 2009. *El Mesías de Darfur* se publicó por primera vez en árabe en Sudán en 2012. Fue inmediatamente aclamado y censurado. Todas las existencias del libro fueron destruidas y Sakin fue forzado al exilio. Vive actualmente en Austria, donde obtuvo asilo político. La novela continúa circulando clandestinamente en Sudán.

Notas

[1] «El Señor Mesías» (*al-Sáyyid al-Masih*) es el título usual que se le da a Jesús de Nazaret en el islam. (Esta y las siguientes notas son del traductor). <<

[2] Aisa (o Isa) es el nombre que en el Corán recibe Jesús de Nazaret; es, pues, la variante árabe islámica, que concurre con la árabe cristiana: Yasúa. En tanto que «Hijo del Hombre» es el sobrenombre que se otorga a sí mismo Jesús de Nazaret en los Evangelios. <<

[3] Yúsuf es el equivalente árabe de José, de modo que el nombre hace referencia al san José cristiano, y lo mismo vale para Máriam, que es el nombre árabe que en el Corán recibe la esposa de Yúsuf, mencionada a continuación. Pero tanto este como los demás nombres que llevan los personajes del entorno del Mesías de Darfur corresponden a individuos sudaneses actuales, que han vivido con normalidad entre sus convecinos de Nyala. <<

[4] Un chamizo levantado junto a la vivienda con la intención de proporcionar sombra sin impedir la circulación del aire; es, además, una noción de gran alcance cultural en Sudán. <<

[5] Es la alternativa árabe a María Magdalena. <<

[6] El teólogo musulmán sudanés Mahmud Muhammad Taha fue ejecutado por sus ideas en 1985. Pacifista y comprometido con la renovación del pensamiento islámico, promovió la igualdad entre hombres y mujeres al menos en lo referente a los rituales místicos que favorecía. Sostenía que la interpretación del Corán debía ser en parte sometida a consideraciones históricas, pues, mientras que una parte del Libro Sagrado presenta el mensaje eterno de Dios a toda la humanidad, otra depende de las circunstancias históricas de la comunidad en el momento en que fue revelado y, por tanto, las prescripciones de aquel momento serían inadecuadas para el islam de nuestros días. <<

[7] Jarifía significa «otoñal» y Yamús, «búfalo». <<

[8] Tora Bora es la expresión informal con que se designa a los rebeldes que, en Darfur, se alzaron contra el gobierno y comenzaron a luchar, pues, contra este y los *yanyauids*. <<

[9] Sharún es el equivalente árabe de Caronte o Carón. <<

[10] Tradicionalmente los nombres o apodos árabes de los esclavos responden a motivaciones segregacionistas o racistas y a menudo pretenden ser humorísticos. Sachm ar-Ramad viene a ser «virutas de ceniza». <<

[11] La *saqría* o «halconera» es una danza sudanesa que ejecuta un grupo de varones acompañándose de espadas e intercalando demostraciones de habilidad. <<

[12] Uno de los grupos rebeldes en la guerra de Darfur, enfrentados por tanto con el gobierno y los yanyauids. <<

[13] Recuérdese que todos estos nombres, árabes y casi todos comunes entre musulmanes, son los equivalentes coránicos de personajes evangélicos: Yúsuf de José, Máriam de María, Imrán de Joaquín y Aisa de Jesús. <<

[14] Yahia, considerado profeta en el islam y mencionado en el Corán, es el equivalente árabe del cristiano Juan, el Bautista del Evangelio. <<

[15] A partir de un misterioso pasaje del Corán, XVIII, 6065, se desarrolla una leyenda de gran repercusión en la religiosidad sufí y la literatura: Moisés se encuentra con un misterioso «siervo de Dios», al-Jidr o al-Jáder en un lugar llamado la Junta de las Aguas, junto a la Fuente de la Vida. <<

[16] Acaso se trate de los moriscos que acompañaron, a finales del siglo XVI, al sultán marroquí Áhmad al-Mansur en su expedición militar a Sudán. <<

[17] El *fakí* (o alfaquí) Abdállah al-Sahini fue un líder religioso de Darfur que, en 1921, se alzó contra el poder establecido durante el período del Sudán contemporáneo que se conoce como angloegipcio. <<